

3ª Edición

B. MAESTRO

EL FUEGO DE LA HEREJE

SACRÍLEGUS

D.J.57

**EL FUEGO
DE LA
HEREJE**

Sacrílegus

La saga que desvelará los secretos de la Inquisición...

EL FUEGO DE LA HEREJE

B. MAESTRO

Beatriz Maestro Mateos, 2018
beamaesma@hotmail.com

Diseño de cubierta: Beatriz Maestro Mateos
Editorial: Kindle Direct Publishing

ISBN: 9781720345329
Made in USA

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual.

Novela basada en personajes y hechos reales

Los personajes que componen esta obra están basados en personas reales que fueron procesadas por

el Tribunal Inquisitorial de Llerena. Los nombres, atributos y cargos que a ellos les fueron atribuidos sirven de base para conformar esta novela. Asimismo, el contexto histórico en el cual se enmarca la trama es verídico, al igual que ocurre con los lugares que en ella se describen.

A comienzos del siglo XVII, la peligrosa tríada conformada por la peste, el hambre y la muerte, azotaba los muros que desde tiempos pretéritos salvaguardaban la ciudad de Cáceres.

La Inquisición, férrea perseguidora de la luz de la verdad, dominaba la ciudad ahogando en el silencio a judíos, hechiceras, magos y nigromantes que ya eran cuando el tiempo aún no existía... Sin embargo, los infortunios de aquellos abatidos tiempos no lograrían apaciguar la pasión que, desde siempre, ha formado parte indisoluble del ser humano...

Esta obra está dedicada a todos aquellos que
sufrieron en su piel la intolerancia de
épocas pasadas.
A todos aquellos que se convirtieron en
marginados y fugitivos de sus creencias,
costumbres y tradiciones culturales no respetadas.

PRÓLOGO

El sol comenzaba a salir.

La Plaza Mayor de la ciudad de Cáceres parecía bañada en oro: las torres y almenaras que la bordeaban reflejaban los destellos del amanecer, y los primeros efluvios del día otorgaban un hálito de mística al área todavía desierta. Pero, en apenas unas horas, esa etérea luz procedente de un horizonte que parecía no tener fin pronto se vería nublada de abominación y algarabía.

Todos en la ciudad sabían que, a primera hora, daba comienzo lo que desde hacía años venía siendo el espectáculo predilecto de los cacereños. Nadie quería perderse la ejecución de la ciudadana conocida como “la Corada”, una curandera de hechizos que gozaba de gran popularidad entre el pueblo gracias a los bálsamos, ungüentos, y variados remedios que otorgaba a todo aquel que requería sus servicios a cambio de una modesta cantidad de dinero.

Era la primera vez, desde su nombramiento, que el gran Inquisidor del Tribunal de Llerena regresaba a su ciudad natal y, ésta, vibraba de emoción, ávida de justicia, mostrándose, a su vez, ansiosa de lo maravilloso y de lo prodigioso. Hacía muy poco que D. Álvaro de Valcárcel y Ovando había tomado posesión de su cargo y, sin embargo, ya era conocido por su infalible brazo de hierro para combatir la herejía.

El cadalso, o tarima de madera, comenzaba a colocarse en el centro de la Plaza Mayor. Los primeros curiosos arribaban cargados de piedras, palos y demás objetos que pudieran herir a la hereje, pues el pueblo no ansiaba solo entretenimiento, sino también sentir la seguridad que otorgaba posicionarse del lado de los buenos católicos frente a los traidores de la fe. Agrupados en formación, los habitantes buscaban embriagarse del poder que la masa les otorgaba, conformando entre todos (verdugo, inquisidor, hereje y muchedumbre) una mística reunión.

En poco más de una hora todo estaba preparado. La horca lucía protagonista junto con su encapuchado verdugo, y los escasos dos mil habitantes que poblaban la ciudad se

amontonaban en el lugar buscando el mejor sitio para presenciar el ahorcamiento, reservando, a modo de cortesía, las primeras filas para los infantes.

A penas cuarenta y ocho horas antes, el inquisidor D. Álvaro de Valcárcel y Ovando dictaba su sentencia: Isabel de Santiago, apodada “la Corada”, era sospechosa de realizar sortilegios heréticos y otros sortilegios simples, para los cuales, había sido preciso la realización de un pacto explícito con el demonio.

Era urgente erradicar este mal de la faz de la tierra. Los humildes moradores vivían en constante peligro ante la presencia de esta mujer y sus quehaceres, por lo que D. Álvaro de Valcárcel lo había visto claro desde un primer momento: su sentencia no podía ser otra que la muerte en la horca.

Eran las once y media de la mañana, el sol se posicionaba casi perpendicular, y se habían escuchado rumores de que la hereje había sido liberada de la cárcel secreta que la Inquisición custodiaba en la ciudad. Un grupo de jóvenes informó con frenesí a la impaciente multitud que el alcaide, acompañado por el teniente y el carcelero de la ciudad, conducían a la hereje con dirección a la horca. En apenas unos minutos comenzaría el espectáculo.

El inquisidor D. Álvaro se posicionaba en una zona mimada y estratégica de la Plaza Mayor, saludando desde allí a sus paisanos, quienes le consideraban el salvador del catolicismo y su protector infalible ante los peligros de la heterodoxia. Junto a él, los familiares del Santo Oficio que residían en la ciudad y eran ayudantes voluntarios de la institución: el alguacil, el regidor y el médico, presente en todos los procesos judiciales de la Inquisición. Todos parecían disfrutar con pasividad del acontecimiento.

Un grito estremecedor e impávido procedente del extremo sur de la mencionada plaza rechinó tan fuerte que, de inmediato, todas las miradas se centraron en aquel punto. La Corada, por fin, hacía su aparición en el lugar de la ejecución. Maniatada, con ropajes harapientos y figura desnutrida, lucía, sin embargo, una mirada áspera y profunda contra aquellos que le abucheaban y agredían a su paso. Tiraba de ella un carruaje que apartaba a la expectante multitud. Su cuerpo semidesnudo mostraba claros signos de tortura, heridas y mortificación.

¡Bruja! ¡Asesina!

¡Pagarás por lo que has hecho!

¡Arderás en el infierno!

El gentío mostraba su nerviosismo. Al ver a la hereje entraba en delirio. El grado de pasión que se mostraba dependía de la gravedad del delito que el culpable había cometido. La agresividad desbordaba el sentir de unas humildes gentes que, ante pasadas enfermedades y malestares generales, no habían dudado en acudir a comprar los ungüentos y pócimas de la Corada. Las numerosas veces que esta mujer, conocedora de remedios naturales aprendidos en el seno materno, les había ayudado quedaban ahora en el olvido.

Los mismos que tiempo atrás habían solicitado sus servicios eran quienes le habían delatado. El motivo más frecuente: la indignación por la pérdida de algún familiar tras tomar sus remedios, o la realización de un supuesto aborto que

concluía con el nacimiento de un hijo ilegítimo. Y es que, numerosos convecinos se habían valido de la oscuridad de la noche para cruzar la ciudad, transitar a lo largo del camino de San Blas, y llegar hasta la solitaria cabaña donde la curandera de hechizos habitaba.

Gentes procedentes de otros lugares y pueblos, cercanos y no tan cercanos a la ciudad, acudían a solicitar los remedios que la Corada ofrecía para sanar enfermedades y practicar abortos. La fama de esta hechicera fue creciendo hasta traspasar la frontera portuguesa y, muy pronto, las grandes cantidades de dinero que este oficio le confería comenzaron a destapar recelos. Pero ahora aquellos tiempos de popularidad y gloria habían quedado en el olvido, pues la vida humana valía, por aquel entonces, muy poco.

Cada paso que daba le acercaba aún más hacia su destino final. La Corada reconocía entre la muchedumbre a muchos de aquellos que antaño fueron sus clientes. Palos y piedras la golpeaban, pero eran los gritos e injurias que contra ella proferían unos y otros lo que más le lastimaban. Tras llegar al centro de la Plaza Mayor intentó resistirse antes de subir al cadalso, procurando, sin éxito, retrasar su ejecución.

El verdugo cogió con vigor la soga, apartó sus menoscabados cabellos y ajustó el nudo a su cuello. En un último suspiro cargado de vida, la Corada alzó una mirada gélida y sus penetrantes ojos de color negro se incrustaron en la figura del inquisidor, sentado solemnemente frente a ella, por encima de la multitud.

Un silencio categórico abrumó el lugar. Los que la conocían y sabían de la fuerza que a su voluntad caracterizaba, se temían lo peor... Una voz desgarradora y vigorosa a la vez nació de lo más profundo de su ser. El pueblo se mantenía expectante, el inquisidor D. Álvaro de Valcárcel sintió un escalofrío que recorrió cada parte de su cuerpo.

¡Mi furia es mi victoria! Los dioses os maldicen, yo os maldigo y en nombre del averno de Satán y Belcebú la desgracia caerá sobre vuestro corazón. Estaréis condenado a morir en vida y a vivir en la danza de una muerte perpetua. Los cuerpos mutilados de los indecentes serán vuestro castigo. ¡Conmigo no muere mi maldición!

El alguacil hizo un gesto al verdugo y éste tensó la soga, que ahogó para siempre las palabras de la hereje.

El silencio continuaba reinando en el lugar, absorbiendo cualquier sonido que de la naturaleza pudiera brotar, nadie se atrevía a moverse, y el joven D. Álvaro de Valcárcel se encontraba fulminado y sin respiración. Las palabras de la hereje ejecutada habían sido dirigidas, sin duda alguna, hacia él. Una hechicera le había

maldecido, socavando su autoridad delante de una ciudad entera y, lo que era aún peor, infringiendo miedo en el Hombre del Brazo de Hierro quien, a partir de ese momento, nunca podría olvidar la poderosa mirada de aquella mujer...

Cuando los ánimos se fueron calmando, los espectadores comenzaron a desalojar la Plaza Mayor para abordar cada cual su faena habitual. Sin embargo, esta vez, el frenesí que normalmente proseguía a las ejecuciones se había tornado en una amarga desazón que anegó durante días el firmamento de la ciudad.

CAPÍTULO I

Años 1595-1605, Cáceres.

Calderos rebosando agua caliente eran trasladados de un lado a otro de palacio.

¡Traed más paños limpios!

Los gritos podían escucharse desde la calle. Todos los moradores y trabajadores de la residencia de la familia Valcárcel-Ovando, situada en la plaza de Santa María, se encontraban palpitantes. Pronto corrió la noticia entre la muchedumbre: un nuevo heredero estaba viniendo al mundo.

El hidalgo Gonzalo de Valcárcel era considerado una de las figuras más relevantes de la ciudad. Respetable terrateniente y justo señor de sus bastos latifundios, disfrutaba ahora de la existencia de tres primorosos herederos. Su esposa, Catalina de Ovando, mujer de ardorosa fe y apolínea belleza, acostumbraba a ser el centro de todas las miradas durante sus escasas apariciones en público.

Está sano mi señora. Es un varón fuerte y robusto.

Sujetándolo entre sus brazos, Catalina contempló a su tercer hijo con la devoción que solo una madre recién salida del éxtasis del parto puede manifestar. Tras un pausado tiempo, dividido entre ligeros sueños y momentos de lucidez donde madre e hijo compartían el calor de la fatiga que ambos habían soportado, Catalina comprobó que el recién nacido lucía una mancha que nublaba la mitad de su angelical rostro y abarcaba desde la mejilla hasta el párpado, tomando un color más oscuro que el resto de la cándida piel del bebé.

¡Haced aparecer al médico, rápido!

Catalina se mostraba perturbada y estremecida, pues a pesar de que la partera le había asegurado que, en ocasiones, nacían niños con manchas de origen en el

rostro sin tener mayor perjuicio que el estético, su carácter de mujer heterodoxa y mística irrumpía en su conciencia custodiando la idea de un posible presagio maligno.

Atropelladamente, invadieron la sala los otros hijos del hidalgo matrimonio: Alonso, el primogénito, quien ya mostraba grandes dotes para la caza y la batalla; e Isabel, una chiquilla tan discreta como inquieta. El entusiasmo recorría a ambos impúberes, querían sostener al nuevo miembro de la familia, observarlo y, por supuesto, decidir su nombre. Isabel, al comprobar el carácter apaciguado del recién nacido y la sensación de calma que su redondo y lozano rostro concedía lo vio muy claro: se llamaría Álvaro, que significaba “el muy precavido”.

Ya ha llegado el médico mi señora.

Catalina dijo a sus dos hijos mayores que abandonasen la sala. Los siervos se marcharon súbitamente, sabían que la señora del palacio se encontraba indispuesta y afligida. Una vez a solas, el médico examinó al recién nacido durante un dilatado periodo de tiempo. La inquietud de Catalina era evidente, procuraba contenerse y no hacer demasiadas preguntas, no quería distraer al facultativo, su diagnóstico era fundamental, pero su ansiedad cada vez era mayor.

Colocando algunos utensilios sobre el cuerpo de la criatura, el médico observó con paciencia y detenimiento la piel de todo su cuerpo, midió la superficie de la mancha, estudió su color, el cual presentaba tendencias pardas, comprobó que carecía de relieve y, tras consultar un viejo y grueso manual de medicina que siempre acostumbraba a llevar con él, pronunció su dictamen.

Señora, calme sus ánimos y escuche con atención, si mi consejo asume nada tiene que temer –aseguró el médico. Se trata, según mi parecer, de una mancha de nacimiento común y benigna, como las que desde antaño acompañan al ser humano. En algunos casos –prosiguió, su lugar de aparición es la espalda, en otros, siendo muy poco frecuente, es el rostro. Coloque con asiduidad a esta criatura bajo los rayos del sol, exponiendo plenamente su perfil dañado a la luz del mediodía, pues es la más vigorosa, y, posiblemente, con el transcurso del tiempo tienda a desaparecer este mal.

Entonces, ¿esta enfermedad tiene cura? ¿Mi hijo no sufrirá daño alguno por soportar durante sus primeros días de vida este menoscabo?

En absoluto señora, únicamente en el ámbito de lo estético. Pero ya puede ver, es un niño sano y hermoso. No se atormente.

A pesar de agradecer al médico su visita, Catalina, en su interior, continuaba sin

tener sosiego. Conocía la importante reputación que a este facultativo precedía: más de veinte años de carrera le avalaban, habiendo sido cirujano en ciudades como París, Londres y Madrid. Por circunstancias varias, entre las que destacaba la inexistencia de un médico en la ciudad por causas de defunción, había decidido instalar su residencia en Cáceres desde hacía algún tiempo. Rápidamente, se extendieron entre el pueblo las hazañas que este cirujano de origen francés había desempeñado en las Academias Reales de Ciencias, Artes y Cirugía de Europa. Debido al último brote de Peste Negra que asolaba algunas localidades cercanas a la ciudad (Garrovillas, Cañaveral y Alcántara), la existencia de un médico instaba a apaciguar los ánimos de una población en constante temor por la muerte.

En el secreto que a la soledad acompaña, Catalina abrazaba al recién nacido. El nombre de Álvaro le parecía adecuado, y sabía que si aceptada dicho nombre para el nuevo miembro de la familia haría muy dichosa a su hija Isabel. Comenzó a repetir el nombre completo en voz alta mientras miraba al bebé dormir plácidamente: “D. Álvaro de Valcárcel y Ovando”, coreaba una y otra vez. La angustia aumentaba por momentos nuevamente, sentía una fuerza que oprimía su estómago, el dolor se extendía y le era difícil tragar sin sentir martirio. Sabía el futuro prometedor que sus hijos tendrían, serían héroes de guerra, como su padre, poderosos terratenientes o significativos eclesiásticos, pero, ¿qué destino le deparaba al recién nacido si debía portar esa oscura mancha en su rostro durante el resto de su vida? Si en unos días no desaparecía... no cabía duda que su hijo había nacido marcado por un presagio divino, o por un ensalmo maligno.

Catalina rompió a llorar. Se sentía aún desatinada tras el parto, y los pensamientos de corte supersticioso que azotaban su clarividencia le hacían sentirse sola y desdichada. Si su marido hubiera estado junto a ella, quizá, los acontecimientos podrían haber tomado matices diferentes.

Gonzalo de Valcárcel se encontraba fuera de la ciudad. Ante los sucesivos años de malas cosechas y la amenaza de la Peste, las autoridades cacereñas habían tomado severas medidas de prevención y contención. Sin embargo, estas disposiciones habían causado el descendimiento drástico de la cantidad de alimento que entraban en la ciudad. Se habían prohibido las ferias de ganado, se cerraron las casas y los mesones que se encontraban fuera de la cerca de la ciudad debiendo trasladar estos individuos su residencia al interior de la misma. Además, existía un servicio de vigilancia conformado por guardas a caballo que prohibían la entrada y salida de personas y mercancías para alejar a posibles

apestados del lugar. La falta de pan era una de las mayores lacras con las que la población debía convivir, se había prohibido que los cerdos paseasen por las calles y, en general, el ambiente que se respiraba ahogaba los recuerdos de una ciudad que había vivido años de esplendor.

Gonzalo de Valcárcel, a diferencia de sus convecinos, gozaba de importantes privilegios. La puerta de la ciudad que desembocaba en el camino de San Francisco había sido abierta en exclusiva para él durante el amanecer. Se dirigía, junto con otros hidalgos, a ciudades de mayor tamaño en busca de provisiones para su familia. Tardaría una semana en volver a casa y conocer a su nuevo hijo. Confiaba en que los alimentos que custodiaba la gran despensa del palacio fuesen suficientes para entonces.

Los llantos de recién nacido despertaron a Catalina, quien, entre sollozos y extenuación, se había adentrado en un profundo sueño. El pequeño Álvaro tenía hambre...

La zona conocida como la “zapatería vieja” se encontraba muy transitada cada mañana. Su situación en la zona noreste de la Plaza Mayor y, el hecho de funcionar como nexo entre ésta y la calle de la “zapatería nueva”, le conferían un carácter comercial mayor que el de otras áreas mercantiles de la ciudad. El día se avecinaba cálido, los pájaros exponían su piar desde primera hora y Joseph Juárez había acudido a trabajar más temprano de lo habitual al negocio que regentaba. Era un día importante, debía terminar de confeccionar unos flamantes zapatos para el boticario de la ciudad. Esa noche llevaría un buen jornal a casa. Joseph, hombre de mediana edad y cristiano nuevo, aparentaba llevar una vida ajena a las raíces hebreas que todos sabían que poseía. Para cumplir esta premisa se centraba en su oficio, una herencia familiar, y a pesar de ser un pequeño taller de zapatos la única fuente de subsistencia para su familia, gozaba de una importante reputación entre su gremio.

Joseph amaba su labor, la aprendió con paciencia, observando a su padre durante horas y horas, mientras disfrutaba de la compañía que se hacían el uno al otro en el mismo taller que ahora él tutelaba. En dicha estancia se respiraba un fuerte olor a cuero, procedente de la materia prima de la que se abastecía para sus elaboraciones; y a madera, derivada de las múltiples estanterías y cajones que soportaban y custodiaban infinidad de utensilios, herramientas y utillajes. En el

mostrador, situado en el centro del taller, sobresalía un pequeño libro de piel de cabra con relieves geográficos a modo de decoración donde se recogían las medidas y cortes necesarios para la confección de un zapato.

Desde la llegada de la crisis económica y social a la ciudad, el volumen de trabajo que Joseph poseía había descendido prácticamente a la mitad. La población más desdichada hacía tiempo que caminaba descalza y no era extraño ver a los infantes portar zapatos en los que, era tal el desgaste, que permitían el asomo de los dedos de los pies a la superficie. En los días de mercado procuraba exponer sus mejores productos, pero desde que la ciudad permanecía cercada ante la amenaza de la Peste el comercio se había visto muy perjudicado. Joseph sabía que, en poco tiempo, las reservas económicas que él y su familia poseían se verían agotadas, por lo que alargaba su jornada diaria desde que salía el sol hasta que se ponía.

La constancia y el esfuerzo que el pueblo judío llevaba a cabo en los diversos oficios que desempeñaba era, quizá, lo que les había permitido sobrevivir a tantos menoscabos y perjuicios que desde siempre habían azotado a los sefardís. Los antepasados de Joseph habían decidido permanecer en España desde el comienzo de las grandes persecuciones al pueblo semita. Para ello, fue preciso renunciar a su identidad adoptando el seudónimo de “cristianos nuevos” y sufrir la pérdida de personas estimadas y familiares que, ante el miedo, prefirieron emigrar abandonando todas sus riquezas y propiedades. Joseph y su mujer, Francisca Ventura, habían aprendido a convivir con este estigma. Habían instruido a sus hijos para que, de la manera más natural posible, demostrasen públicamente y con asiduidad que eran cristianos de verdad. Sin embargo, bajo la íntima luz que conferían los cirios del hogar llevaban a cabo los rituales que, desde tiempos de la Cábala, sus antepasados habían perpetrado.

Mientras Joseph cosía con esmero la suela del par de zapatos encargados por el boticario escuchó que, desde el final de la calle, gritaban con frenesí su nombre. ¡Joseph! ¡Joseph! ¡Ya viene! ¡Deprisa!

A Joseph se le cortó la respiración. Durante unos segundos permaneció pensativo, intentando recobrar el aliento. Reconoció la voz de la Panda, una añeja mujer ataviada siempre de negro que se dedicaba a pregonar las noticias de unos y otros como modo de recreo preferente. Joseph salió a recibirla.

¡Es imposible mujer! ¡Es demasiado pronto!

¿Acaso vendría yo acalorada y con los sudores de las Parcas si fuera falsa mi pesquisa? Respondió indignada la anciana.

Faltan casi dos meses, nunca antes había ocurrido así. Deja las invenciones para

otros, que estoy faenando, ¡márchate!

¡Maldito incrédulo! ¡La partera viene de camino! No te mereces a tu esposa... ¡Mala puñalada te dieran! Vociferó la Panda mientras se alejaba y repetía en voz alta toda una serie de reniegos.

Joseph se adentró de nuevo en su taller dispuesto a prender otra vez la aguja, pero, de repente, se paró en seco en el centro de la estancia. Como un azote súbito apareció en su mente la imagen de su mujer. Recordó que la noche anterior se encontraba pálida y extremadamente cansada, pero también razonó que era imposible que se iniciase hoy el parto de su quinto hijo pues, en ninguna de las ocasiones anteriores, se había adelantado el alumbramiento, sino al contrario.

Joseph se sentó de nuevo en un incómodo taburete de madera que mostraba un aspecto bastante deteriorado. No dejaba de pensar en las palabras de la fatigosa anciana. Gotas de sudor frío comenzaron a descender por su frente. Debía terminar el encargo del boticario, sin embargo, cabía la posibilidad de que la Panda hubiese dicho la verdad y su familia le necesitase. En un arrebato decidió incorporarse, coger su zurrón y cerrar el negocio.

Apresuró el paso, su vivienda se situaba en el centro del antiguo barrio judío, conformado por estrechas y tortuosas calles. Su esposa le había propuesto mudarse a la judería nueva, sita junto a la Plaza Mayor, pues un familiar lejano y sin descendencia les había prometido que, si aceptaban vivir con él para cuidarle durante los últimos años de vida, les dejaría la casa en herencia. Sin embargo, Joseph decidió no acceder a suculenta oferta, ya que la discreción ante miradas ajenas era su proceder y pasar desapercibidos su prioridad. Si una familia entera de cristianos nuevos cambiaba su domicilio de la judería vieja a la judería nueva, podrían convertirse en sospechosos de “observantes de la ley de Moisés”, fórmula con la que se denominaba a los judíos por aquel entonces. De hecho, cualquier gesto o actuación que hicieran les podría convertir en indecentes, pues un áurea de sospecha nublaba por siempre los espíritus de los descendientes de los conversos.

Joseph se encontraba a unos veinte metros de distancia de su hogar, los gritos de su esposa podían escucharse, y a cada paso que daba los transeúntes le informaban de que el alumbramiento había comenzado.

¡Ya viene! ¡Ya está aquí!

Aligeró el paso, apenas tenía respiración. Los vecinos se habían amontonado en la puerta del domicilio y tuvo que apartarlos mediante el uso de la fuerza. Joseph estaba fuera de sí. La Panda se encontraba encaramada en el marco de la puerta.

¡Mala puñalada te dieran! ¡Mala puñalada te dieran! Repetía mientras mostraba su arrugado rostro y movía la cabeza compulsivamente de arriba abajo.

Joseph hizo caso omiso de ella y entró en la casa. Subió las escaleras velozmente y se encontró a su mujer inhalando aire de manera muy violenta. Sus hijos, la partera y dos mujeres más contribuían a la causa. El parto estaba siendo complicado según le informó Juana, su hija mayor. La criatura se había adelantado casi dos meses y no sabían si venía viva o muerta. Joseph se derrumbó, ya había perdido dos hijos: uno de ellos, el primero, no llegó a nacer; el segundo, para su desgracia, enfermó al año de vida y las fiebres se lo llevaron. El tiempo parecía no avanzar, Juana sacó a sus hermanos de la habitación. Lorenza, la más pequeña de los cuatro hermanos, estaba muy asustada, su madre estaba sufriendo. Numerosos alumbramientos concluían en defunciones inesperadas de las parturientas. Joseph se llevó las manos a la cabeza y salió de la habitación, se temía lo peor.

Tras largas horas de espera, finalmente, se escuchó un vigoroso llanto seguido de los aplausos de las mujeres que estaban auxiliando en el interior de la sala. Joseph y sus hijos entraron apresuradamente. Su esposa, Francisca, sostenía al bebé en brazos mientras le alimentaba. Todo parecía haber salido bien, era una niña, se llamaría Ana María. Su abundante pelo oscuro y los estruendosos llantos que profería contrarrestaban lo diminuto de su tamaño.

La partera, agotada, relató que venía de otro alumbramiento en el palacio de la familia Ovando, asegurando lo inusual de la situación en una ciudad donde, la natalidad, hacía tiempo que había descendido drásticamente a consecuencia de la hambruna y la enfermedad.

Los astros se han alineado, las dos criaturas nacidas bajo el sol de hoy tendrán unidos sus destinos, los designios de la providencia han mostrado su estigma vociferó la Panda levantando místicamente sus manos.

¡Fuera de aquí vieja! ¡Vete con tus locuras a otra parte! Respondió Joseph sin apartar la mirada de aquella preciosa miniatura que rebosaba vida.

La estancia pareció quedarse en calma, los chiquillos miraban boquiabiertos la escena. Francisca cerró los ojos extenuada y Joseph continuó sosteniendo dichoso a Ana María...

El pequeño Álvaro de Valcárcel y Ovando, criado en la abundancia que el palacio le otorgaba, mostraba una importante inquietud por conocer todo cuanto

le rodeaba. Su hermana mayor, Isabel, no se había separado de él durante sus primeros diez años de vida, mostrándole cada rincón de su confortable hogar, disfrutando de cálidos días en el jardín, y enseñándole el mismo respeto por los caballos que la joven siempre había sentido.

Como consecuencia de ello, Álvaro reveló una temprana curiosidad por el cuidado de estos nobles cuadrúpedos. Adoraba pasar la mayor parte del día en las caballerizas, donde faenaba su único amigo, un joven mozo que cuidaba de los numerosos caballos que Gonzalo de Valcárcel poseía. Algunos de los ejemplares que se guardaban en el cobertizo eran únicos en la Península, verdaderos pura sangre importados durante los viajes que el hidalgo realizaba con frecuencia. La belleza de estas nobles bestias cautivó al pequeño Álvaro, quien muy pronto aprendió a alimentarlos y acicalarlos con gran pleitesía.

En ocasiones, los monteros, siervos del señor cuyo oficio era acompañarle en las numerosas cacerías que se celebraban en los territorios circundantes a la ciudad, irrumpían en las cuadras ordenando al mozo de caballos que efectuase un rápido ensillar de los ejemplares más sobresalientes. Era preciso que todo se encontrase perfectamente dispuesto para los días de recreo del hidalgo. A pesar de que las tareas del mozo de caballos eran permanentes y constantes a lo largo del día, pues siempre había que asear las cuadras, revisar las herraduras y rellenar los recipientes de agua, Álvaro de Valcárcel, solía encontrar el momento adecuado para distraer a su amigo y realizar alguna fechoría juntos en algún lugar del palacio. Y es que, a pesar de contar ambos muchachos con la misma edad, la vida que llevaban era bien distinta.

Álvaro acostumbraba a alimentarse de lustrosas piezas de carne hasta saciar por completo su hambre, sin embargo, su amigo había días que apenas probaba bocado y, si lo hacía, era normalmente porque Álvaro recordaba el cuerpo esquelético de su compañero de juegos y, compadeciéndose de él, a escondidas, le entregaba las sobras del día. Mientras Álvaro disfrutaba de monótonas clases diarias, impartidas magistralmente por un profesor que acudía a palacio exclusivamente para instruirle a él y a su hermana Isabel, el otro muchacho no sabía ni leer ni escribir debido a la temprana edad en la cual comenzó a faenar en su oficio.

Sin embargo, había algo que ambos impúberes tenían en común: se sentían huérfanos. Uno porque lo era realmente y, el otro, porque sus padres hacían caso omiso de su presencia. El hidalgo Gonzalo de Valcárcel pasaba largas temporadas fuera de casa viajando: unas veces a la Corte, donde la nobleza mantenía sus contactos y relaciones diplomáticas; otras veces a Sevilla, donde

los productos procedentes del nuevo mundo desembarcaban. Como consecuencia de la escasa presencia en el palacio del hidalgo, Catalina de Ovando paseaba taciturna por los dilatados pasillos del mismo, volviéndose una mujer de rancio abolengo, solitaria y despreocupada de la dirección y gerencia de los asuntos de palacio, tarea que le correspondía cuando su marido se encontraba ausente. Sus hijos habían sido olvidados por ella. En inverosímiles ocasiones se cruzaban con su ausente madre por algún lugar de la enorme residencia. Alonso, el hijo mayor, hacía tiempo que estaba siendo formado para asumir el puesto de su padre cuando éste, algún día, falleciese. Sus días estaban repletos de actividades que le preparaban para ser un virtuoso caballero, un ejemplar hidalgo y un heredero que administrase de manera correcta sus propiedades. El destino de Alonso había estado decidido desde que nació, era el primogénito, ya había comenzado a acompañar a su padre en alguno de sus viajes y, en apenas un año, se embarcaría en la aventura del ejército. Por su parte, Isabel, como mujer noble que sería, tendría dos opciones, o adentrarse en un mundo de retiro espiritual otorgando, así, prestigio a su familia, o ser moneda de cambio para unir su linaje con otro de igual nivel o más poderoso aún. Hasta entonces, viviría acomodada en palacio disfrutando el mayor tiempo posible de la compañía de su hermano pequeño.

En la mayoría de las ocasiones, Isabel se había comportado como una verdadera madre al cuidado de Álvaro, quien a pesar de la buena alimentación que siempre había tenido y de las óptimas condiciones de higiene que había en palacio, su salud se veía condicionada por la debilidad de un niño fácilmente enfermizo.

Desde su nacimiento, Álvaro había sido víctima de numerosas fiebres que siempre había logrado superar con facilidad, sin embargo, cuando la enfermedad de la fiebre punticular alcanzó a la población cacereña, todos en palacio temieron por la resentida salud del más pequeño de la familia. Una mañana fría de invierno Álvaro no acudió a despertar a su hermana como acostumbraba a hacer. Se encontraba indispuerto, delirante, y únicamente podía divisar la abundante lluvia que azotaba su ventana con virulencia. Comprobó que sus manos se encontraban llenas de pintas, similares a la picadura de un mosquito. Sentía un sudor copioso por todo el cuerpo y era incapaz de moverse y de pronunciar palabra alguna.

Cuando la servidumbre entró en su dormitorio, para acicalarlo y reavivar el fuego de la amplia chimenea que presidía la estancia, se encontraron con el pequeño Álvaro inconsciente, siendo víctima de violentas convulsiones.

¡Buscad a la señora, este niño se está muriendo! Gritó enervada una de las

sirvientas.

Álvaro había comenzado a sangrar por la nariz, presentaba hervor en el tórax y estaba delirando. Su hermana Isabel intentaba contenerle con fuerza para evitar que se efectuasen los efusivos y repetitivos movimientos que le dañaban aún más. Catalina de Ovando se había arrodillado junto a la cama y rezaba de manera mística y succulenta en voz baja. En su interior, continuaba pensando que su hijo había nacido maldito, pues la mancha con la que nació en su rostro se había disimulado con el paso de los años, pero no había llegado a desaparecer. Todo el mundo en palacio corría de un lado para otro, apreciaban al pequeño Álvaro, todos habían tratado con él alguna vez debido a su felona costumbre de alternar con toda la servidumbre en general. Escuderos, cocineros, guardas y lacayos estimaban su bondad e inocencia.

El médico tardó en llegar, los brotes de fiebre punticular eran cada vez más numerosos en la ciudad y únicamente habitaba un facultativo, quien, por motivos económicos, solía ejercer exclusivamente en la zona de Santa María, donde habitaba la nobleza. La ciudad de extramuros debía conformarse, generalmente, con la presencia de un boticario.

Tras examinar con dificultad al enfermo infante debido a las fuertes convulsiones que seguía manifestando, el médico tuvo muy claro su diagnóstico. Las ronchas que se extendían a lo largo de todo su cuerpo, sus delirios, la hemorragia nasal... no cabía duda que era fiebre punticular. Conocida por algunos como “fiebre pulicaris” (de pulgas) y entre el vulgo llamada “la enfermedad de las pintas”, hizo estragos por toda Extremadura debido a su alto nivel de contagio. Los principales afectados fueron los niños y en muy raras ocasiones los adultos o los ancianos.

El médico sabía que en un niño bien alimentado y atendido esta fiebre se podía superar, pero los ruines antecedentes que marcaban la salud de Álvaro presentaban la posibilidad de que no venciese a la dolencia. Tras recomendarle unos remedios a Isabel, quien a su todavía pronta edad parecía más lúcida que Catalina, el médico manifestó que en un par de días volvería para examinar de nuevo la evolución del enfermo.

La señora de palacio se pasó los dos días junto a su hijo, en ayuno y sin parar de rezar, parecía que hubiera entrando en un éxtasis religioso que le hacía enajenarse ante el cuerpo enfermo de Álvaro. Las convulsiones cedieron, las hemorragias también, pero aparecieron nuevos síntomas: vómitos biliosos. Los delirios ocasionales se repetían. El infante estaba entrando en la segunda fase de la enfermedad, paños de agua fría pulían su frente, Isabel se encargaba de

cambiárselos con frecuencia. La cara de Álvaro se había enrojecido y las pústulas y ronchas aumentaban por momentos, el ánimo del pequeño se encontraba desfallecido.

Catalina de Ovando pareció salir de su trance y, situándose junto a la hoguera, comenzó a sollozar.

Madre, ven aquí y ayúdame a despojar a Álvaro de sus ropajes, han traído su indumentaria limpia y el médico llegará pronto replicó Isabel.

No te molestes hija, son los designios del Altísimo, tu hermano está maldito desde que nació, siempre lo he sabido.

Deje de decir demencias madre, el chico está mejorando. Ya no tiene convulsiones, están remitiendo los delirios y no ha vuelto a sangrar rebatió Isabel, quien comenzaba a desesperar ante la actitud beatífica de su madre.

Unas horas después apareció el médico. Examinó de nuevo el cuerpo del pequeño y su pronóstico fue favorable.

La enfermedad está avanzando, su cuerpo parece resistir los pormenores de ésta. Continúad disminuyendo la fiebre y que prosiga con buena hidratación. En otros dos días regresaré.

Tras estas palabras el médico cerró la puerta y se marchó. Acto seguido, Catalina ordenó que hicieran llamar al confesor de la concatedral de la ciudad, necesitaba su consejo y quería que hubiera un clérigo en el palacio para estar preparados ante cualquier desgracia. Isabel no entendía la actitud corrompida de su madre y, ante la ausencia de su padre y de su hermano mayor, debía ser ella la que tomase las riendas de la situación.

Cuidó día y noche de Álvaro. A base de constancia la fiebre comenzó a remitir. Cuando el médico apareció de nuevo apenas quedaban pústulas y el pequeño había comenzado a tomar alimento. El doctor aseguró que, en unos días, podría volver a caminar y la fatiga y pesadez que ahora le atosigaban irían desapareciendo.

Para cuando Gonzalo de Valcárcel y su primogénito volvieron del largo viaje que hacía un mes habían emprendido, el pequeño Álvaro se había recuperado. A ellos había llegado la noticia de la horrible enfermedad de su hijo, por lo que iniciaron el viaje de vuelta antes de lo esperado. El hidalgo, confiado de la fortaleza de su tercer retoño para superar la desdicha de la enfermedad, trajo consigo un noble pura sangre de color negro radiante, con el cabello trenzado y una larga cola rizada. Era un regalo para el pequeño de la casa.

Esa mañana, Álvaro se encontraba correteando por el palacio con su amigo el mozo de caballos. Habían entrado en la cocina y, como tenían por costumbre

irritar a los cocineros y las cocineras que allí faenaban, apagaron con su orín los poderosos fuegos que calentaban los calderos hirvientes donde se estaba cocinando la comida para ese día. Cuando huyeron despavoridos hacia la puerta de palacio, Álvaro vio a su padre y a su hermano Alonso entrando en la vivienda. Fundiéndose en un largo abrazo con su hijo, Gonzalo de Valcárcel le confesó la grata sorpresa que para él aguardaba en las cuadras. Cuando Álvaro contempló al nuevo pura sangre enmudeció súbitamente. Sus ojos se abrieron como platos, no podía creer lo que veía, era el caballo más hermoso del mundo. Lo miró fijamente durante unos minutos y murmuró:
Se llamará “Tizón”.

Los nuevos zapatos se mostraban pulcros y brillantes. Ana María se había puesto vestimentas limpias, era viernes por la tarde y, como era costumbre en el pueblo hebreo, se debían vestir las mejores galas. Su padre le había confeccionado un calzado resistente para el duro invierno que se avecinaba, las epidemias estaban llegando con el frío y el hambre acechaba en los umbrales de cada hogar. Con este, ya sumaba el cuarto año consecutivo de malas cosechas en todo el país.

Joseph se esforzaba cada día en sacar adelante a sus cinco hijos, la pena por la ausencia de su esposa había dejado un profundo hueco en su corazón, no había día en que no recordase aquella repentina hemorragia postparto que la abordó repentinamente. Su mayor dolor era que la pequeña Ana María jamás tendría un bonito recuerdo de su madre. No inmortalizaría nunca su afable olor, ni visualizaría su cortés sonrisa, esa que cada noche hostigaba al desdichado Joseph mientras rezaba clamando al cielo por el alma de su difunta esposa. Lo cierto es que, desde hacía años, Joseph no había vuelto a ser el mismo. Acudía a su taller cabizbajo y abatido. Su lugar de trabajo estaba descuidado y mezquino, la producción había descendido drásticamente pues corrían tiempos en que, prácticamente, la hidalga población de intramuros era la única que utilizaba calzado. El único atisbo de alegría que a diario le acompañaba era su pequeña flor.

Ana María era el vivo recuerdo de su madre: su mismo pelo rizado, castaño oscuro en la penumbra y con reflejos dorados al sol, su rostro de tez blanca acompañado de mejillas sonrosadas, sus mismos labios gruesos, que convertían cada palabra que de ellos se desprendía en inspiración y una mirada curiosa, cobijada bajo un iris negro como el betún. Nunca lo sabría, pero el recuerdo de Francisca Ventura perviviría eternamente en su ser y, su padre, le estaría

eternamente agradecido.

El interés de la pequeña Ana María por el oficio de Joseph les había unido vigorosamente. Cada mañana se levantaba tan pronto como salía el sol, se vestía, se lavaba la cara, también las manos y acudía a la habitación de su padre para despertarle. Una nueva jornada de tijera, aguja y cuero comenzaba para ellos. Nunca había asistido a la escuela, ni ella, ni sus hermanos, todos debían contribuir en el hogar, eran seis bocas que debían alimentarse a diario y, por aquel entonces, cuando se daban estas circunstancias, los hijos eran considerados mano de obra barata. Sin embargo, Ana María se esforzaba por aprender las letras y palabras que componían la Torá que su padre custodiaba bajo el colchón de lana del dormitorio principal de su hogar. De este modo, con paciencia y perseverancia, la joven aprendió a leer con cierta fluidez.

Padre e hija eran prácticamente los primeros en abrir su taller con respecto al resto de negocios de su calle. Para arribar a su lugar de trabajo simplemente debían atravesar la transitada plaza de Santa María y la Plaza Mayor. Durante todo el trayecto, Ana María canturreaba las saetas hebreas que su padre le había enseñado.

Caminando voy, dando gracias al Señor, quien en él confía no le faltará favor~ repetía una y otra vez la pequeña hasta que llegaban a su destino.

Joseph se esforzaba por instruir a sus hijos en la religión judía, se lo había prometido a su esposa en su lecho de muerte y era una promesa que cumpliría como su más fiel propósito en lo que le quedaba de vida. Los ayunos hebreos los practicaban con frecuencia, pero en especial los lunes, los miércoles y los viernes de cada semana en la Cuaresma. En el periodo de tiempo que acontecía entre la Pascua de Resurrección y Pentecostés se reducían exclusivamente a los viernes. Desde bien pequeños, Ana María y sus hermanos habían aprendido a respetar estos tiempos y a no comer ni beber nada durante los mencionados días. Juana, la hermana mayor, se aseguraba de que todos en la casa se lavasen las manos y la cara por las mañanas y rezasen dos oraciones al día. Las dietas solían basarse en potajes y pescado y, el día del ayuno grande celebrado en el mes de septiembre, dejaban de comer carne de cerdo, liebre y conejo.

Debido a la corta edad de sus hijos, Joseph les tenía aconsejado que, si en los días de ayuno tenían mucha sed, se enjuagasen la boca con agua y después la expulsasen, pues de este modo sofocarían la sensación de aridez y no infringirían la ley de Moisés. Ana María, dado su carácter perseverante, se esforzaba por no probar bocado, aunque, en ocasiones, se producían arduos conflictos ideológicos dentro del ámbito del hogar. El segundo de los hijos, Diego Juárez, se mostraba

reticente a la ejecución de los rituales judíos debido al carácter peligroso que éstos portaban pues, si alguien les descubría, se verían envueltos bajo el manto de la Inquisición. Las discusiones tomaban un cariz violento cuando abarcaban más allá del riesgo que suponía ejercer sus tradiciones religiosas y se basaban en el posible fundamento o no que éstas pudieran tener. Para Diego, sus costumbres hebreas no eran más que puras argucias, semejantes a las de los católicos, pues estaba convencido de que efectuarlas no les libraría ni a él ni a su familia de ningún mal.

Eso son patrañas. No seáis tan ingenuos. Yo no pierdo mi tiempo con ritos que ya nadie toma en cuenta. ¿Para qué nos hemos bautizado como cristianos si es todo hipocresía? Rebatía Diego a su padre y a sus hermanos con indignación.

¡Serás bellaco! ¡Sabes que debemos guardar las apariencias si queremos seguir vivos! ¡Sabes de lo que a otros les ha ocurrido! ¡Eres un traidor de tu evangelio! Increpaba Joseph a su hijo mientras agitaba acaloradamente sus brazos de arriba abajo.

Lo cierto, es que el paciente Joseph solía perder los nervios cuando escuchaba a su hijo renegar de su religión, desembocando estas disputas, en ocasiones, en violentos golpes que concluían con una veloz huida del joven y una incansable persecución por parte del padre mientras alzaba un palo, un garrote, o cualquier otro instrumento que hiciera las veces de vara.

En el fondo, para Joseph, lo más lamentable de que uno de sus hijos renegase de su fe era el sentirse fracasado con respecto a la promesa que a su mujer había efectuado. La decepción de defraudar a su difunta esposa ahondaba en su corazón como una puñalada que le hacía sentirse desdichado. No existía consuelo para la desilusión humana, ni tampoco para el flagelo que se autoinfringía un solitario hombre cuya vida se resumía en el cuidado de sus hijos y su negocio. Ana María sabía que, si se comportaba como una buena observante de la ley de Moisés haría feliz a Joseph y eso le bastaba. Disfrutaba los sábados como día de descanso junto con su padre y hermanos, pues, para el pueblo judío, el domingo se debía trabajar. Procuraba, con ímpetu, recordar el mandato de no mencionar el nombre de “Jesús” al final de la oración del padre nuestro y mientras rezaba el rosario a la Virgen. Además, recordaba a sus cuatro hermanos mayores la prohibición de no cubrir la lumbre los viernes, pues era bien sabido que las ánimas bajaban a calentarse y, en su infantil e inocente pensamiento, se planteaba la posibilidad de que fuera el alma de su madre quien acudiese los viernes por la noche a visitarles.

A pesar de que Ana María era feliz, muy feliz, sin separarse de su padre en

momento alguno y disfrutando de la compañía del resto de la familia, cada noche pensaba en cómo sería tener una madre que cuidase de ella, una madre como tenían el resto de las niñas que vivían en su misma calle y a las que podía ver caminando risueñas de la mano de una señora que peinaba sus cabellos, remendaba sus faldas y enseñaba las labores del hogar. Cuando el sueño comenzaba a vencerle y cerraba los ojos, imaginaba el rostro de esa desconocida mujer. Añoraba conocer cómo serían los abrazos que una madre pudiera dar, los besos y también las reprimendas propias de quien se encargaba de la educación de los hijos y tenía la destreza de organizar un nido. En verdad, ¿sería tan maravillosa como su padre le había contado?

Seguro que tengo la mejor madre del mundo ~ musitaba Ana María mientras alargaba sus propios brazos por su pequeña espalda, simulando un abrazo materno que nunca llegaría a conocer.

CAPÍTULO II

Año 1610, Cáceres

Era una batalla a vida o muerte.

Álvaro había aprendido a proteger la vida de su rey. También sabía que la caballería situada junto a su reina era determinante a la hora de la ofensiva. El enemigo acosaba constantemente la débil defensa de peones con la que contaba su ejército, la mayoría ya habían sido derribados.

¡Jaque mate! Gritó su hermana Isabel emocionada.

No puede ser, otra vez no.

Has vuelto a dejar desprotegido al rey, has perdido.

¡Quiero la revancha! Refutó Álvaro.

De repente, una estrepitosa cantinela, proferida por un conjunto de fanfarrias, rompió el silencio que reinaba en palacio aquella tranquila mañana. El rostro de Isabel palideció súbitamente.

¡Deprisa Isabel! Ya están aquí ~ informó Catalina, su madre, con aliento entrecortado mientras abría bruscamente la puerta de la sala.

No madre, no estoy preparada aún. No le quiero conocer ~ respondió Isabel.

Ya hemos hablado de esto hija. Las cosas son así para las mujeres de alta cuna. Bastante que tu padre ha logrado que vengan ellos primero, podíamos haberte enviado directamente a Toledo.

Pero quiero vivir aquí con vosotros, no quiero irme a otro lugar, ni conocer otras gentes ni otros mundos.

No hay nada que discutir Isabel. Ponte tus mejores galas y baja a recibir a los invitados como es debido.

La puerta se cerró bruscamente, una bocanada de aire avivó el fuego del hogar, Isabel se marchó corriendo entre dolorosos llantos mientras se cubría el rostro con sus manos. Álvaro no entendía nada. ¿Quién había venido a visitarles? ¿Qué era aquello de viajar a Toledo? ¿Por qué nadie le había informado de lo que estaba ocurriendo?

El pequeño de la casa ya contaba con quince años de edad, la mayoría de los cuales, había permanecido enclaustrado en el palacio. Podía recordar las escasas veces que había salido de su hogar, siendo todas ellas para acudir a la Iglesia con el fin de disfrutar de festividades religiosas. Sentía que toda su vida había estado en una cárcel, pero había algo mucho peor que le hacía sentir desdichado: nadie en palacio le tenía en cuenta para asuntos trascendentales.

Álvaro había crecido, se había convertido en un adolescente alto, flacucho, de vigorosa melena rubia y grandes ojos marrones, pero nadie en su familia parecía darse cuenta. A su edad, su hermano Alonso participaba en las actividades de caza con su padre y cada día recibía entrenamiento para ser un audaz guerrero. Él, en cambio, vivía recluido tomando la instrucción de un apático maestro y disfrutando de la compañía de Tizón por los jardines de palacio. Álvaro ni tan siquiera lo sospechaba, pero, su madre, tenía ya preparado su futuro. Ahora que su hermana se casaría con un joven noble de la ciudad de Toledo... la prestigiosa salida que ofrecía la vida monástica le sería atribuida.

Isabel descendió lentamente las escaleras que desembocaban en el vestíbulo del palacio con sus mejores ropajes. Su vestido azul, ceñido en la cintura y holgado en las mangas, conformaba una hermosa conjunción con su rubio cabello trenzado. Cada vez que abarcaba un nuevo escalón aprovechaba para analizar la

escena. Una comitiva de, aproximadamente, veinte hombres a caballo dotados de armas y fanfarrias acompañaba a su futura familia, situada en la puerta del palacio. En el vestíbulo estaba el joven que sería su marido. Era menor que ella, de edad y de estatura, pálido y ojeroso, estaba ataviado con una capa morada que cubría sus estrechos hombros y por la que caía una portentosa melena azabache.

Álvaro irrumpió bruscamente en la escena. Se paró en seco al ver aquella corte, ¿quiénes eran todos esos desconocidos? ¿Por qué besaba aquel joven la mano de su hermana? Miró los atuendos de los allí presentes: imponentes trajes portados por distinguidas gentes comenzaban a llenar el vestíbulo sin parar de hacer presentaciones. Él permanecía inmóvil, en las escaleras, nadie le había avisado de aquello y no se había preparado para la ocasión, sin embargo, el shock al presenciar dicha escena, le hizo olvidar los triviales atavíos que portaba.

El gran salón se encontraba adornado con las mejores vajillas y candelabros que había en palacio. Una portentosa fiesta de compromiso se estaba celebrando y Álvaro aún no era consciente de ello.

Madre, ¿qué está pasando aquí? ¿Quién es aquel muchacho que está con Isabel?

Álvaro, compórtate como es debido. Es el futuro marido de tu hermana y hay mucho en juego.

Aquellas palabras se clavaron en su estómago como agujas. Extendió la vista por toda la sala, girando sobre sí mismo. Veía estruendosas risas, artificiales gestos, miradas de complicidad entre unos y otros, intereses cruzados. Su hermana, en el centro del salón, era la única que lucía una mirada sincera. Parecía triste y tenía los ojos rojos de haber lloriqueado. Catalina, su madre, lucía su vestido de terciopelo verde de forma vanidosa, su mirada era pícara, observaba todo con profunda atención. Álvaro rápidamente lo comprendió todo.

Se sentía intensamente dolido, traicionado por su propia familia, su hermana, su pilar fundamental y compañera de vida, se iría al día siguiente para siempre.

Contempló con repulsa la circunstancia que se desarrollaba ante sus ojos: su padre hablaba de negocios, su madre sonreía pletórica, su hermano charlaba amigablemente con el resto de soldados y, su hermana, recibía con cara asqueada los repetidos besos que aquel joven le proveía en la mano. Definitivamente, le pareció un escenario degradante. Odiaba a todos los allí presentes, no quería volverlos a ver. Dio media vuelta y salió corriendo del fastuoso salón, a nadie le importó, ni siquiera se dieron cuenta, Álvaro se sentía invisible y quería desaparecer. Bajó a las caballerizas, su amigo el mozo de caballos estaba alimentando a Tizón.

¡Rápido, ensíllalo! Ordenó Álvaro de manera arrogante.

¿Para qué? Te tienen prohibido salir solo de palacio y no tengo órdenes de disponer a ningún jaco respondió el joven con inquietud.

¡Haz lo que te digo o te arrepentirás! Álvaro sacó una daga que llevaba siempre en el cinturón y apuntó a su amigo con ella.

Tranquilo amigo, haré lo que me pides. Pero no quiero reprimendas de los señores.

¡Yo soy tu señor! Gritó Álvaro en tono amenazador.

A partir de ese momento su amistad quedaría rota. La categoría social que a ambos les había sido asignada al nacer había sido más fuerte que los disipados años de infancia que habían compartido. El mozo acató las órdenes, no volvió a pronunciar palabra. Álvaro subió al lomo del caballo, tomó con seguridad y firmeza las riendas y, sin despedirse, marchó con gran velocidad. Se dirigió hacia el este, atravesó la muralla de la ciudad, dejó atrás la zona de tenerías y tintes y llegó al conocido puente de Concejo. No se detuvo. Durante el trayecto, las lágrimas se desprendían por el lado exterior de sus párpados debido al fuerte viento que azotaba su rostro. Seguiría cabalgando hasta el infinito.

En palacio todo marchaba a la perfección. Dispuestos a acomodarse en la gran mesa que presidía el salón, Catalina buscó entre los asistentes a su hijo menor. No parecía estar allí y hacía bastante tiempo que habló con él por última vez. Disimuladamente, y con una dilatada y forzada sonrisa, se acercó a Isabel.

¿Dónde está tu hermano Álvaro? Le susurró al oído.

No lo sé madre, no le he visto en momento alguno.

En ese instante irrumpió en la sala el ama de llaves. El guarda de la puerta principal había visto a Álvaro salir montado a caballo y había dado el aviso.

Mi señora, su hijo menor ha salido solo de palacio.

¿Dónde puede haber ido? ¡Apenas conoce la ciudad!

Nadie lo sabe mi señora, montaba su corcel.

El salón entero entró en un silencio absoluto, los allí presentes se encontraban inmóviles, expectantes ante lo que estaba ocurriendo.

¡Qué salga una partida de hombres tras él! ¡Alonso, ve con ellos! Ordenó Gonzalo de Valcárcel con voz poderosa.

Catalina rompió a llorar, se arrodilló bajo una imponente pintura de Cristo crucificado que presidía el salón. Comenzó a rezar en voz baja. Un par de mujeres allí presentes imitaron su actuación. Para ellas, se trataba de obtener prestigio demostrando un comportamiento beatífico, para Catalina, se trataba de espantar la maldición que perseguía a su hijo.

Cuando Álvaro recuperó la conciencia se encontraba tirado en el suelo y en el

centro de un estrecho camino. Estaba muy próximo a una de las puertas de la ciudad. Tizón se situaba cercano a él, pastando. Las tierras que rodeaban al mencionado puente eran muy fértiles debido al río que durante todo el año las anegaba. Cuando Álvaro logró ponerse en pie, vio a lo lejos un grupo de cinco o seis hombres que se acercaban hacia él vociferando palabras mal sonantes y emitiendo estruendosas risas. Aguzó la vista y pudo comprobar, por sus ropajes, que tenían aspecto de forajidos. Ellos también vieron al joven, solitario, indefenso, y con apariencia de pertenecer a una familia adinerada.

¡Eh! ¡Muchacho! ¿Estás perdido? ¡Podemos ayudarte! Gritaban los hombres apresurando el paso.

Álvaro echó a correr, debía llegar hasta Tizón y volver a palacio. Los hombres comenzaron a tirarle piedras y salieron tras él. Sobre Tizón cayeron algunos de los voluminosos pedruscos que volaban por los aires y partió despavorido hacia la ciudad. Para Álvaro era imposible alcanzarlo. Solo tenía una solución si quería continuar con vida: ser más rápido que los forajidos.

Sacó la daga que llevaba en su cinturón por si lograban prenderle, inspiró y corrió con tanto ímpetu que casi olvidó respirar hasta que pudo divisar la puerta de la muralla. No quería mirar atrás. Sentía las pisadas cada vez más próximas a él. Sabía de los peligros que existían fueran de la ciudad extramuros, su maestro le había relatado escalofriantes historias y, el hecho de ser de alta cuna, le convertía en carne de cañón por aquellos solitarios lares.

La adrenalina de su cuerpo le hacía correr sin parar, estaba desorientado y aturcido ante la situación. Sintió un fuerte tirón en el cuello. Entendió que le habían arrancado su capa, estaban justo detrás de él. Los bandidos le pisaban los talones. Aumentó el tamaño de sus zancadas. Se encontraba muy cerca de adentrarse en la ciudad, tenía que conseguirlo.

Los bandidos, cegados por los lujosos ropajes del joven y la diversión que obtendrían si le daban alcance, no eran conscientes de que atravesaban la muralla.

Álvaro decidió girar hacia la izquierda, comenzó a penetrar por estrechas y pedregosas calles colmadas de viviendas de color blanco. Nunca había visto aquella parte de la ciudad. Exhausto, y con las piernas temblorosas del esfuerzo, comenzó a disminuir la velocidad. Cuando llegó a un cruce de calles se paró en seco. Apoyado en una esquina repleta de hermosas flores sintió que los vivos colores se entremezclaban. Su visión se nublaba poco a poco y todo daba vueltas a su alrededor. Los bandidos estaban tan próximos a él que podía escuchar sus jadeos. Dispuesto a dejarse vencer cerró los ojos. No podía más.

De repente, y con vigorosa fuerza, dos manos agarraron su brazo derecho y tiraron de él. Cuando levantó sus agotados párpados se encontraba dentro de una modesta y cálida vivienda. Unos ojos penetrantes le miraban con curiosidad.

¿Quién eres? Musitó la joven que continuaba sosteniendo con fuerza su brazo.

Soy...

Álvaro se desvaneció. Se encontraba a salvo.

La Plaza Mayor estaba repleta de transeúntes.

Bajo los soportales que la circundaban se situaban los extrovertidos mercaderes que exponían sus productos al público. La variedad de géneros era tanta como oficios se daban: vendedores de textiles, como sombrereros, sastres, tintoreros, tejedores... y especialistas del cuero y las pieles, donde se incluían los bolseros, los peleteros y los zapateros. También estaban los comerciantes de pescado, de carne, hortalizas y demás alimentos básicos. Ana María se encargaba de vender los productos que fabricaba su padre desde hacía algún tiempo. Ya tenía quince años. Mientras ella se disponía a erigir el tenderete, colocar estratégicamente los zapatos y procurar vender el mayor número posible de ellos, su padre continuaba trabajando en el taller, hecho que favorecía enormemente la economía del hogar. El comercio en la plaza, normalmente, transcurría con tranquilidad, sin embargo, aquel día, un alarmante acontecimiento introdujo el pánico en la ciudad. Se avecinaban lóbregos tiempos.

Ana María, tu padre ha cerrado el taller. Debe haber terminado la producción de calzado de hoy, porque va en dirección a vuestra casa informó la Panda con el aire orgulloso que sentía al llevar las noticias de un lado a otro de la ciudad.

Gracias, puede que también vaya al palacio donde faena mi hermana Lorenza, le habían encargado unos zapatos nuevos respondió Ana María sin dar demasiada importancia a la banal información recibida.

Un bullicio procedente del centro de la plaza concentró todas las miradas en ese punto. Una mujer yacía en el suelo, sus ropajes se extendían conformando un manto de color oscuro y el cántaro de agua que portaba se había hecho pedazos.

El público, curioso, se había acercado para ver qué ocurría y quién era la desdichada que parecía haber muerto súbitamente. Una mujer apareció entre el gentío, se arrodilló y descubrió el rostro de la agravada, oculto entre cabellos y prendas. Parecía respirar, pero sufría una poderosa fiebre. Espesas gotas de sudor recorrían su frente y el cuerpo mostraba sucesivos y bruscos escalofríos.

¡Mirad su cuello, tiene un bubón! Gritó alguien entre la multitud.

El gentío lanzó una exclamación de sorpresa casi al unísono mientras todos retrocedían alejándose de la mujer. Efectivamente, los síntomas eran claros y, el bubón, la señal inconfundible de la agonía: la Peste Negra se había injertado en aquella pobre mujer.

La multitud se dispersó despavorida, corriendo a sus hogares, seguramente, con la intención de examinar sus cuerpos y los de sus familiares. Los temidos bubones habían llegado a la ciudad y no pasarían indiferentes. La Panda continuaba en el centro de la plaza, solitaria, emitiendo carcajadas y mostrando una actitud tan desternillante que le obligaba a sujetarse con fuerza en su cayado. ¡La desgracia ha venido a nosotros! ¡Es el fin! Vociferaba mientras se reía con brusquedad.

Ana María se apresuró a recoger su mercancía. Todos los allí presentes desalojaron el lugar en pocos minutos y, la infectada mujer, yacía sola en el suelo, nadie se atrevía a auxiliarla. Eran bien conocidos los síntomas y la rapidez con la que, una vez aparecidos los bubones, la Peste se llevaba a sus designados. No se dominaba el origen de la enfermedad, ni tampoco su remedio, pero una cosa era clara: allí donde aparecía hacía estragos. A pesar de los esfuerzos y las restricciones que la ciudad había efectuado años anteriores para evitar el contagio, la enfermedad había sido más sagaz.

Cuando la plaza se quedó solitaria la Panda se acercó a la mujer yacente. Hizo lo necesario para que ésta volviera en sí misma. Cuando abrió los ojos, ofuscada y atolondrada, la Panda le explicó lo que había ocurrido y le recomendó que visitase a una curandera que vivía en el camino de San Blas y era conocida como la Corada, pues, esta mujer, sería la única que podría ayudarle.

Ana María se dirigía a casa con paso apresurado, debía informar a su familia de lo ocurrido. Cuando atravesaba el conocido como Arco de la Estrella, la principal entrada a la ciudad intramuros, una partida de individuos a caballo le abordaron, tan bruscamente, que tuvo que lanzarse hacia un lado para no ser arrollada. Por sus insignias pudo reconocer que eran hombres del hidalgo Gonzalo de Valcárcel y, por la actitud ansiosa que mostraban, algo o alguien debían estar buscando.

Joseph se encontraba avivando el fuego desde el único sillón que había en la sala de estar. Lorenza, quien desde hacía algún tiempo formaba parte de la servidumbre que laboraba en las cocinas del palacio de la familia Ulloa, removía el guiso que formaría el almuerzo principal del día. El resto de hermanos de Ana María se habían casado y formado sus propias familias. A pesar de la

desaprobación de Joseph, todos sus hijos iniciaron, desde sus nupcias, una mudanza a la judería nueva. La convivencia era tranquila, disfrutaban de joviales momentos junto al calor del fuego y se ayudaban recíprocamente en lo que podían. Cuando la hora de la comida finalizaba, Joseph y Lorenza volvían a sus respectivos trabajos, mientras que, Ana María, ponía en orden la vivienda. Ese día, mientras apuraban el caldo servido, la joven reflexionaba sobre lo ocurrido en la plaza. Recordaba cómo todos se habían alejado de la mujer infectada de Peste. Deseaba que su familia estuviera por siempre a salvo de esa perversa enfermedad.

Padre, debemos revisar nuestros cuerpos a diario, dicen que cuando un bubón aparece... la muerte se encuentra próxima y nadie sobrevive comentó Ana María pensativa, postrando su mirada en el fuego.

Yo he escuchado que, si respiras el aire que un apestado exhala te puedes contagiar y si le tocas directamente también añadió Lorenza mostrando bastante inquietud.

Las gentes hablan mucho prosiguió Joseph pero una cosa es segura, se avecinan malos tiempos para los seguidores de nuestra religión. Los hebreos siempre hemos sido culpabilizados de todos los males que azotaban al hombre y, si la Peste ha logrado entrar en nuestra ciudad... la frustración y el odio de nuestros convecinos desembocarán en una catarsis, como ya ocurrió en otro tiempo.

Pero padre, ¡eso es absurdo! Lorenza se sobresaltó ante las duras palabras de Joseph todo el mundo sabe que los judíos no tenemos nada que ver con que la Peste traspase la muralla. Nosotros también podríamos sufrirla.

Escuchad atentamente estas palabras hijas mías... cuando las gentes tienen miedo... y siempre lo tienen a lo que es desconocido, aquel que sea diferente a ellos será señalado como el culpable de todos sus males.

Joseph se puso en pie y mientras se dirigía hacia la puerta para retomar su jornada laboral, prosiguió:

Debemos ocultar, ahora más que nunca, nuestra ascendencia hebrea y nuestra religión judía. Cualquier conocido puede traicionarnos. Aquel en quien confíes puede convertirse en tu mayor enemigo. Recordad que la Inquisición siempre está al acecho.

La puerta se cerró. Lorenza se atusó y se despidió de su hermana, también debía volver a su labor en las cocinas de la familia Ulloa. Ana María no pronunció palabra alguna, se quedó sola en la vivienda, pensativa, con los ojos fijos, muy abiertos y sin pestañear.

Pasado un tiempo no demasiado prolongado, subió a la azotea, el aire soplaba con ímpetu y hacía sol, era buen momento para tender la colada, pasado mañana sería viernes y su familia y ella debían lucir ropa limpia. Desde la planta superior de su hogar se divisaban los fértiles huertos que rodeaban el puente de Concejo, la montaña más alta del lugar repleta de frondosos árboles y, más próxima a su vivienda, la fuerte muralla que protegía la ciudad.

Ana María respiró hondamente, cerró los ojos y orientó su rostro hacia el sol. Le gustaba sentir los rayos penetrando en su piel, le proporcionaban paz y bienestar, una sensación cálida recorría su cuerpo y se concentraba en escuchar el canto de los pájaros. De repente, fuertes pisadas y alaridos turbaron su contemplativo momento.

¡No podrás escapar muchacho!

¡Prended a ese desgraciado!

Ana María abrió súbitamente sus ojos, divisó el final de la calle y aguzó la vista, lo suficiente, como para ver a un joven que estaba siendo perseguido por una de las peligrosas bandas de forajidos que surcaban los caminos circundantes a la ciudad. Uno de los bandidos estaba muy próximo a su víctima, extendió el brazo y despojó al joven de la capa que llevaba anudada al cuello. El bandido tropezó con el ropaje arrebatado, efectuando un traspies que le hizo rodar sobre sí mismo. Con este imprevisto acto, el joven pudo ganar algo de tiempo, pero Ana María sabía que finalmente acabarían dándole captura. Las historias que a esos forajidos acompañaban eran escalofriantes: secuestraban mujeres y niños para violarlos, asaltaban carruajes y asesinaban a todo aquel que se interponía en sus fechorías.

Tras avanzar unos metros más, el exhausto muchacho se detuvo en actitud de reposo sobre la pared de su vivienda. Desde la azotea vio la cercanía de los forajidos, iban a atrapar al desdichado joven. Descendió las escaleras con gran rapidez, abrió la puerta con vigorosidad y con las dos manos agarró a dicho mancebo por el brazo. Le atrajo hacia ella con todas sus fuerzas y lo introdujo en su casa.

Una vez a salvo en el interior de la vivienda, Ana María procuró entablar una conversación con el objetivo de averiguar quién era y por qué escapaba de aquellos maleantes. Sin embargo, cuando el joven trató de pronunciar palabra... cayó desvanecido sobre el pavimento.

Sentía sus párpados pesados.

Comenzó a respirar cada vez más fuerte. Le suponía un gran esfuerzo procurar abrir los ojos. Mientras intentaba ver lo que le rodeaba, escuchaba la voz de una fémina canturreando alegremente. Álvaro sintió un cansancio agudo que recorría su cuerpo, recordó a los forajidos e, inmediatamente, intentó incorporarse. Se encontraba postrado en el suelo, cubierto por una áspera manta. Hizo un rápido examen de la estancia y comprobó que estaba en una vieja casa, austera y sobria. La puerta principal estaba junto a él, su primer pensamiento fue levantarse y escapar de allí, sin embargo, no sabía cuánto tiempo llevaba inconsciente, por lo que no podía arriesgarse a salir de aquel lugar y toparse con los forajidos nuevamente. Comprobó que no tenía su daga, estaba claro que quien allí estuviese le había desarmado. Se puso rápidamente en pie, observó una puerta entreabierta en el otro extremo de la sala, se asomó y evidenció que era la despensa. Una vez refugiado en ella, se mantuvo a la espera de comprobar quién más se hallaba en esa vivienda.

Ana María, tras evidenciar que no podía mover al joven del suelo por falta de fuerza para ello, había decidido dejarle donde estaba hasta que se despertase. Comprobó que tenía el cuello enrojecido, seguramente por el tirón de aquel bandido que casi le atrapó, sin embargo, el joven respiraba con normalidad, por lo que ella continuó con las tareas del hogar. Ensimismada, aireó la ropa de cama de su padre, así como la suya y la de su hermana. Desde siempre, Lorenza y ella habían compartido camastro, pero ahora que el resto de la familia se había mudado podían disfrutar de espacio suficiente para cada una. Salió del dormitorio para dirigirse hacia la despensa, allí guardaba la escoba y era necesario barrer las cenizas y suciedad que del fuego y la madera se desprendían. Cuando entró en la sala comprobó que el joven no yacía en el suelo, hizo un recorrido rápido con la mirada, pero no pudo localizarle. De repente, alguien le abordó por detrás. Un brazo le rodeó el cuello y otro la cintura. No podía moverse. Sin duda, era el muchacho al que había salvado de una muerte segura. Ana María asestó un fuerte golpe con su codo derecho en el estómago de aquel ingrato y, lanzándose sobre él, lo derribó con facilidad.

¡Así es cómo me agradeces que te haya salvado la vida!

¡Soltadme, y dadme mi arma que tan vilmente habéis robado!

Ana María estaba encima de Álvaro, sujetando sus manos contra el suelo y ejerciendo presión con su cuerpo sobre sus rodillas. No tenía escapatoria.

¿Os referís a ese cuchillo que sirve para pelar patatas? Está sobre la mesa.

¡Apartaos si no queréis morir! ¡No sabéis con quién estáis tratando!

Sí que lo sé, con un desagradecido, debilucho y maleducado individuo. Deberíais agradecerme que os haya salvado de las garras de esos bandidos. ¡Fuera de mi casa, maldito insolente! Exigió Ana María con voz potente mientras se apartaba del muchacho.

Álvaro se quedó perplejo ante aquella valiente joven. Nunca había visto una mujer con tanto arrojo. Le había acogido en su hogar para evitarle una muerte segura, le había derrocado con una feroz fuerza y, ahora, le echaba de su vivienda... ¡A él! ¡Álvaro de Valcárcel y Ovando! Estaba petrificado y profundamente confuso con todo lo sucedía.

¿Es que además de cobarde eres sordo? ¡Fuera de mi casa, bastardo! Repitió Ana María con indignación.

¿A quien osas llamar bastardo? ¡Banal plebeya! Soy Álvaro de Valcárcel, hijo de uno de los señores de esta ciudad.

¡Y yo soy Ana María Juárez, hija de mi padre y te ordeno que te vayas de mi casa!

Álvaro no daba crédito a lo que estaba sucediendo, aquella joven, de rango social claramente inferior, le estaba desafiando y no sólo eso, si no que le estaba otorgando un dictamen, ¿acaso la autoridad que su apellido le confería no servía fuera de palacio? El joven noble se encontraba desubicado.

Mira, desvergonzado dijo Ana María mientras agarraba fuertemente a Álvaro por el cuello o te vas de mi casa antes de que llegue mi familia o la vida que te he devuelto te la arrebataré con mis propias manos.

Está bien, está bien manifestó Álvaro mostrando un tono más amigable. Sabía que nada podía hacer contra aquella fogosa mujer. Creo que todo ha sido un malentendido y quiero comenzar nuevamente solicitando disculpas.

Ana María soltó paulatinamente el cuello del joven. Permaneció callada frente a él a la espera de unas palabras de agradecimiento por su heroico acto.

Le agradezco que me haya salvado y auxiliado en esta... Álvaro observó la estancia y le pareció una morada horrorosa, adornada por barro y mugre en esta... su modesta casa.

Ana María frunció el ceño e hizo una mueca amenazante a Álvaro. No estaba satisfecha con aquellas palabras. Álvaro comprendió rápidamente su advertencia. Quiero decir, que le estaré eternamente agradecido por su valentía, si no fuera por su ayuda... puede que estuviese muerto. De veras, gracias por salvarme y acogerme.

Tú no eres de por aquí, ¿verdad? No conoces el lugar y... esos forajidos son

señalados por todos, a nadie se le ocurriría salir solo por ese camino.

Si, ya te he dicho que soy hijo de Gonzalo Valcárcel, pero no suelo frecuentar estos sitios. Tuve que salir rápidamente de mi palacio y no pensé bien la dirección que tomaba.

Ya entiendo, vives holgadamente en tu palacio y no sabes nada del mundo donde tu padre impera, ¡pobre desventurado! Manifestó Ana María entre risas.

Cuidado muchacha, estoy tratando de ser amable. Dejemos las discrepancias a un lado.

Está bien, acepto tus disculpas.

¿Cómo puedo compensaros por lo ocurrido? Estoy en deuda con vos.

Ana María pensó durante unos segundos. Una sonrisa pícara adornó su rostro.

Comprándome unos zapatos en el mejor taller de la ciudad.

El sol se había puesto.

Bajo el cobijo que ofrece el manto de la noche, Álvaro había vuelto a palacio siguiendo las indicaciones que le había dado Ana María. La judería vieja y la vivienda de su familia se encontraban tan cercanas y, a la vez, tan distantes... Se sentía orgulloso, no fue capaz de ocultar una sonrisa de satisfacción. Era la primera vez que se enfrentaba al mundo que existía fuera del cobijo que el palacio le ofrecía: había sobrevivido a una banda de malhechores, explorado una parte de la ciudad, y tratado con una joven de su edad sin la presencia de su madre o su hermana. Álvaro había conocido la libertad y, ahora, concebía el palacio como una prisión. Sin embargo, era una prisión segura. Cuando se recostó en su confortable cama volvió a sentirse completamente a salvo, cerró los ojos... la imagen de aquella intrépida muchacha apareció en su mente. La analizó con minuciosidad. Recordaba con impresión la fuerza que transmitían sus ojos negros, parecían algo rasgados y formaban un perfecto contraste con el color rosado de sus mejillas, las cuales, se encendían cuando se mostraba enojada. Álvaro procuró reprimir una carcajada. Realmente se encontraba fascinado por Ana María.

Catalina, su madre, irrumpió violentamente en el dormitorio. Le habían dado el aviso de que Álvaro se encontraba por fin en palacio.

¡Pero dónde te habías metido! Gritó enojada Catalina mientras sostenía un

candelabro en actitud amenazante.

Álvaro saltó de la cama y comenzó a esquivar a su madre. Era la segunda mujer que procuraba agredirle en un mismo día, ¿qué estaba ocurriendo? Se preguntó para sí.

Lo siento madre. No sabía llegar a casa, estuve perdido.

¡Estábamos preocupados! ¿Por qué saliste de palacio tú solo?

Con todo lo que había vivido ese día, a Álvaro le costó recordar por qué había salido de casa ese mediodía. Le parecía tan lejano...

Porque no quiero que Isabel se vaya a Toledo. Nadie me había dicho lo que estaba ocurriendo, ¿acaso no soy miembro de esta familia?

Tienes razón hijo, pero era un asunto muy delicado y la discreción fue una prioridad. Al final, el compromiso, se ha efectuado correctamente y por la mañana partirán a Toledo para celebrar la boda.

¡No quiero que Isabel se vaya! ¿Por qué no viene a esta casa el espantajo de su futuro marido? Si ella se va no la veré nunca más... Álvaro rompió a llorar.

Hijo, tu hermana tiene ya veinte años, y es un matrimonio que beneficia a nuestra familia. Ella tendrá una buena posición, va a estar bien, es un linaje poderoso y el joven es agradable, parece haberse quedado prendido de Isabel.

No me extraña, ella es hermosa y él... es un adefesio. ¡Pobre Isabel y pobre de mí! Estaré solo siempre, ella era mi mayor compañía.

Álvaro abrazó a su madre mientras lloraba desconsolado. En tan solo unas horas perdería a la persona más importante de su vida, se sentía muy desdichado. Catalina devolvió el vigoroso abrazo a su retoño hasta que el sueño se apoderó de él. Era la primera vez que madre e hijo sentían un lazo de unión tan fuerte. El silencio de la noche se encargó de apaciguar la enorme pena que embriagaba el ambiente y, por fin, Álvaro pudo descansar en su hogar.

Con los primeros vestigios de la luz del día, Isabel partía hacia su nueva morada. Todos en palacio salieron a despedirle, las fanfarrias volvían a rechinar. Álvaro se despertó con el estridente ruido del conjunto. Procuró incorporarse lo más rápido que pudo, no tenía tiempo de vestirse, pero no le importó, portaba una larga camisola blanca y su melena lucía totalmente despeinada. Una vez en la calle, Álvaro tuvo que apartar a aquellos que en masa agitaban con vigorosidad sus manos para despedir a los invitados que marchaban y, por supuesto, a la dulce Isabel. Cuando logró atravesar la barrera de la muchedumbre localizó inmediatamente el carruaje que se llevaba a su hermana. Salió corriendo con gran velocidad hasta darle alcance.

¡Isabel! ¡Isabel! ¡No te marches, por favor!

¡Te he dejado una carta en el cajón de mi cómoda! Gritó la joven mientras sacaba su cabeza por la ventana de aquel vehículo tan pulcro como incómodo.

¿Volverás algún día? Preguntó Álvaro a la vez que descendía su paso gradualmente.

Isabel prefirió no responder. Volvió a meter su busto en el interior del carruaje y secó sus lágrimas. Sabía que no volvería.

Catalina se acercó hasta él y puso la mano sobre su hombro.

Vamos hijo, volvamos a palacio, en las cuadras hay una sorpresa para ti.

Álvaro se sobresaltó. Había olvidado, con todo lo ocurrido, a Tizón. Por un momento llegó a pensar que los bandidos lo habían capturado. Corrió hacia las cuadras con gran velocidad.

El mozo de caballos estaba peinando las crines de su corcel. Álvaro no podía creer lo que veía, estaba sano y salvo y volvía a lucir centelleante.

La partida de hombres que salió en vuestra búsqueda lo encontró vagando calle abajo –mencionó tímidamente el mozo de caballos.

A Álvaro se le ocurrió una brillante idea. Acarició a Tizón durante unos minutos, meditó su plan, y partió en busca de Catalina. Sabía que, después de la despedida de Isabel, su madre se sentiría en deuda con él. Era su momento para obtener algo de libertad.

Madre, quiero que hablemos a solas, el tema a tratar es importante para mí.

Catalina se sorprendió por la seriedad de las palabras de Álvaro. Sin duda alguna, su hijo menor, se estaba convirtiendo en un adulto.

¿Qué ocurre? Pronunció Catalina con carácter seco.

Creo que tengo edad suficiente como para salir de palacio cuando estime oportuno, tal como hace Alonso.

Catalina soltó una breve carcajada.

Pero hijo mío, para qué vas a salir de palacio. Aquí tenemos todo cuanto necesitamos.

Puedo serle útil a padre, ayudarle con sus asuntos, Alonso lo hacía desde antes incluso de tener mi edad. No conozco a penas la ciudad en la que vivo... y, ahora que no está Isabel...

Está bien, pero deberás salir con un escudero cuando vayas a pie y un lacayo cuando vayas a caballo. Nunca debes ir sólo, ¿entendido?

Como gustéis madre.

Ana María pensaba a veces en aquel extraño joven. La inocencia que su rostro deprendía parecía la de un niño, mientras que su frondosa melena rubia le confería un alto atractivo. ¿Cómo era posible que alguien de su edad no hubiera salido nunca de aquel palacio? La escasa astucia que había demostrado tener se veía contrarrestada por la inteligencia que denotaban sus ojos. También había recordado la mancha de color pardo que adornaba el rostro del joven, nunca había visto algo semejante.

¡Ana María! Gritó alguien desde la calle mientras golpeaba con delicadeza la puerta de la vivienda.

¿Acaso sería él? Había pasado una semana desde que se conocieron y no había obtenido noticia alguna, tampoco los zapatos que le había prometido a modo de obsequio. Con prisa se recogió el cabello y sacudió la falda.

Miró por la ventana y vio a la Panda, que volvía a llamar a la puerta, esta vez, con más fuerza. Ana María lanzó un suspiro cargado de desilusión.

¿Qué queréis, mujer? Preguntó la joven sin abrir la puerta.

Traigo noticias respondió la anciana mostrando gran dignidad, hay otro caso de peste en la ciudad. La mujer del bodeguero está a punto de expirar.

No me importa anciana, márchate a otra parte.

Ana María sintió una gran desazón. Se encontraba desganada, pero debía terminar de remendar el vestido de su hermana Lorenza. Sostuvo de nuevo la aguja y el hilo. Se distraía con cada zurcido y sus pensamientos la evadían de aquel lugar.

La puerta sonó de nuevo. Dispuesta a echar con malos modos a la Panda, se levantó enérgicamente y abrió la puerta con aire irritado. Su sorpresa fue encontrarse con dos apuestos jóvenes: uno portaba un escudo, el otro, era Álvaro.

Habéis tardado en cumplir vuestra promesa, pasad, sois bien recibidos dijo Ana María sin poder ocultar su sorprendido gesto.

He esperado el tiempo que el zapatero Joseph ha estimado oportuno para la realización de estos bellos zapatos respondió Álvaro, ya en el interior de la vivienda y al tiempo que mostraba el calzado adquirido.

Ana María abrió los ojos de par en par. No solo había cumplido su promesa, sino que ese día su padre había ganado un importante jornal, eran los zapatos más hermosos que jamás había visto.

Álvaro pudo observar la felicidad en la cara de la joven, ambos se miraron durante unos segundos sintiendo la complicidad que, entre ellos, crecía por momentos.

Mi señor, un sospechoso con ropajes negros nos observa a través de esa ventana, creo que este lugar no es seguro dijo el escudero mostrando preocupación.

Tonterías aclaró Ana María, es la Panda, una vieja que se dedica a llevar las noticias de un lado para otro, es una chismosa, pero no es ningún peligro.

La Panda se escondió rápidamente cuando vio que los tres jóvenes miraban por la ventana, la habían descubierto, pero no le importaba demasiado, lo que allí estaba ocurriendo tenía más valor y debía fijarse bien en cada detalle.

Este es un barrio de descendientes de judíos mi señor, deberíamos irnos ya volvió a intervenir el escudero.

¿Acaso has buscado un guardián que es aún más miedoso que vos? Este es un barrio decente escudero, somos cristianos como vosotros, pero si no es de vuestro agrado podéis marcharos.

A vuestra madre no le gustará enterarse de que hemos estado aquí volvió a insistir el escudero, es mejor irnos antes de que oscurezca.

Si quieres marcharte puedes hacerlo, esta joven me ha invitado amablemente y estaré aquí con ella. Si lo prefieres puedes esperar fuera.

¿Con esa vieja bruja? Prefiero quedarme aquí, mi señor respondió el escudero con voz temblorosa.

Ana María y Álvaro comenzaron a reírse del joven escudero y de su poca valentía. Sentados al calor del fuego pasaron, los tres, la tarde entre carcajadas e historias que compartían. Álvaro escuchaba con atención a Ana María, su vida le parecía apasionante a pesar de no haber tenido grandes lujos, y el carisma con el que contaba sus hazañas... le cautivó por completo. Por un instante, quedó prendado de sus gruesos labios, observando cada palabra pronunciada, cada sonrisa. El escudero parecía relajarse poco a poco, aunque cada cierto tiempo se asomaba por la ventana para comprobar si la Panda seguía observándoles.

Cuando los últimos rayos de sol comenzaron a ponerse, Ana María se dio cuenta de que su padre estaría a punto de llegar a casa. No podía permitir que Álvaro le viera, pues, si descubría que era hija de Joseph, sabría que ella le había engañado con el único fin de obtener ganancias a través de su buena voluntad.

Está oscureciendo, debéis marcharos dijo Ana María con semblante serio.

Sí, mi señor, vayámonos ya, su madre le estará esperando.

Álvaro se puso en pie, no sabía cómo despedirse de Ana María.

Mañana, después de la cena, ven por mí, te enseñaré un sitio asombroso le susurró la joven al oído.

Álvaro no pudo articular palabra, sonrió y se marchó.

La Panda estaba esperando en la esquina de esa misma calle, quería asegurarse

de quiénes eran aquellos dos jóvenes de alto rango que habían visitado a Ana María. Reconoció el símbolo de la familia Valcárcel en el escudo. Cuando pasaron los dos lozanos a su lado, sujetó a Álvaro del brazo, le miró fijamente a los ojos, y murmuró:

Si... mis sospechas eran ciertas... los astros se han vuelto a alinear, vuestros hilos de la vida siempre han estado unidos.

¡Atrás vieja! ¡Alejaos de mi señor! Exclamó el escudero apartando a la Panda en un impulso.

Cosas prodigiosas os esperan, cosas prodigiosas os esperan...

Álvaro se quedó sin aliento.

Se sentía hermosa.

Al día siguiente, Ana María, estrenó su nuevo calzado. Hacía bastante frío, por lo que envolvió sus pies en paños de tela para que se mantuvieran templados. El encanto de la joven y la frescura que mostraba la convertían en una vendedora carente de adversarios. El mercado se encontraba abarrotado, como siempre. Los personajes que componían la escena, los mismos. La servidumbre que trabajaba para los hidalgos de la villa acudía a comprar, sobre todo, carne y pescado, los alimentos predilectos que llenaban las despensas de los palacios. Aquel día, el tema de conversación elegido era la propagación de la Peste Negra por la ciudad. Se conocían un total de cinco nuevos casos de personas infectadas por bubones, dos de ellas habían fallecido, las otras tres agonizaban.

A última hora de la mañana, una acalorada discusión acaparó la atención del público allí presente. Comenzó a formarse un tumulto de gentes alrededor del puesto de pescado. Dos jóvenes se disputaban la compra de la última trucha que quedaba por vender. Al parecer, el hijo del barbero se encontraba dispuesto a pagar por dicho ejemplar cuando, en el tenderete, irrumpió el criado del hidalgo Francisco de Quiñones. Éste, exigía al tendero la entrega del ejemplar a su persona alegando la existencia de un supuesto privilegio nobiliario. El público comenzó a posicionarse en dos bandos y, rápidamente, la disputa se convirtió en un espectáculo avivado por los gritos de aquellos que incitaban a la violencia. Ana María comenzó a recoger su puesto, sabía lo que ocurría cuando altercados violentos acontecían en el mercado. El frenesí comenzaba a embriagar la plaza, la multitud vociferaba agitando los brazos, la Panda levantaba su cayado y se movía de un bando a otro, mostrándose a favor de ambos. En realidad, lo que

querían aquellos humildes individuos era un poco de regocijo en sus desdichadas vidas. Sin embargo, Ana María tenía su mente disipada, se sentía ajena a toda aquella función. Deseaba que el cielo se tamizase con el atardecer. Llevaría a Álvaro a un lugar secreto y recóndito de la ciudad donde la puesta de sol podía sentirse a modo de prodigio.

Vítores y aplausos inundaron la plaza. Ana María miró hacia atrás, el hijo del barbero levantaba la trucha en modo triunfante. El espectáculo había concluido. Para ella el resto del día transcurrió despacio. Había sacudido y aireado su vestimenta, también peinó sus cabellos, los cuales, recogió en una larga trenza. No tenía la certeza de que Álvaro viniese, pero ella estaría preparada.

Padre, voy al olivar, hoy está despejado y el amanecer se verá dotado de gran hermosura. Antes de que oscurezca plenamente estaré de regreso.

A Joseph no le extrañó la actitud de su hija, debido a que, desde que era pequeña, acostumbraba a frecuentar en solitario el olivar de la judería. Era un antiguo jardín perteneciente a una de las más significativas casas que existía en el viejo barrio judío. Había sido expropiada, como otras tantas, a una importante familia judía que, tras la expulsión de los hebreos, había decidido marchar en lugar de convertirse al cristianismo. Para entrar era preciso saltar una tapia debido a que, ahora, la casona pertenecía a algún hidalgo de la ciudad y se encontraba cerrada desde su adquisición.

Ana María salió de casa y estuvo esperando a Álvaro al final de la estrecha calle. Transcurrido un tiempo comenzó a impacientarse. Por un lado, sabía que no tenía nada que perder, de todos modos, iría a ver la puesta de sol, pero por otro, en su interior, reconocía que se había ilusionado con aquel joven. Su extrañeza le producía atracción y su lindeza era innegable.

Ya puede ser admirable realmente lo que pretendes enseñarnos...

Ana María se giró. Allí estaba, tan sonriente como pulcro. Tras él, su inseparable escudero, ¿acaso había invitado a ese pálido y no lo recordaba? ¿O es que Álvaro no podía caminar solitario nunca? Debía pensar una estrategia para librarse de aquel escollo, no quería que nadie más descubriese su sitio mágico. Cuando llegaron al lugar se le ocurrió una brillante idea.

Escudero, debes permanecer aquí, nos ayudarás a saltar y en esta parte vigilarás que nadie más traspase la tapia.

El escudero pareció agradecido, no le seducía la idea de penetrar en casa ajena y menos en aquel lugar.

Cuando ambos púberes se encontraron dentro del olivar pudieron respirar al unísono la paz que aquella solitaria esfera transmitía. Se sentaron en una piedra

con vistas a la montaña más alta, emplazada colindante a la ciudad. También podía divisarse la rivera que atravesaba el puente de Concejo. Álvaro se sintió realmente impresionado. El sol comenzó a ponerse, el entorno era oropel y la sinfonía de colores que inundaba la escena creaba un hálito prodigioso. Estaba nervioso, un dolor agudo encogía su estómago. Desde que conoció a Ana María no había dejado de pensar en ella.

Este es mi sitio secreto, desde que tengo altura suficiente como para saltar el tabique vengo aquí, veo la puesta de sol, y pienso en mi madre~ confesó la joven con voz frágil.

¿Dónde está tu madre?

Murió a los pocos días de mi alumbramiento. Cuando estoy aquí imagino cómo era y qué habría de diferente en mi hogar si ella hubiera estado.

Yo también acabo de perder a una persona muy importante para mí, mi hermana mayor. Ella era como una madre~ respondió Álvaro con la voz entrecortada.

¿Acaso tampoco tienes madre? Preguntó Ana María sorprendida e ilusionada por encontrar refugio en alguien con su misma inquietud.

Sí, pero mi hermana es quien siempre ha cuidado de mí. Mi padre es un hombre muy ocupado, viaja mucho, muy lejos y mi madre... en fin, su mente se encuentra tan alejada de aquí como él. Siempre me ha mirado con rescoldo, creo que es por la mancha de mi rostro, nunca me lo ha confesado, pero dicen que ella piensa que... bueno... que no es bienaventurada.

¿Siempre la has tenido? Indagó Ana María con curiosidad.

Sí, nací con ella, el día 11 de abril del año 1595~ respondió el joven con donaire.

¡Yo también nací en esa misma fecha!

Ambos se miraron a los ojos durante unos segundos hasta que Álvaro interrumpió aquel tierno instante.

¡Mira! ¡El sol casi se ha puesto por completo, nos lo estamos perdiendo!~ Dijo mientras apuntaba con el dedo hacia el rojizo horizonte.

Ana María, en un incontrolable arrebato, agarró la barbilla del joven, giró su cara hacia la suya y unió sus encarnados labios con los de él. El tiempo se detuvo.

No importa respondió ella mientras sonreía pícaramente~ , mañana volveremos.

CAPÍTULO III

Año 1612, Cáceres

Desde aquel ocaso, Álvaro y Ana María se vieron todos los demás. Día tras día, en aquel jardín secreto con vistas sempiternas. La confianza aumentaba entre ambos jóvenes y, los sentimientos de uno y otro, también. Cada mañana, Álvaro se despertaba pensando en los besos y caricias de Ana María, en su dulzura y a la vez en su atrevido carácter. Sin embargo, no se había detenido a pensar la fortuna que aquel amor adolescente pudiera llegar a tener, de hecho, ni siquiera se había planteado cuál sería su propio futuro. Vivía en la felicidad espontánea que el primer amor suele conferir, sin plantearse siquiera la posibilidad de que su madre pudiera concertarle, en cualquier momento, un matrimonio con una joven noble, tal y como había hecho con su hermana. Ana María, en cambio, se sentía mucho más distante del joven. A pesar del amor que su mirada profesaba cuando él acudía en su búsqueda cada tarde, ella sabía que, su secreto, era demasiado grande como para poder unirles perennemente. Su padre siempre le había aconsejado no confiar, a nadie, el uso y la práctica de las tradiciones hebreas que llevaban a cabo en su ámbito privado. Ana María sentía en numerosas ocasiones la necesidad de confesar a Álvaro quién era realmente, pero, el respeto que la joven sentía hacia su padre, era mayor que las ganas de eliminar esa barrera que no le permitía sentir la unión total que su amor merecía.

Estás triste... ¿has vuelto a leer la carta de tu hermana? Preguntó Ana María dando a entender que ya conocía la respuesta.

Sí, es lo único que me queda de ella, hoy hace dos años que se marchó. Su última frase me reconforta... y me pone triste al mismo tiempo.

Ella también sabe que ha sido siempre la persona más importante en tu vida...

Hace poco escribió otra carta a palacio, dice que está bien. Ha tenido una hija, es mi sobrina y nunca la conoceré. La echo mucho de menos.

Bueno, eso es en el fondo una noticia bienhechora, vuestro linaje se extiende y... hoy... también hace dos años que nos conocemos...

Es verdad Ana María, doy gracias cada día por haberte conocido le respondió Álvaro mientras besaba con cariño su frente.

¿Sabes? Tengo una buena noticia que darté...

¿Cuál es? Insistió Álvaro con curiosidad.

Podremos venir a este sitio toda nuestra vida, nunca nadie nos molestará.

¿Por qué estás tan segura de ello?

Porque hoy en el mercado he escuchado que dos mujeres relataban sobre esta vivienda y se referían a Gonzalo de Valcárcel como su dueño.

La cara de Álvaro reflejó sorpresa y felicidad a la par. Era bastante expresivo son sus sentimientos desde siempre y Ana María le conocía casi a la perfección. Había logrado alegrarle el día.

Entonces, este jardín secreto será siempre para nosotros. Te quiero, Ana María.

Ambos jóvenes se fundieron en un intenso abrazo.

¡Mi señor! ¡Creo que deberíais marchar ya! Vociferó el escudero desde el otro lado de la tapia.

Álvaro se sintió muy extrañado. Su inseparable escudero, además de haberse convertido en fiel amigo de la pareja, había destacado por su formidable discreción. Álvaro se subió a lo alto del muro.

¿Qué ocurre?

Mi señor, he rondado por el barrio y he visto que había varias personas en la puerta de la casa de Ana María, algo ha pasado, no he alcanzado oír qué decían.

Ana María, que estaba al otro lado del tabique, súbitamente saltó hacia el lado opuesto.

¡He de irme! Gritó la joven mientras se alejaba apresuradamente.

¿Qué habría ocurrido? ¿Sería algo malo, o bueno? Varios vecinos se agolpaban en la puerta de su casa. La Panda se movía calle arriba y calle abajo gritando:

¡Es la Peste! ¡La Peste ha llegado al barrio!

Ana María palideció.

¡Dejad paso! ¡Apartad! Exclamó desesperada por conocer qué ocurría.

Una vez dentro de la vivienda subió rápidamente las escaleras. La imagen que presenció fue desoladora. Su padre se abalanzaba sollozando sobre Lorenza, que yacía en la cama inconsciente.

Padre... murmuró Ana María ¿qué está pasando?

Joseph levantó los brazos de su hija, varios bubones adornaban las axilas de Lorenza. Unos de gran tamaño, otros más pequeños, pero prácticamente todos supuraban. Ana María cayó de rodillas, estaba desolada. Se llevó las manos a la frente y preguntó:

¿Por qué a nosotros, Señor?

Los brotes de Peste se habían propagado con gran rapidez en la ciudad durante los últimos dos años. Desde la aparición del primer caso, habían aparecido casi cien personas infectadas y nada se pudo hacer para frenar la expansión. El miedo y la desconfianza acechaban todas las conciencias y nadie ayudaba a nadie. Cuando la desgracia entraba en un hogar... fácilmente acababa con la vida de, prácticamente, todos sus miembros.

Las medidas que se habían tomado en la ciudad eran extremas. El principal hospital de extramuros, situado tras la Plaza Mayor, no contaba apenas con recursos. Cuando se llegó a esta terrible situación de desbordamiento se aplicó un criterio muy restrictivo en cuanto a quiénes debían ser admitidos en el hospital y quiénes no. Numerosos huérfanos vagaban por las calles, no había sitio para ellos, la mendicidad aumentó y los enfermos de peste se podían encontrar en prácticamente cada esquina de la ciudad extramuros. Cuando la situación se convirtió en insostenible el obispo decidió intervenir, ordenando a los mayordomos de los hospitales que admitiesen también a los enfermos pobres de cuna. El hospital de San Salvador, situado en la zona de San Juan, contaba tan sólo con nueve camas, sin embargo, solían ser suficientes debido a que sólo amparaba al reducido sector de la población adinerada de intramuros.

Joseph cogió a su hija enferma en brazos, se dirigían hacia el hospital principal. Ana María se preguntaba cómo Lorenza no les había avisado de la aparición de los bubones. Cuando llegaron al centro sanitario, el mayordomo les avisó de que no tenían camas libres ni tampoco personal suficiente para atender a los enfermos. Ana María se quedó sin palabras ante aquel lamentable escenario. Grupos de niños harapientos lloraban de hambre en el umbral del inmueble, sus padres se encontraban ingresados y al borde de la expiración, nadie cuidaba de ellos. Apenas dos personas se hacían cargo de atender a los infectados, y muchos de los perjudicados, yacían en el suelo, muertos o vivos. Los primeros esperando

para ser trasladados fuera de la ciudad y, los segundos, por falta de mobiliario donde reposar sus últimos días.

Les recomiendo que, si aún están sanos, no entren ahí ordenó el mayordomo poniendo la mano en el hombro a Joseph.

Mi hija está enferma, necesita atenciones médicas.

Como sabrá, el médico de la ciudad no faena por estos lares. Aquí solamente hay dos personas voluntarias atendiendo las necesidades de los enfermos. No hay sitio suficiente, puede comprobarlo usted mismo. Le recomiendo que se queden en su casa.

¡Pero mi hija morirá!

Mire, he escuchado que llegará un médico de la Peste a la ciudad. El municipio pagará su salario, por lo que deberá cuidar tanto a ricos como a pobres y frecuentará el hospital y las casas de los afectados.

¿Un médico municipal? Preguntó Ana María sorprendida.

Exactamente. Se ocupa de realizar sangrías y extirpar los bubones. Sólo él puede hacerlo, debido a que posee una popular máscara de pico de ave para evitar el contagio, porque, como habrán escuchado, la enfermedad se contagia por el aire...

¿Cuándo llegará ese médico a la ciudad? Dijo Joseph invadido por un soplo de esperanza.

De un día para otro.

Vámonos padre, Lorenza estará mejor en casa, esperaremos a ese médico.

Ana María revisó todo su cuerpo, insistió a Joseph para que hiciera lo mismo. Un silencio desolador había invadido su hogar. Lorenza no mejoraba, la fiebre era cada vez mayor, los bubones supuraban sin parar, aumentando de tamaño y produciéndole un gran dolor. Joseph estaba desesperado. Había ordenado al resto de sus hijos que no visitasen a su hermana, cualquiera que entrase en esa casa podía quedar denigrado. Ana María preguntaba, cada día, por la llegada del médico de la Peste. Nadie tenía noticias, todos sabían que se encontraba próximo a la ciudad, pero no le habían visto aún. Las esperanzas se terminaban para la familia Juárez, pero también para otras muchas familias. Ana María no dejaba de pensar en las personas que se encontraban en el hospital, en la desdicha que allí había, en la putrefacción del aire que se respiraba, y en aquellos pobres niños... ¿Cómo era posible que nadie más contribuyese a erradicar esa enfermedad? Si esos contagiados estuviesen bien atendidos, quizá, podrían salvarse y no infectar a más almas. Las dos personas que allí trabajaban poco podían hacer, no eran médicos y apenas daban abasto para limpiar los orines y los excrementos de los

enfermos. También hacían lo posible por bajarles las fiebres, pero sin un facultativo que supiera tratar ese mal... la ciudad estaba perdida.

Álvaro y su escudero se dirigían a palacio invadidos por la preocupación sobre lo que pudiera estar ocurriendo en casa de Ana María. No debían ir a visitarla, tampoco dejarse ver con ella en público, habría demasiados detractores que se opondrían fervientemente a esa relación. La sociedad entera los rechazaría, nadie lo entendería. Cuando entraron en palacio vieron que había visita en el gran salón, debía ser importante pues aquella estancia únicamente se habilitaba para la recepción de eminencias.

¡Álvaro, hijo! Ven a congratular al señor obispo ordenó Catalina con voz orgullosa.

Álvaro se sintió ofuscado, ¿qué estaba haciendo en su morada aquel hombre? Supo de inmediato que su madre estaba tramando algo.

Señor obispo... dijo Álvaro mientras se abalanzaba para besar el portentoso anillo que lucía el eclesiástico en su mano.

Si... efectivamente... musitó el obispo mirando a Catalina con complicidad. Tus ojos denotan inteligencia, muchacho. La Gracia de Dios está contigo.

Álvaro no entendió el sentido de las palabras de aquel siniestro hombre, vestido con larga sotana y distinguida capa. Su pelo, canoso y fino, le otorgaba un carácter bondadoso a su pálido rostro embarcado en profundas arrugas. Tenía voz suave, hablaba de manera pausada y con marcado arrojo. Álvaro permaneció indiferente ante aquella confabulada escena, su madre recibía visitas con frecuencia, casi siempre de gentes procedentes del estamento eclesiástico, por lo que se dio media vuelta y marchó a las cuadras a ver a Tizón. La servidumbre se encontraba muy alterada ante la presencia de aquel hombre de Dios. Decían que había venido para asegurarse de que todos los enfermos estaban recibiendo asistencia sanitaria en los hospitales de la ciudad, indistintamente de si pertenecían a familias pobres o acomodadas. El obispo había ganado popularidad entre la población con dicho gesto, aunque el brote de Peste seguía causando muertes casi a diario. Esa misma noche se celebró un banquete en honor al señor obispo. Los sirvientes habían adquirido las mejores piezas de carne y pescado del mercado esa mañana, hacía días que Catalina sabía de la llegada de aquel hombre a la ciudad y había cuidado cada detalle. Las esclavas de palacio: Sebastiana, una morisca entrada en años y Águeda, una joven de piel negra traída de las colonias, se habían encargado de que la limpieza en palacio

fuese extrema. Catalina había sido muy tajante con el servicio. Esos días debían ganarse los favores del obispo, algo muy importante estaba en juego.

Durante la comilona, Álvaro tuvo extrañas sensaciones. Aquel hombre, con aspecto candoroso y pulcro, le observaba de manera intermitente. Hacía numerosas preguntas a su madre y ambos charlaban mientras lanzaban breves miradas a Álvaro. ¿Por qué el obispo estaba tan interesado en él? Muy pronto lo sabría...

Hijo, ¡despierta! Susurró Catalina mientras acariciaba la mejilla de Álvaro y le miraba con ternura.

¿Qué pasa madre? ¿Ha llegado alguna carta de Isabel? Preguntó el joven entrecortando las palabras debido al adormecimiento que aún sentía.

No, cielo. Tengo buenas noticias para ti, para tu futuro.

Álvaro abrió los ojos súbitamente. A su mente arribó una idea que quiso desechar de inmediato. No podía ser. Lo que se estaba imaginando no podía ser. El señor obispo quiere que mañana por la mañana emprendas el viaje a Salamanca con él. Ha considerado mi propuesta de que estudies teología y cree que serás un buen siervo de Dios.

Álvaro abrió los ojos y la boca a la par. Se había quedado sin palabras. Su madre había arreglado su futuro, su vida, tal y como había hecho con Isabel.

Álvaro, hijo, has escuchado lo que te he dicho. Colmarás de honra a tu familia, nuestro apellido alcanzará la más alta dignificación.

¡De eso nada! ¡Has perdido la cabeza! Gritó Álvaro mientras se levantaba de la cama aturdido por todo lo que estaba oyendo.

Ya está apalabrado, mañana por la mañana partirás. No se hable más.

¡He dicho que no! ¡No quiero ser un cura! Estás haciendo conmigo lo mismo que con la pobre Isabel... ¡Manejas nuestro futuro a tu conveniencia!

¿Es que acaso no lo entiendes? No lo he decidido yo, debe ser así. Todos los linajes importantes tienen un heredero, en nuestro caso es Alonso y, el resto de hijos, tienen dos salidas: o se someten a otra familia nobiliaria o a la Iglesia.

Me quiero quedar aquí, con Alonso, los hijos menores también pueden someterse a la autoridad del hijo mayor. No te creas que no lo sé.

Catalina se puso en pie paulatinamente, con duro semblante. Levantó la barbilla y, mirando a su hijo, dijo con tono tajante:

Mañana partirás. Este asunto queda zanjado.

¡De eso nada! Gritó Álvaro corriendo hacia la puerta para escapar de allí.

Catalina, que se había adelantado a los pensamientos de su hijo, fue más rápida.

Se posicionó delante de la puerta, abarcándola en su plenitud con los brazos abiertos.

Acaso no ves que es lo mejor para ti... ¡estás maldito, naciste maldito y morirás maldito si no te encomiendas al Señor!

Catalina dio media vuelta y, en un rápido movimiento, cerró con llave la puerta del dormitorio de Álvaro. Dejaría a su hijo encerrado hasta que llegase el momento de su partida. No consentiría que arruinara su futuro... ni el de su linaje. Álvaro permaneció inmóvil durante unos segundos, sin reaccionar, no podía asimilar lo que estaba ocurriendo, ni lo que acababa de oír. Cuando volvió en sí forcejeó bruscamente la puerta. Era inútil... estaba prisionero en su propio palacio y por su propia madre. En su mente sólo aparecía una imagen que se repetía una y otra vez: Ana María. Si a primera hora de la mañana el obispo le llevaba con él... no podría explicarle lo que estaba ocurriendo, ni tampoco despedirse de ella. Debía idear algo para que no pensase que le había abandonado, para que ella supiese cuán grande era su amor. Tras pensar varias opciones, a cada cual más disparatada, finalmente optó por seguir la referencia de su hermana Isabel y escribir una carta de despedida, así, Ana María, sentiría su presencia tan cercana que recordaría su voz y sus palabras de afecto siempre que quisiese. Debía darse prisa, ella le estaría esperando al final de la calle, como cada ocaso, como siempre desde hacía dos años. Era la única oportunidad que su escudero tendría para darle el mensaje.

“Querida Ana María:

No hay tiempo suficiente para explicarte con detalle la traición que mi madre me ha dispuesto. Quiero que sepas que ella es la culpable de que nuestro romance se vea turbado en tiempo y forma, pero no en pasión. Mi amor hacia ti ha aumentado día tras día. Recordaré, por siempre, tus risas y tus llantos, tu energía y tu arrojo, tu olor y tu cálida piel. Me encuentro desolado, prisionero en mi propio hogar. Por la mañana, con los primeros rayos del sol naciente, el obispo me llevará con él a la ciudad de Salamanca, me obligará a iniciar estudios superiores para convertirme en un siervo de Dios. ¡Oh! Desgraciado de mí, desdichada la vida que me espera, separado de ti y de esos besos proferidos por pulposos y tiernos labios. Recordaré cada noche tu cabello rozando tus mejillas sonrosadas, el sonido de tu risa, del cual también me veré privado perpetuamente. Cruel destino el mío. Quiero hacerte saber que, si algún día tuviera

*la oportunidad, escaparé de la cárcel donde me tendrán prisionero, volveré por ti. En los oscuros días que me esperan por el resto de mi vida... tu recuerdo será la luz que llene de energía mi ser. Sé que no es esta la despedida que te mereces, valiente dueña de mi alma, mi fiel guardiana. Recuerda por siempre que, el fuego ardiente que conforma la ardorosa pasión que por ti siento, nos unirá inmortalmente, pues... el amor que con tórrido fuego se forja... permanece encendido para la eternidad.
Hasta siempre, mi amada.*

Álvaro de Valcárcel y Ovando.

Como cada día, el escudero acudió a la recámara de Álvaro para partir en busca de Ana María, solo que esta vez todo sería diferente. Álvaro ofreció por debajo de la puerta la carta a su fiel aliado con la estricta orden de entregársela en mano a la joven. El escudero partió al lugar de encuentro, esperó un tiempo prudencial, pero Ana María no apareció, ¿qué ocurría? Dispuesto a acatar la orden de su señor se posicionó frente a la puerta de la vivienda de la joven y la llamó a voces en repetidas ocasiones. Finalmente, Ana María abrió la ventana de la planta superior del hogar.

- ¡Márchate escudero! Alejaos de aquí, la Peste ha llegado a esta morada, estamos contagiados y no debéis acercaros.

- Pero traigo esto para vos, es del señor –insistió el escudero mientras alzaba la carta en su mano.

- Tomaos enserio lo que os digo –repitió Ana María concienzudamente - alejaos de aquí inmediatamente, decid a Álvaro que no se acerque a este lugar por un tiempo, ni me busque hasta pasada la epidemia, la muerte nos acecha, no quiero contagiaros ningún mal.

Ana María cerró repentinamente la ventana y desapareció. El escudero estaba desubicado. Por un lado, quería cumplir las órdenes de su señor, pero, por otro, el miedo que a la Peste tenía todo ciudadano le invitaba a huir de aquel suburbio. Marchó corriendo mientras se cubría con un trapo la nariz y la boca para evitar ser contagiado. Se dirigió hacia el olivar de la judería, saltó la tapia y se adentró en el jardín secreto de los enamorados. Sabía que, Ana María, cuando tuviese ocasión, volvería a aquel lugar. En la piedra donde los jóvenes se sentaban para ver el amanecer averiguó una profunda grieta, decidió introducir la carta ahí con la esperanza de que, algún día, Ana María reparase en su presencia.

- ¡Trae más paños de agua fría, deprisa! –Ordenó Joseph.
- Ya voy padre. Debe beber más agua, la fiebre no remite –respondió Ana María con preocupación.
- Dicen en el mercado que es bueno quemar maderas olorosas para purificar el aire de la casa.
- Iré a buscarlas, cierto es que el aire que respiramos está corrompido. Ya he perfumado las ropas de Lorenza para corregir los vapores que desprende.
- He escuchado, también, que los boticarios están vendiendo bolo armenio y bálsamo peruviano líquido para los bubones. ¡Ah! Y recuerda comprar tierra sellada para la fiebre pestilencial.
- Iré de inmediato a por todos los remedios padre.

Lorenza no mejoraba, llevaba un día y una noche padeciendo la enfermedad que, con toda probabilidad, le llevaría a la muerte. Joseph y Ana María se esforzaban por alargar su tiempo de vida hasta que llegase a la ciudad el médico de la Peste. Aun sabiendo que no existía persona alguna que hubiese logrado sobrevivir a aquella desdicha, los familiares se arriesgaban y esforzaban enormemente en el cuidado de sus enfermos. Varias veces al día, Joseph y su hija, examinaban sus axilas, cuellos e ingles con la esperanza de no haber sido contagiados también. Ana María no había tenido tiempo aún de asimilar que su hermana se marcharía para siempre en apenas tres o cuatro días, cinco a lo sumo. Sería incapaz de perder a su inseparable preceptora. Desde niñas, Lorenza y ella siempre habían permanecido juntas compartiendo juegos, dormitorio, secretos, ropa y calzado. La diferencia de edad entre ambas hermanas era escasa. Lorenza acababa de cumplir veinte años y estaba a punto de desposarse con el hijo del espadero de la judería vieja. Ana María había aconsejado a su hermana en la concertación de ese matrimonio y había hecho de mediadora entre ambas partes, quería a su hermana por encima de todo y sabía que llevaba enamorada de aquel joven desde siempre. Sin embargo, ahora todo había cambiado repentinamente, y la pobre Lorenza exhalaba sus últimos suspiros.

Cuando Ana María acudió en busca del boticario observó que la gente con la que trataba a diario, ahora, renegaba de ella. Las voces se propagaban tan rápido como la enfermedad, y nadie quería tener contacto físico ni intercambiar palabras con un posible apestado. La histeria colectiva había invadido las conciencias de los ciudadanos. La mendicidad y la delincuencia aumentaban por

momentos, las despensas comenzaban a agotar sus reservas y era frecuente encontrar cadáveres por las calles a la espera de ser trasladados a espacios circundantes a la ciudad.

Con todo lo que estaba ocurriendo, Ana María, no había tenido tiempo de acordarse de Álvaro. El ocaso comenzaba a cercarse de nuevo y el joven estaría esperándola al final de la estrecha calle donde se localizaba su vivienda. Sin embargo, Ana María, sabía que no debía verle, no por ahora, pues era muy probable que ella también estuviera infectada y nunca permitiría que Álvaro fuese víctima del contagio. Tras comprobar la decadencia en que comenzaba a verse sumida la ciudad, la joven regresó a casa con los remedios para su hermana. Su sorpresa fue encontrar a su padre portando una especie de bisturí y a Lorenza delirando por las fiebres.

- ¡Padre! ¿Qué estáis haciendo? ¡Apartaos de ahí! –Exclamó Ana María sobresaltada.

- Un bubón estaba supurando demasiado, iba a quebrantarse de un momento a otro. He tenido que hacerlo. Es la única manera de salvarla... el médico no va a llegar.

- ¡Pero las sustancias que de los bubones salen son altamente contagiosas, no debéis hacer eso! ¡Sólo el médico de la Peste puede!

- Hija, ¿es que acaso no lo estás viendo? Tu hermana se muere y el médico no va a llegar a tiempo.

- ¡No digáis eso! ¡No volváis a repetir eso!

Ana María rompió en llanto. Su padre tenía razón. Lorenza no sobreviviría, nadie sobrevivía y, para empeorar la situación, su padre también podía enfermar de un momento a otro, se estaba exponiendo demasiado a la enfermedad. Se encontraba totalmente abatida por ese escenario y se sentó en un rincón de la habitación a lamentarse.

- ¡Ana María! ¡Ana María! –Gritaron desde la calle.

Era el escudero de Álvaro, era la hora, habían venido por ella, pero, ese día... sería diferente... Ana María, fuera de sí, ordenó que no volviesen por ella hasta transcurrido un tiempo, la vida de todos sus seres queridos estaba en juego...

CAPÍTULO IV

*Años 1613-1625,
Cáceres-Salamanca-Plasencia*

Álvaro vivió sus años en Salamanca como un tiempo de explosión de sensaciones contradictorias. Por un lado, deseaba volver a su hogar, abrazar a Ana María, recuperar su vida, pero, por otro, se adaptó rápidamente a su nueva circunstancia. El obispo no se equivocó, realmente Álvaro era un alumno muy vivo que brillaba sobre el resto. Durante los años que fue instruido en estudios superiores pudo disfrutar de conocimientos relativos a la teología, la filosofía y el derecho canónico. Sin duda alguna, la vocación del joven se manifestó de manera muy temprana en todo lo concerniente a esta última disciplina. Álvaro tuvo muy claro, casi desde el principio, que sería un hombre de leyes. Sin embargo, no acababa de asimilar la idea de convertirse en un siervo de Dios y acatar los estrictos dogmas que ello conllevaba. Fue sometido a duras horas de estudio, pero también a ratos de contemplación. Asimilaba cada conocimiento con rapidez. Sus compañeros nunca le aceptaron plenamente. En un primer momento, hacían burlas de la mancha que portaba en su rostro, después, le veían más bien como a un rival, por lo que se encontraba sólo, enclaustrado, él y sus libros. Los profesores trataban con respeto a sus alumnos, todos procedían de familias nobles y por sus venas circulaba la sangre de importantes linajes. Se esforzaban, día tras día, por inculcar férreamente los preceptos morales e ideológicos que constituían la base fundamental de la labor que sus alumnos ejercerían en un futuro.

Álvaro pensaba cada noche en Ana María, ¿el escudero habría cumplido su misión? Si así era, ¿qué habría pensado al leer su carta? ¿Se habría olvidado de él? Vivía en un mar de incertidumbres constantes, retirado del mundo, de su anterior mundo. Los años en Salamanca pasaron de manera pausada. De cuando en cuando recibía alguna carta de su madre, donde le transmitía los hechos más relevantes que habían ocurrido en palacio y las noticias que iban llegando de su hermana Isabel. Toda su vida había permanecido encerrado entre muros y, justo cuando había logrado algo de libertad, se la habían vuelto a arrebatar sin previo aviso. Odiaba a su madre, nunca respondía a sus escritos, le había arrebatado su felicidad sin preguntarle siquiera si estaba de acuerdo o no en aceptar ese tipo de

vida. Su carácter se volvió solitario y agrio, demasiado áspero para una persona de tan corta edad. Aprendió a valerse por sí mismo. En su soledad, se lamentaba por no tener a nadie en quien confiar, todas las personas que había querido le habían sido arrebatadas. Comenzó a mirar a todo el mundo con suspicacia, nadie de cuantos le rodeaban tenía importancia para él y se había acostumbrado al retraimiento interior.

Una vez finalizado sus estudios superiores, el obispo, dado la buena relación que con su madre seguía manteniendo, se preocupó por su bienestar y logró que fuera nombrado chantre de la catedral de Plasencia. Sus menesteres se basaban en la dirección del coro del templo y en la conservación de libros. No era este, desde luego, el oficio que Álvaro hubiera deseado nunca, sin embargo, destacó por sus grandes dotes organizativas y de liderazgo. En apenas un breve periodo de tiempo fue trasladado al convento de San Vicente Ferrer en calidad de prior, situado en la misma localidad. Sin duda, el obispo velaba por su bienandanza, pero la astucia y juicio sobresalientes del joven hacían el resto. A pesar de no haber elegido aquella vida, Álvaro, portando dicho cargo privilegiado con tan solo veintisiete años, comenzaba a vivir libremente por primera vez en su existencia. Aprendió a disfrutar de grandes comilonas donde abundaba el vino, de la compañía de mujeres con gran discreción y de los favores que la nobleza le otorgaba por ostentar el cargo de prior. Si bien es cierto que los principios morales que durante tantos años había asimilado cayeron, en cierto modo, en el olvido, Álvaro seguía pretendiendo convertirse en un hombre de leyes. Para ello, existía una única salida: convertirse en inquisidor. Desde el momento en que contempló aquel oficio como su principal aspiración se esforzó vigorosamente en su carrera hasta soportar, a su corta edad, una larga trayectoria de estudios jurídicos a su espalda. Debido a la perspicacia que, desde siempre, le había acompañado, luchó por convertirse en confesor de las más altas dignidades que habitaban la ciudad de Plasencia. Gracias a esta acción, sus contactos nobiliarios aumentaron, y también su influencia. Una vez cumplidos los treinta años, edad mínima requerida para el cargo que ostentaba con ambición, logró ser nombrado inquisidor del Tribunal de Llerena. Álvaro había alcanzado su propósito a base de esfuerzo y constancia, y podía decirse que era plenamente feliz. El cargo de inquisidor era un oficio reconocido públicamente y, a la vez, temido por todos. A partir de su nombramiento portaría con carácter vitalicio el título de “reverendísimo”. Ahora nadie decidiría por él, tampoco manipularían más su vida, se había convertido en dueño de su propio mundo.

En todos sus años de juventud nunca volvió a su ciudad natal. No deseaba ver a

su madre, no se merecía disfrutar de su presencia, ahora él era una dignidad y no concedería felicidad a quien en tiempos se la arrebató. Tampoco quería ver a Ana María, tenía miedo de que ella le hubiera olvidado, no quería enfrentarse a la realidad de haberla perdido para siempre. Tenía muy claro que, con ella, no podría ser como con otras mujeres que se disponían a su antojo. Había sido su primer amor y no sabía qué podía ocurrir si la viera de nuevo. En el fondo, lo que a Álvaro reprimía, era el miedo. Miedo a quererla y que ella tuviera una vida completa, con marido e hijos. Sabía que esto último sería lo más probable. Tenían treinta años, ella siempre había sido una joven hermosa que seguramente habría gozado de la admiración de numerosos pretendientes y, él, en realidad, seguía solitario... pensando en ella.

Álvaro realmente valoraba su oficio, respetaba las leyes y se había convertido en un auténtico jurista y defensor de la fe católica. Durante los primeros meses de ejercicio como inquisidor se había encontrado errante por tierras extremeñas, acudiendo a cada localidad que requería de sus funciones para luchar contra la herejía. Desde su primer proceso judicial, Álvaro se había ganado la sumisión y admiración popular de unas pobres gentes temerosas del Santo Oficio. El pueblo comenzó a referirse a él como el inquisidor del “Brazo de Hierro”. La imagen de su primera víctima siendo ejecutada, una mujer natural de la localidad de Zafra que había sido acusada de bigamia por su propio marido, no podría borrarla nunca de su memoria. Tampoco lo que sintió mientras la ejecución se desarrollaba. Los vítores y el clamor del pueblo le hacían saber que estaba realizando bien su trabajo, se sentía orgulloso de exterminar de la faz de la tierra a aquellos renglones torcidos de Dios que perturbaban, con su presencia, a los verdaderos católicos. Álvaro era plenamente consciente de la importancia de su labor y de la necesidad de realizarla correctamente. Indagaba profundamente en cada caso, buscando pruebas, cómplices y confesiones, ningún traidor de la verdadera fe debía quedar impune.

Acompañado de la tenue luz que un candelabro situado en una robusta mesa le confería, pasaba sus dilatadas noches leyendo y meditando. No tenía una residencia fija, se había acostumbrado a andar de aquí para allá y esa vida nómada le evadía de sus recuerdos. Una fría noche del mes de enero un mensajero llamó a la puerta del palacio donde acostumbraba a hospedarse en la ciudad de Plasencia. Aquello era algo inusual y no cabía duda de que, quien fuese que llamaba a aquellas horas de la madrugada, lo hacía por algún importante motivo.

- Reverendísimo –pronunció casi sin aliento un joven de rizada cabellera -

traigo un mensaje para usted de parte de su hermano.

- Gracias. Marchad con Dios.

Álvaro entregó una generosa propina a aquel joven que, seguramente, se había jugado la vida por peligrosos caminos para llegar hasta él. Se sentó indeciso frente a la hoguera, sostenía en su mano el mensaje que le acababan de entregar. Dudaba. No sabía si leer su contenido o no. Hacía años que había evitado todo contacto con su familia y con la ciudad que le vio nacer. Sospechaba que las noticias no deberían ser muy alentadoras, pues, analizando la situación, aquel mensajero debía haber recibido órdenes de llegar urgentemente hasta él. Tras unos minutos de reflexión, Álvaro decidió dejar la carta en el interior de un cajón. Nadie perturbaría su paz espiritual. Llevaba una vida tranquila, rodeado de ostentaciones. Él se sentía un ministro de Dios en la Tierra y nadie cambiaría aquello.

A la mañana siguiente decidió continuar trabajando, quería mantener su mente ocupada en cualquier asunto que tuviese entre manos con el fin de alejar de él la idea de conocer las noticias que su hermano le manifestaba. Ordenando los documentos apilados de su escritorio encontró un caso que debía haberse resuelto con anterioridad y que, debido al gran número de delaciones que se efectuaban cada día en todas las localidades, había quedado relegado en aquel montón. Era urgente agilizar los procesos y fallos como aquel no debían permitirse. Dispuesto a comenzar a formar sumaría de la causa, reparó en que, el documento, una carta escrita para delatar a una posible hechicera, especificaba como radio de actuación la ciudad de Cáceres. Sabía que aquel momento llegaría, las acusaciones a herejes arribaban desde todos los parajes de la región y, tarde o temprano, llegaría a sus manos una carta que requiriese la actuación de su brazo de hierro en su localidad natal. Ahora, ya no tenía ninguna excusa para no leer la carta de su hermano Alonso, pues, de igual modo, debía viajar a Cáceres en los próximos días para comenzar a realizar interrogatorios a posibles testigos.

Álvaro se dispuso a cambiar nuevamente de domicilio. Revestido en su capa roja de terciopelo subió a su carruaje. Una vez dentro, y adormecido por el zarandeo que los pedregosos caminos conferían a su vehículo, decidió, en un arrebato, abrir la carta de su hermano. Leyéndola con dificultad debido a lo bailante de las letras confirmó lo que, en el fondo, se esperaba. Uno de sus progenitores se encontraba muy enfermo, su hermano requería la presencia de toda la familia para despedirle. Álvaro empalideció súbitamente... ¿sería capaz de confesar y dar la extremaunción a su propio padre? Y, peor aún, ¿podría soportar

enfrentarse a la vida que bruscamente tuvo que dejar atrás hacía trece años? El trayecto Plasencia-Cáceres le pareció realmente corto, habría deseado que fuese eterno. Se sentía sin fuerzas para volver a entrar en su hogar, ver a sus padres, a sus hermanos... no sabía si todo seguía igual o, por el contrario, si todo había cambiado.

Cuando su carruaje se detuvo frente a la puerta del palacio familiar le pareció que el tiempo se había paralizado. Al adentrarse en el interior de la vivienda, los sirvientes, ejecutaban reverencias a su paso. Álvaro exploró lentamente y con exhaustividad las estancias principales. El gran salón se encontraba más deteriorado, tenía un rancio olor a añejo, se intuía que hacía tiempo se encontraba en desuso. Subió las densas escaleras de piedra que desembocaban en los dormitorios. Decidió visitar, primero, la que había sido durante tanto tiempo su recámara. Dispuesto a abrir la puerta, Álvaro inhaló una bocanada de aire, no sabía si se encontraba preparado para retroceder en el tiempo. De repente, una niña abrió la puerta desde dentro mientras reía a carcajadas. Álvaro se quedó petrificado. Desde el interior de la estancia otra niña se acercaba corriendo. Ambas criaturas se detuvieron frente a él. Eran rubias, dulces y demostraban una actitud pretenciosa.

- Padre... - dijeron al unísono mientras hacían una agraciada inclinación.

No cabía duda, eran las hijas de Isabel. Álvaro se sintió emocionado, por fin se reuniría con su adorada hermana.

- ¿Dónde está vuestra madre? –Preguntó a las niñas con ternura.

- Estoy aquí, hermano.

Álvaro giró sobre sí mismo. Tras él estaba Isabel. Se abrazaron fuertemente, lloraron de emoción. Hacía quince años que su ambiciosa madre les había separado. Permanecieron el uno junto al otro durante un largo tiempo. Las niñas miraban la escena con extrañeza.

- Los curas deben alejarse de la tentación de la carne –dijo una voz fuerte e impetuosa.

- ¡Alonso! –Exclamó Álvaro.

Los tres hermanos se fundieron en un efusivo apretón. A las dos niñas expectantes se unió un joven de unos diez años aproximadamente, era el hijo de Alonso. El silencio y la emoción gobernó la situación. Tras las oportunas presentaciones familiares, llegó el momento de visitar al agonizante hidalgo Gonzalo de Valcárcel. En la sala se encontraba Catalina, rezando junto a su moribundo marido, en el fondo, la pena que siempre le había consumido era la de estar separada de su esposo. Parecía bastante afectada por la situación. Álvaro

se impresionó al verla. Su pelo era de color grisáceo, su peinado había encogido debido a la pérdida de cabello, sus ojos se encontraban rodeados de arrugas y su rostro había adelgazado. Definitivamente nada quedaba de aquella poderosa mujer que con orgullo trazaba sus astucias.

- Hijo mío... - pronunció Catalina mientras se incorporaba con esfuerzo - . No pensé que vinieras, nunca respondiste mis cartas.

- He venido a ver a mi padre.

Álvaro hizo caso omiso de la presencia de su madre. Miró a Gonzalo con ternura, siempre había sido un gran hombre, un lustre noble y un buen padre. Sujetó sus manos, eran delgadas y blanquecinas, su padre se había convertido en un anciano. Al no presenciar la evolución de todos los allí presentes, Álvaro recibió una gran impresión al comprobar las transformaciones que habían acaecido durante su ausencia. Su mundo, los recuerdos que en su cabeza ocupaban un lugar primordial, ya no existían. Todo había cambiado.

- Dejados solos - ordenó Álvaro a su familia.

Debía enfrentarse a un momento complicado, pero el joven inquisidor disfrutó haciendo alegoría de la eminencia en que su persona se había convertido. Ahora, la palabra que se debía acatar era la suya, su hermano era el señor de aquel lugar, pero, ante la máxima representación del Santo Oficio, nada podía hacer. Catalina abandonó la sala con gesto terco, continuaba mirando a Álvaro con recelo, observaba la mancha de su rostro, pero su ímpetu se había visto resentido con el paso de los años y, una vez vista la actitud que Álvaro estaba tomando para con ella... comenzó a incomodarse.

Tras conferir la extremaunción a su agonizante padre, Álvaro sentía que necesitaba unos momentos de soledad. Acudió de nuevo a su recámara, que esta vez, se encontraba en calma. Pasó su robusta mano por todos y cada uno de los muebles y objetos que la componían. Numerosos recuerdos sobrevenían a su cabeza. Algunos le provocaban una sonrisa, también nostalgia y, otros, ira. Recordó la última noche que pasó en aquel lugar, prisionero, inundado de lágrimas, con la pena de no poder explicar a Ana María lo que ocurría. Muchas preguntas resultaban ahora de aquellos recuerdos, ¿seguiría Ana María en la ciudad? ¿Tendría una familia? ¿Viviría en la misma morada? Un extraño sentimiento comenzó a recorrer todo su cuerpo. Debía apartar aquellos pensamientos, debía alejar el recuerdo de Ana María de él... Salió de su recámara y se dirigió al gran salón. Águeda, la esclava de las colonias, se encontraba acicalando el lugar. Debía tener la misma edad que él. Lo miró pícaramente mientras movía sus caderas al pasar por delante. Álvaro recordó que

aquella joven de piel oscura siempre había intentado llamar su atención. Valoró la posibilidad de que, esa noche, Águeda le proporcionase compañía. Continuó andando dirección a las cuadras. Había un nuevo mozo de caballos, no debía tener más de siete u ocho años. Álvaro se compadeció de él, apenas llegaba a las crines de los animales.

- ¿Buscáis algún ejemplar en especial, reverendísimo? –Preguntó un hombre con voz ronca.

Álvaro reconoció aquella figura de inmediato, era su amigo, aquel niño de las cuadras con el que realizaban todo tipo de fechorías por el palacio. Álvaro prefirió no entablar demasiada conversación con él, recordaba que su amistad había quedado rota hacía mucho tiempo y había sido por su culpa.

- Busco a un corcel llamado Tizón –respondió con un tono seco.

- ¡Es este señor, es mi corcel favorito! –Explicó de manera espontánea el infante. Álvaro supo enseguida que aquel desdichado niño era el hijo del mozo de caballos, sin duda alguna, era la viva imagen de su padre y estaba aprendiendo el oficio. Álvaro se acercó al ejemplar que el alegre niño le indicó. Era un caballo muy joven, su pelaje azabache resplandecía, pero no era Tizón.

- Me temo, mi señor, que el corcel que buscáis murió hace tiempo por una infección en la pata derecha –explicó el mozo.

Álvaro no respondió. Dio unas monedas al pobre niño, embadurnado de excrementos y polvo y se marchó. Una vez zanjado sus asuntos familiares debía ponerse a trabajar. Le esperaba un largo tiempo en la ciudad realizando interrogatorios, torturas y audiencias para resolver el caso de la hechicera. Decidió hablar con Alonso para instalarse en la ostentosa vivienda que poseía la familia en el antiguo barrio judío, no podía ver a Ana María, pero sí podría disfrutar de los maravillosos ocasos que en aquel jardín tenían cabida. El primogénito accedió a las peticiones de su hermano, y algunos de los sirvientes y esclavos de palacio, entre los cuales se encontraba la sensual Águeda, se instalaron con él. Una nueva etapa comenzaba en la vida de Álvaro.

Tras la muerte de Lorenza toda la familia quedó desolada. Fueron cinco días de una triste y larga agonía. Joseph y Ana María lucharon por salvar la vida de la joven con arrojo y obstinación, sin embargo, no fue suficiente, la enfermedad continuaba siendo una gran incógnita y se posicionaba imparable. Los días posteriores a la muerte de su hija Joseph enfermó. Altas fiebres le mantuvieron

postrado en la cama durante alguno tiempo, Ana María sintió que su mundo se derrumbaba por completo, si perdía también a su padre, nada para ella tendría sentido. La mejoría de Joseph llegó paulatinamente, la tensión y el nerviosismo que había supuesto para él ver a Lorenza marcharse para siempre le habían pasado factura. Cuando se recuperó por completo, la paz volvió a reinar en el domicilio. Comprobaron, con el tiempo, que él y Ana María habían sobrevivido al probable contagio que hubiera supuesto la exposición permanente a la enfermedad. Una vez pasada la ansiedad de la incertidumbre la familia entera pudo llorar la muerte de Lorenza. Para Ana María aquellos días habían sido infinitos. Con la enfermedad al acecho descuidaron el negocio familiar y la despensa pronto quedó vacía, pasarían días hasta que, tanto Joseph como ella, volvieran a poner el negocio a punto y retomasen las ventas que habían sido aplazadas. Se aproximaban tiempos difíciles, tiempos de hambre y desolación. Ana María apenas había echado en falta a Álvaro aquellos días, pero, cuando todo comenzó a estar en calma, ella salió a esperarle como cada ocaso en el mismo lugar para ir al olivar secreto que compartían. Sin embargo, nunca más volvieron a aparecer, ni el escudero ni el joven, ¿qué estaba ocurriendo? Ana María comenzó a inquietarse. Procuraba recordar la conversación que había mantenido con el escudero la última vez que acudió en su búsqueda. Con la conmoción del momento no había prestado atención a las palabras de aquel, sólo recordaba, vagamente, haberle visto agitar un pergamino. Ana María se sentía aturdida. Si Álvaro no acudía en su búsqueda... no volverían a verse, no existía otro modo para ellos. Pasaron semanas, incluso meses, y ella le esperaba cada atardecer. La desilusión comenzaba a acaparar su corazón. La indignación fue el siguiente sentimiento, ¿acaso Álvaro había dejado de quererla? Si hubiese ocurrido algo en palacio y aún continuaba en la ciudad, ¿por qué no se había dignado a comunicárselo?, era de cobardes desaparecer sin dejar rastro alguno. Ana María, despechada, no volvió a acudir a la cita ni volvió a pisar jamás el olivar de la judería, no se sentía con fuerzas, había perdido a dos personas importantes en su vida en muy poco tiempo y la incertidumbre de no saber lo que había ocurrido en su relación con Álvaro la desgarraba por dentro.

Una mañana, acompañando a su padre al taller, Ana María vio a un grupo de niños sucios y mal vestidos, con las costillas al aire, denotando signos de malnutrición. Estaban gritándose y forcejeando entre ellos. El motivo de la disputa: un pedazo de pan duro. Eran los niños que pernoctaban en el umbral del hospital, los huérfanos de la peste, los olvidados. A Ana María le impresionó mucho aquella lamentable escena. Los niños de mayor edad y gran tamaño

agredían a los más pequeños para quitarles de en medio. La disputa concluyó cuando, el niño de más altura, logró alzar el mendrugo de pan en alto a modo de victoria. El resto de infantes no medían lo suficiente para arrebatárselo. De los nueve o diez niños que había en el tumulto... solo uno probaría bocado ese día. Ana María recordó las condiciones infrahumanas en las cuales se encontraba aquel hospital. Quería evitar que otras familias soportasen el sufrimiento que su padre y ella habían padecido con Lorenza, sentía la necesidad de dar una muerte digna a aquellos enfermos relegados por todos. Reflexionó durante unas horas sobre la idea de ofrecerse como voluntaria en ese mismo hospital. Ana María pensaba que era inmune a la enfermedad debido a que, ni ella ni su padre, se habían visto contagiados a pesar del contacto directo con ella. ¿Qué motivos tenía para no ayudar a erradicarla de la ciudad? Estaba decidido.

No. Determinantemente no.

Padre, quiero hacerlo. Alguien tiene que ayudar a esos enfermos.

Ya hemos pasado suficiente adversidad. No consentiré que vuelvas a exponerte a esa maldita enfermedad respondió Joseph con preocupación.

Padre, ya está decidido.

Desde ese día, Ana María iría cada tarde al hospital. Con ella, eran tres los voluntarios que ejecutaban las labores propias de los sanitarios, sin serlo. El médico de la Peste aún no había llegado a la ciudad. Habían pasado semanas desde que anunciaron su inminente llegada. Todo lo que se hacía para el cuidado de los enfermos consistía en extremar la higiene y procurar descender las altas fiebres. Ana María y los otros voluntarios vestían ropas gruesas que cubrían cada parte de su cuerpo con el fin de evitar cualquier tipo de contagio por contacto. Antes de entrar en el hospital se cubrían la nariz y la boca con trozos de tela perfumada con pétalos de rosas, no sólo para evadir los malos vapores, sino para soportar el aire fétido de aquel lugar. Ana María volvía a casa por las noches, después de largas horas de trabajo improductivo y abatida debido a que ningún enfermo lograba superar la infección. Verdaderamente aquella epidemia podía ser un castigo divino, nadie sabía de dónde venía ni cómo pararla. Sin embargo, cuando todo parecía perdido, un buen día, arribó a la ciudad el médico de la Peste. Un sentimiento de esperanza invadió a todos y cada uno de los moradores. Había llegado con casi tres meses de retraso, pero la conmoción que causó con su presencia fue muy positiva.

La figura del médico de la peste era solitaria y enigmática. Lo primero, porque nadie quería estar en contacto con alguien que, en cualquier momento, podía contagiarse y, lo segundo, por las grotescas vestimentas que portaba. Cuando el

médico llegó al hospital, Ana María ya había organizado la administración de aquel lugar. Se había encargado de recoger todas las defunciones en un libro de registro y había establecido como norma principal del hospital atender primeramente a los enfermos que presentasen un aspecto más saludable, debido a que tenían más probabilidades de sobrevivir.

El médico, una vez comprobado las grandes dotes de Ana María para el oficio y sus amplios conocimientos sobre remedios y medicinas, comenzó a formarla como su ayudante en el ámbito de la cirugía. La joven aprendía con rapidez y, con cada lección, descubría su verdadera vocación. Cuando volvía a casa, bien entrada la noche, Ana María llevaba consigo uno de los libros que el médico poseía. En él, se explicaba cómo debía realizarse un corte de manera correcta para extirpar un bubón y cómo fabricar las medicinas necesarias para aliviar el dolor de los enfermos. Con todos los conocimientos que ahora tenía, quizá, hubiera podido salvar la vida de su hermana.

Joseph se sentía orgulloso de su hija, se posicionaba contrario a que arriesgase su salud y su vida de aquella manera, pero sabía que Ana María era feliz. Cuando se enteró del fallecimiento de uno de los voluntarios en el hospital, procuró disuadir a su hija para que no regresase de nuevo a aquel lugar. Conocía la actitud tozuda que Ana María mostraba cuando algo le interesaba, pero debía intentarlo, la vida de ambos estaba en juego.

Ana María, hija, escucha a tu padre. No debes volver a ese lugar, no se puede hacer nada por lo enfermos, ya lo has visto. Llevas años en ese hospital y nadie ha sido salvado explicó Joseph con nostalgia.

Padre, ahora que uno de los sanitarios ha muerto, no puedo dejar de ir. Me necesitan más que nunca.

Estás poniendo en juego ambas vidas, la tuya y la mía. Llegas a casa de noche, cansada, hambrienta. No mereces castigarte de esta manera. Lorenza no va a volver.

¡Pero puedo salvar a otras personas!

Ana María marchó corriendo a su dormitorio. No había superado la muerte de su hermana, aún lloraba por ella cada noche. Joseph sabía que tenía perdida aquella batalla. Al día siguiente, cuando, después de comer, Ana María llegó al hospital, le presentaron a un nuevo voluntario. Era Matías, el hijo del recientemente fallecido, se había prestado a ocupar el lugar de su padre y parecía predispuesto a aprender las pericias de aquel oficio. Matías era un joven retraído, apenas se relacionaba con las personas, caminaba con la mirada baja y tartamudeaba al hablar. Parecía un chico que había sufrido el rechazo de quienes le rodeaban y la

inseguridad era un rasgo importante en su personalidad. Ana María se compadecía de él y procuraba prestarle atención en todo momento. El muchacho, rápidamente, encontró en ella un refugio a su soledad. La seguía a cada paso que daba. La miraba con admiración. Con el transcurrir del tiempo la plaga de Peste fue remitiendo, sin embargo, la enfermedad se había llevado a una parte importante de la población. El médico de la Peste marchó a otra ciudad, su trabajo había terminado. Ahora, la persona que se encargaría de dirigir aquel lugar, la más cualificada y la que más vocación había demostrado, sería Ana María. Lo que empezó siendo una acción voluntaria para calmar su conciencia y su ansiedad había terminado convirtiéndose en el oficio que mantenía su hogar. Ahora tenía treinta años y era la administradora de aquel postergado hospital, ella, junto a sus ayudantes y el mayordomo, custodiaban los cuerpos de aquellas almas inermes. Cuando se encontraba fuera del hospital sus conocidos acudían a ella para que visitase, casa por casa, a los enfermos de extramuros. De este modo, la joven obtenía un jornal extra. Por primera vez en mucho tiempo la despensa de su hogar se encontraba rebosante. Joseph se había convertido en un hombre de avanzada edad, hacía años que no podía ejercer su oficio, por lo que se encargaba de preparar las comidas y acicalar la vivienda. Padre e hija cuidaban el uno del otro, como siempre habían hecho.

Numerosos pretendientes habían pedido la mano de Ana María, no siendo ninguno del agrado de ella. Su padre le animaba a que tomase casamiento con el hijo del carpintero que vivía en su mismo barrio. También eran judíos, como ellos, además de gozar de una buena posición económica. Era un joven educado y apuesto, que se encontraba enamorado de Ana María desde hacía tiempo. Lo que no sabía Joseph era que el corazón de su hija se encontraba completo, en primer lugar, porque la gran vocación que sentía por su profesión le hacía sentirse realizada y, en segundo lugar, porque Álvaro continuaba en sus pensamientos. Habían pasado muchos años, pero el no haber obtenido una respuesta a la repentina desaparición de él no le había permitido zanjar aquella trama. No esperaba, transcurrido tanto tiempo, obtener una explicación. Tampoco se encontraba entre sus deseos volverle a ver, ni le estaba esperando. El tiempo había cerrado aquella herida, pero la existencia de esa gran incertidumbre, el no saber por qué Álvaro no acudió nunca más en su búsqueda, no le permitía desprenderse de su pasado.

Como cada noche, Ana María volvía a su casa agotada tras una larga y dura jornada. Caminaba despacio, con paso firme, durante la corta distancia existente entre el hospital y su vivienda. El crepúsculo se había cernido con rapidez por la

ciudad y, Joseph, la estaría esperando con el puchero rebosante. La sensación de paz que la embriagaba, como consecuencia de la desertificación que reinaba en la ciudad a aquellas horas, le hacía sentirse plena, satisfecha con su vida. Sin embargo, aquella noche, le parecía no caminar de manera solitaria. En repetidas ocasiones, Ana María, se detuvo y giró su cabeza para comprobar que nadie más transitaba aquellas calles. Una extraña sensación recorría su cuerpo, pero, aparentemente, era la última ciudadana en volver a su hogar. Todo parecía en orden. A medida que se acercaba a la judería vieja comenzó a escuchar pisadas próximas a ella. Ahora no cabía duda. Estaba segura de que alguien la estaba siguiendo. No quiso mirar hacia atrás, para que su persecutor no supiese que ella se había percatado de su presencia. Aligeró discretamente el paso. Estaba muy próxima a llegar a casa. Su respiración era rápida y entrecortada. Su posible captor comenzó a asestar pisadas de mayor envergadura. Ana María comenzó a correr despavorida, sin mirar atrás, sin parar de acelerar el paso. Escuchaba jadeos tras ella, cada vez más fuertes y cercanos. Sentía que el miedo la estaba paralizando. De repente, un cuerpo coloso y pesado cayó sobre ella. Sintió sus costillas contraídas, apenas podía respirar. Cuando consiguió girarse para defenderse comprobó que un hombre de gran tamaño, con la cara tapada, estaba intentando violarla. Ana María pateó, gritó y forcejeó. El hombre era robusto. Se movía con lentitud y fatiga. En un estratégico movimiento, Ana María, consiguió alargar su mano derecha hasta su bota, allí guardaba la daga que Álvaro le había regalado años atrás. El agresor levantó bruscamente su falda, el suelo, mojado por la lluvia, laceraba la cintura de la joven. Mientras el hombre se despojaba de los amarres que sujetaban su pantalón, Ana María, hincó una puñalada en la parte inferior del abdomen de aquel salvaje. Un grito de dolor quebrantó las tinieblas que cobijaban esa calamitosa escena. En venganza, el herido asaltante rasgó con ira las vestiduras que cubrían la parte superior del cuerpo de Ana María. Ella gritó, se sentía frágil y agraviada, estaba completamente desnuda ante aquel monstruo. Un fuerte golpe en el rostro hizo que la joven girase bruscamente la cabeza hacia su lado izquierdo. Por suerte, en un último acto de ostentación de su coraje, Ana María, invadida por la adrenalina que el miedo le proporcionaba, desprendió la daga del cuerpo de su agresor y le asestó dos cuchilladas más con gran rapidez. El hombre cayó sobre ella, con su corpulento y pesado cuerpo. Ana María le apartó con dificultad. Salió corriendo, despavorida, cubriéndose el cuerpo con su mano izquierda, en la derecha, el puñal ensangrentado dejaba el encarnado rastro de lo que allí había ocurrido...

Padre... dijo Ana María mientras caía de rodillas en el suelo.

¡Pero hija! Exclamó Joseph mientras se apresuraba a cubrir a Ana María con una manta.

La joven temblaba, se soportaba en pie gracias a la ayuda de su anciano padre y, apretaba, de manera inconsciente, con fuerza, su daga. No era capaz de articular palabra, los suspiros y los gemidos de dolor eran su único modo de comunicarse. Su cuerpo estaba lleno de heridas debido al forcejeo, su nariz sangraba como consecuencia del fuerte golpe recibido en el rostro y sus piernas temblaban. A la mañana siguiente, Ana María, pudo contar a su padre lo que había ocurrido. Se encontraba aún asustada y exacerbada, pero ahora podía analizar con sosiego la situación.

Hija mía... creo que deberías buscarte un buen marido. Yo ya soy un anciano... y no estaré siempre para protegerte. Cuando yo me vaya...

¡No padre! No digáis eso. Ni tan siquiera lo mencionéis.

Ana María rompió a llorar. El miedo seguía aún apoderado de su cuerpo. Ni siquiera conocía la identidad de su agresor. Le atormentaba la posibilidad de que, si hubiese sobrevivido, reemprendiese su acción con alevosía.

Deberías escuchar mis consejos. Ya tienes treinta años, aprovecha la oportunidad que el hijo del carpintero os ofrece. No te queda mucho tiempo para encontrar un marido. Tus hermanas, a tu edad, ya habían contraído nupcias.

¡No me importa! No quiero ni al hijo del carpintero ni a ninguno de los otros que han pedido mi mano. Mi vida está volcada en mi oficio, ¿acaso es tan complicado de entender?

Es por tu bienestar y seguridad Ana María. Si tuvieras un marido no tendrías la necesidad de trabajar en ese viciado hospital y estarías segura en casa.

Soy la administradora de ese lugar, deberíais estar orgullosos. No hay cirujano en esta ciudad que tenga tantos conocimientos como los que yo tengo. Mis manos salvan vidas. Eso es más importante que complacer a un marido.

Joseph sabía que nada podía hacer para convencer a su hija. Se preocupaba por ella. Sabía que una mujer sola, sin marido y sin hijos, era vulnerable en una sociedad colmada de prejuicios y violencia. Ana María, por su parte, no quería reconocer el hecho de que su padre había envejecido. Se negaba a aceptar la realidad de aquellas sabias palabras. No quería contraer matrimonio con alguien a quien no amaba. Su vida le hacía sentir colmada, salvar vidas se había convertido en una prioridad desde la muerte de Lorenza. No necesitaba nada más... ni a nadie más. Ana María reflexionó sobre aquel asunto con meditación, pero ningún motivo de peso le indujo a valorar la posibilidad de contraer

matrimonio. Recuerdos de Álvaro comenzaron a azotar su mente. Hacía quince años ella le había salvado la vida a él, y... ahora... indirectamente, él le había devuelto aquel amparo. Era evidente que Álvaro nunca saldría de su vida aún sin estar realmente dentro de ella.

Las noticias se propagaban por la ciudad con gran rapidez. Todo el mundo hablaba del cuerpo sin vida de un joven aparecido en la judería vieja. Nadie había visto nada. Nadie había escuchado nada. Al final del día todo el vecindario conocía la identidad de aquel desgraciado muchacho: era Matías, el joven que había permanecido viviendo en la sombra, invisible ante la sociedad hasta que había conocido a Ana María. Cuando ésta se enteró de quién había sido su agresor no tuvo cabida en ella la cólera. Había sido la única persona que había tratado con respeto a aquel extraño mancebo y, sin embargo, éste había volcado contra ella todas sus frustraciones. Ana María decidió, a partir de entonces, volver a casa antes de que se pusiera el sol.

CAPITULO V

Años 1625-1626, Cáceres

Los ropajes estaban preparados sobre el sillón que adornaba la chimenea de su recámara. Habían sido encargados para la ocasión. Álvaro los miraba fijamente. Se encontraba de pie, pensativo y distante de aquel lugar. El color rojo, símbolo de nobleza y poder, era su predilecto. Conjugaba, armoniosamente, con el terciopelo que conformaba la capa y la toga que vestiría para el acontecimiento. Faltaban unas horas para que saliera el sol, pero Álvaro ya estaba despierto. El estado de nerviosismo que le suponía aquella situación le había desvelado. Era la primera ejecución que llevaría a cabo en su localidad natal, todos los ciudadanos se encontrarían presentes. Debía superar las expectativas de aquellos que querían presenciar tormento y muerte para hacer honor al seudónimo que le había sido conferido. El inquisidor del brazo de hierro no estaba dispuesto a dejar indiferente al pueblo cacereño. Había estudiado el caso de la acusada durante seis meses. Aquella hechicera conocida como “la Corada” era claramente una hereje que interfería en las vidas de sus convecinos con supersticiones y costumbres contrarias a la fe católica. Cualquiera que sobrepasase la línea de la moral cristiana impuesta e hiciera uso de otro tipo de creencias y hábitos se

convertía, automáticamente, en enemigo público. Álvaro se consideraba el máximo protector de los individuos decentes, por lo que debía ejercer su labor de la mejor manera posible.

El trasiego de gente por las calles de la ciudad comenzó muy temprano. Con el primer canto del gallo, Álvaro llamó a Águeda para que le ayudase a colocar aquellas pesadas y portentosas vestiduras sobre sus hombros. Desde la ventana de su recámara, el inquisidor, podía ver la piedra del olivar donde él y Ana María habían vivido su romance con intensidad. Aún no se había sentido capaz de bajar a aquel lugar, sentía miedo de revivir cada sentimiento de amor y pasión que la dulce Ana María le había hecho sentir. Cuando la nostalgia invadía su corazón se refugiaba en aquella vibrante esclava, siempre dispuesta a complacerlo. Águeda había dado calor a sus frías noches de soledad, pero no a cambio de nada. Era una mujer inteligente y calculadora que ejercía una gran influencia en el ánimo alicaído de Álvaro. Solía hacer las veces de consejera aprovechándose de la soledad del inquisidor, intervenía en los procesos judiciales de manera indirecta, pues, aunque no sabía leer, preguntaba hasta la saciedad sobre todo lo relacionado con leyes, métodos y, sobre todo, se interesaba por la identidad de los acusados y los delatores. De manera sutil y paulatina, Águeda se había convertido en la persona de confianza del inquisidor y, cada noche, tras ofrecerle su cuerpo acaloradamente, aprovechaba la debilidad de Álvaro para obtener el poder que cualquier información secreta le pudiera aportar.

Adelante mi señor. El estrépito colma la plaza. Demuestra a tu pueblo cuan grandioso eres pronunció Águeda mientras terminaba de colocar los últimos abalorios.

Álvaro hizo caso omiso a aquel comentario. Salió sin despedirse.

En la Plaza Mayor de la ciudad se percibía la excitación de aquellos que acudían temprano para situarse en los mejores puestos. Nadie quería perderse aquella ejecución. La Corada sería ahorcada y la ciudad, por fin, sería un lugar seguro. Vítores y aplausos anunciaron la llegada de Álvaro. Sus nervios se camuflaban bajo una apariencia serena. Parecía disfrutar saludando a todas aquellas gentes que clamaban su nombre. Era un héroe y debía comportarse como tal. Se situó en el lugar reservado para él y el resto de eminencias, encontrándose a una altura superior al resto del gentío. La visibilidad era perfecta, se presentía un espectáculo formidable. Álvaro esperaba con impaciencia que todo se desarrollase con la mayor rapidez posible, no permitiría ningún error. Desde su posición privilegiada pudo ver a Águeda, su tono de piel le hacía destacar sobre los demás. Gritaba eufórica. En cuestión de minutos la plaza se encontraba

abarrota. Catalina, su madre, también había acudido. Se posicionaba retirada de la multitud, camuflada bajo sus densos ropajes y acompañada por dos escuderos. La mirada de Álvaro buscaba ansiosa, se movía con ligereza. Todo el mundo estaría allí, no cabía duda, pero... ¿estaría Ana María?

El clamor que desprendió la plaza al unísono le evadió de sus pensamientos. La Corada entraba en escena. Ahora comenzaría la parte más delirante de todo el proceso. El pueblo se tomaría la justicia por su mano. La hereje debía recibir su merecido. Palos y piedras volaban por toda la plaza, agravios y amenazas hacían que la acusada caminase cabizbaja, procurando protegerse. Álvaro se sentía orgulloso, había realizado bien el santo oficio para el que había sido elegido. Sentía la gloria que aquella hazaña le otorgaba. El pueblo volvía a vitorear su nombre. De repente, de manera inconsciente, dirigió su mirada hacia el lado este de la plaza. Unos penetrantes ojos habían clavado su mirada en él y Álvaro lo había percibido. Aquella melena rizada, de color castaño oscuro, aquellas mejillas... era ella.

Ana María sostenía a su anciano padre del brazo. Lucía tan arrebatadora como siempre. Álvaro sintió un azote en su estómago. Estaba allí, mirándole fijamente. Tenía sus carnosos labios separados, parecía tan sorprendida como él. ¿Estaría enfadada por no haberle escrito nunca? ¿Le odiaría por no haberse podido despedir de ella? Un fuerte impulso le llevó a ponerse en pie. Tuvo que reprimir sus enormes ganas de acercarse a ella. Su respiración se aceleró a un ritmo desorbitado. Sus manos y su frente sudaban a raudales. Aquel instante le pareció una eternidad. De repente, sintió que toda la plaza le miraba. Los espectadores se habían girado hacia él, mostrando muchos de ellos su espalda a la hereje que, a punto de ser ahorcada, pronunciaba una maldición con poderosa voz. Álvaro se quedó paralizado. Aquella desgraciada, enemiga de Dios, clavaba sus ojos en él mientras vociferaba injurias. Sentía miedo y vergüenza. Su dignidad estaba siendo ultrajada. Catalina le miraba despavorida, tenía razón, sus sospechas eran ciertas: su hijo había nacido maldito y ahora aquella hechicera lo confirmaba. En los ojos de Ana María afloraron lágrimas por la conmoción. El pueblo entero había enmudecido. El verdugo actuó tan rápido como pudo. Una vez que la hereje se balanceaba colgando de la soga, Álvaro salió apresuradamente de aquel lugar. Se encerró en su recámara. Aquel malintencionado recital se quedaría grabado en su mente para siempre.

Cuando el sol comenzó a ponerse, Álvaro contempló ese cautivador momento desde su ventana. Llevaba todo el día apesadumbrado y aislado, no había querido probar bocado ni tampoco recibir a nadie. Águeda llamó a la puerta,

como cada noche.

Señor, le he traído algo de pescado le explicó la esclava mientras se desvestía. Déjalo ahí y márchate respondió Álvaro sin apartar su mirada del paisaje que percibía tras la ventana.

Pero...

He dicho que te vayas.

Hay una cosa que quiero decirle. Estoy embarazada. Sé que es un hijo ilegítimo... y que...

Álvaro no escuchó ninguna de aquellas palabras. Su respiración se volvió entrecortada y posó sus manos contra el cristal. Águeda dejó de hablar. Estaba desnuda, de pie, junto a él.

¿Ves lo mismo que veo yo? Preguntó Álvaro desorientado y con voz arrogante.

¿Cómo, mi señor?

¡Qué si veis a alguien ahí abajo!

Águeda se asomó por la ventana de manera temerosa. Álvaro parecía fuera de sí.

Sí... parece que hay alguien sobre esa roca...

Será ella... susurró el inquisidor dubitativo.

Álvaro salió corriendo de su recámara. Se dirigía al olivar. Aquella sombra debía ser Ana María, no cabía duda.

Apresúrate padre. Los vecinos ya han salido. Tienes la ropa limpia sobre la cama explicó Ana María a Joseph.

Hacía una hermosa mañana. Padre e hija no podían perderse el acontecimiento que tendría lugar en la Plaza Mayor. El hecho de encontrarse presentes entre la multitud les posicionaba en el lado conformado por los buenos cristianos y, dado que la sospecha siempre acechaba a los cristianos nuevos... no podían faltar a la cita. El temor a las ejecuciones que eran llevadas a cabo por el Santo Oficio convivía permanentemente con todos aquellos que tenían algo que ocultar y que, en la intimidad del hogar, continuaban practicando sus ancestrales costumbres. Sin embargo, cuando una ejecución se realizaba públicamente... ese miedo a ser descubierto se multiplicaba asombrosamente. El mensaje que la Inquisición y, por ende, el inquisidor, transmitía al pueblo era claro y conciso. Se haría justicia en el nombre de Dios.

La Plaza se encontraba abarrotada de un extremo a otro. Joseph y Ana María caminaban despacio y con precaución. Un callado servía de soporte a aquel anciano con manos corroídas como consecuencia de tantos años de duro trabajo.

Cuando apareció la Corada, el furor hizo que la masa se agrupase aún más entorno a la desdichada mujer. Ana María se mostraba indiferente ante aquella situación, no contribuiría en aquel degradante acto. Todavía se realizaban ejecuciones donde los acusados eran calificados como “judaizantes”, por lo que, su padre y ella, debían permanecer alerta en todo momento. La muchedumbre comenzó a vitorear al inquisidor, el cual se preciaba de hombre justo.

¡Es Álvaro de Valcárcel!

¡Ha vuelto el hijo de Catalina, la viuda de Valcárcel!

Ana María no podía creer los comentarios que estaba escuchando, ¿acaso aquella gente se refería a quien ella creía? Era imposible. Miró a la zona escogida por las autoridades para presenciar el acto. Observó con atención al inquisidor que, con cara de póquer, esparcía su mirada por la plaza desde su posición de privilegiado. No cabía duda alguna, aquel hombre era Álvaro. La macha parda de su rostro era un distintivo inconfundible y único. Su mundo se derrumbó. Permaneció durante unos segundos sin aliento con la mirada fija en él. Su primer amor... estaba allí... frente a ella. ¿Cómo era posible que ejerciese el oficio de inquisidor? ¿Acaso no podía haberle explicado, en su momento, que quería dedicarse a servir a Dios? Sintió que los dos años que junto a él había compartido fueron una mentira. Álvaro era un traidor. Un cobarde. Alguien que no había sido capaz de explicarle los motivos de su partida. Ahora lo entendía todo. Se sintió orgullosa de haber seguido los consejos de su sabio padre y no haber compartido nunca con él su secreto. Si él supiera que su familia era observante de la ley de Moisés... prefirió esquivar aquel pensamiento. Sacudió la cabeza apartando todas aquellas reflexiones de su mente. Cuando volvió a alzar la vista allí estaba él. De pie, mirándola fijamente. Intuyó que la había reconocido. Debía alejarse de él. Ahora Álvaro era el enemigo. Para ella, aquel inocente muchacho se había convertido en un asesino que, con la excusa de proteger una religión, aniquilaba inocentes.

De repente, sintió que no era la única que dirigía su mirada hacia Álvaro. La plaza había entrado en un silencio conjunto y sempiterno. La Corada pronunciaba un maleficio a su ejecutor. Ana María volvía la vista, simultáneamente, a Álvaro y a la mujer. Ambos parecían fuera de sí. Una extraña sensación recorrió su cuerpo. Odiaba a aquel hombre por todo el sufrimiento que le había causado con su intrigante ausencia, y por convertirse en quien se había convertido, sin embargo, su presencia había despertado en ella el mismo sentimiento de protección que la primera vez que lo vio.

Vámonos de aquí padre, la función ha terminado para nosotros.

Joseph y su hija caminaron lentamente hasta llegar a su hogar. Mientras se marchaban la muchedumbre continuaba enmudecida, tanto, que podían escucharse los ahogos que sufría la Corada mientras se retorció en el aire. Durante todo el trayecto, ni Ana María ni su padre pronunciaron palabra. Ella se encontraba abrumada y él... sentía que los años le pesaban. Durante el resto del día no cesaron los pensamientos y las preguntas sin respuesta en la cabeza de Ana María. De todos los posibles motivos por los que Álvaro pudiera haberla abandonado aquel era el único que nunca había imaginado. En un arrebato cogió su túnica y salió de casa apresuradamente, pretendía llegar a su destino antes de que tuviera tiempo de arrepentirse de lo que estaba haciendo.

Era la primera vez, en muchos años, que Ana María volvía al olivar de la judería. Una vez en él, comprobó que todo continuaba igual. Los años parecían no haber pasado por aquellos árboles. El sol comenzaba a ponerse, y sus últimos rayos inundaban la escena tal y como ella recordaba que lo hacían. Se estremeció. Sentada en el suelo, con su espalda apoyada en la roca, comenzó a llorar. Con las manos se tapaba el rostro. ¿Por qué tenía que ocurrirle esto a ella? No entendía nada. Había vivido en un mar de preguntas pero, ahora que parecía saber la respuesta, se sentía aún peor. El viento soplaba fuerte, su melena se despeinaba con cada bocanada. Presentaba un aspecto de abatimiento general. De repente, un sonido repetitivo, cercano a ella, llamó su atención. Sonaba dentro de la roca. Comprobó que había una grieta profunda que ocultaba algo. Introdujo sus finos dedos y sacó un pergamino. Lo desplegó y comenzó a leer.

“Querida Ana María. No hay tiempo suficiente para explicarte con detalle la traición que mi madre me ha dispuesto (...).”

No podía creerlo. La respuesta a todas sus inquietudes estaba ahí, en un simple mensaje. Siempre había estado ahí. Ana María se encontraba cada vez más ansiosa. Cuando no había leído aún la carta completa escuchó unos pasos que se acercaban rápidamente. Comprobó que estaba oscureciendo. Sintió miedo. No quería que la noche cayera mientras se encontraba sola en la calle, todavía recordaba con amargor lo ocurrido con Matías. Salió a correr despavorida con la carta en la mano. Cuando trató de saltar la tapia, un movimiento equivocado provocó que su zapato aprisionase contra el muro la humilde saya que lucía. Cayó de espaldas contra el suelo. Un fuerte dolor invadió su cuerpo.

¿Ana María? ¿Eres... eres tú?

Un penetrante silencio conquistó la escena.

Álvaro, con sosegado semblante, tendió la mano a la joven para que pudiera levantarse. La luna se mostraba delgada, asomaba lentamente en el cielo en su estado creciente. Ana María pensó durante unos segundos qué hacer. Tenía dos opciones: salir huyendo de ese monstruo, o quedarse con él para comprender realmente en quién se había convertido aquel muchacho que tanto anhelaba. Sus manos se unieron.

Sin soltarla, Álvaro la dirigió hacia la roca. Ana María, temblorosa, apretaba con fuerza la carta en su mano izquierda. No sabía muy bien qué estaba ocurriendo. Era la primera vez que, estando con aquel joven, se sentía a la deriva. En cambio, ahora, Álvaro se sentía tan seguro de sí mismo que era quién gobernaba la situación. ¿Quién era realmente aquel hombre que se escondía sobre la túnica roja? ¿Quedaba algún vestigio en él, de aquel inocente y débil adolescente?

Ana María... tranquila, ¡soy yo! ¡Soy Álvaro! Exclamó el inquisidor mientras extendía los brazos a modo de conciliación.

La joven no había sido capaz de pronunciar palabra. Procuraba asimilar lo que estaba sucediendo. Había imaginado, tantas y tantas veces, un posible reencuentro entre ella y Álvaro que no podía creer que ese momento hubiera llegado.

Yo... Ana María no pudo terminar el resto de la frase. Se limitó a inclinar la cabeza y mirar la carta que sujetaba en su mano.

¿Qué es eso? ¡Oh! ¿Aún guardas la carta que te escribí?

La acabo de encontrar escondida en esa roca.

¿Cómo? ¡No! Yo se la entregué a mi escudero el día que me llevaron a Salamanca.

Ana María tenía un conglomerado de sentimientos en su interior. Recuerdos del pasado bombardeaban su mente. La imagen del escudero llamándola bajo su ventana y agitando en la mano un pergamino... Las noches enteras bañada en lágrimas por el abandono que había sufrido... Lo acontecido esa misma mañana en la plaza... Un vómito de palabras imposible de ser reprimido invadió sus labios.

Y, ¿por qué no me has vuelto a escribir nunca más? ¿Por qué no has venido a buscarme? ¿Te creías poseedor de autoridad alguna para marcharte y abandonarme, sin más? ¡Pues no! ¡No señor! Eres un desfachatado, y... y... encima te presentas aquí ¡quince años después! Convertido en un cura...

¡Sinvergüenza! ¡Malnacido! Ana María agitaba las manos fuertemente mientras pateaba y pronunciaba una larga sucesión de insultos hacia Álvaro.

Éste, que había dejado de escucharla hacía rato, se vio inundando de una gran emoción. Era ella, seguía tan insolente como siempre y estaba preciosa.

¡Cuánto te he echado de menos, mujer! Álvaro la sujetó fuertemente entre sus brazos.

Hacía tanto tiempo que llevaba reprimiendo aquel sentimiento. Quería estrecharla vigorosamente contra él, y que, aquel momento, durase eternamente. Ana María enmudeció de nuevo. Tenía ganas de agredir a ese desfachatado, pero sintió aquel abrazo con tanto ardor que le pareció que el tiempo se hubiera detenido en el pasado y él nunca hubiera llegado a marcharse. Cuando Álvaro la soltó, después de un prolongado tiempo unidos, la miró a los ojos. Comprobó que su mirada estaba humedecida por gruesas lágrimas.

¡Cínico! Gritó Ana María mientras le asestaba un fuerte bofetón en la mejilla.

Álvaro soltó una carcajada.

Entiendo tu enfado. Sentémonos y, si quieres, te explicaré todo tal cual ocurrió.

Juntos se acomodaron en la roca. Álvaro se situó a la derecha y Ana María en el lado izquierdo, como tenían costumbre. Parecía que el tiempo no hubiese pasado entre ellos, se encontraban cómodos y Ana María se fue relajando poco a poco. Quería comprobar si Álvaro continuaba conservando la esencia que la cautivó desde el primer momento, o, si al menos, quedaba algo de aquel honesto joven en él. Pasaron las horas, Ana María no paraba de hacer preguntas. Álvaro se esforzaba por explicar todo con cada detalle, dónde había estado, qué le había ocurrido y, también... cuánto le había echado de menos. Ana María se estremeció al escuchar esas palabras, pero reprimió la sonrisa de felicidad que luchaba por asomar en su rostro. No debía saber que ella, todavía, le seguía amando, no aún. Observaba sus gestos, su pausada manera de hablar. Su mirada había cambiado. Álvaro se había convertido en un hombre fuerte, no cabía duda, pero muchos otros aspectos continuaban intactos en él. Su sonrisa, su manera de gesticular y, sobre todo, su manera de mirarla. Ana María sentía que la miraba como el primer día. Intentaba evitar mantener un contacto visual prolongado, su mirada le hacía daño. Todo cuanto le recordaba a él le había estado lastimando durante trece tortuosos años.

Cuando Álvaro satisfizo las inquietudes de Ana María, fue ella quien comenzó a contar su historia de vida. Se sintió orgullosa de poder explicar que, ahora, ella dirigía uno de los hospitales de la ciudad, que había salvado muchas vidas, y que era la persona más reputada en cuanto al ámbito de la cirugía se refería. Había

aprovechado bien su vida, había llegado hasta donde ella quería llegar y su intención fue dejar esto muy claro al inquisidor.

Pero... entonces... ¿no estás casada? Preguntó Álvaro con pillería.

No respondió Ana María tajante. He tenido numerosos pretendientes, pero mi labor con los ciudadanos era más importante para mí que cualquier otra cosa.

No lo entiendo. Durante todo este tiempo te imaginé casada y con hijos. Nunca pensé que... en fin...

¿Qué? ¿Si seguía soltera? No pienses que tu ausencia ha tenido algo que ver en mi situación.

No, no. Es solo que... bueno... al principio no te escribí porque pensé que me odiarías por no haberme despedido como te merecías. Después, asumí tanto que mi deber era servir a Dios que pensaba que pecaría si mantenía algún contacto con la mujer que amaba. Y por último... cuando ya entendí en qué consistía realmente esta vida que me asignaron... no te escribí porque pensé que estarías casada y que vivirías en otro lugar.

No me escribiste porque eres un cobarde.

Ana María, de verdad, cree lo que te digo. ¿Para qué iba a sufrir sabiendo de ti y estando tan lejos? Si no podíamos estar juntos ante los ojos de Dios ni ante los de nadie, ¿acaso no crees que era mejor así?

Pues no. No lo creo.

¿Me estás diciendo que... aún me amas?

¡Claro que no!

Ana María comenzó a inquietarse. Álvaro volvía a llevar de nuevo el control de la situación y eso le hacía sentirse vulnerable.

Pues yo a ti sí. Pienso en ti cada noche. No concilio sueño alguno desde que te perdí, y mi oficio es lo único que otorga paz a mi mente.

Ana María no podía creer lo que acababa de oír. Aquellas palabras habían sonado profundamente y habían completado el agujero que, desde hacía mucho tiempo, había socavado su corazón. Álvaro vio un brillo emergente en los ojos rasgados de la joven. Acarició su pelo y se acercó lentamente hacia ella. Ana María permanecía estática. Todo aquello le sobrepasaba. Cuando Álvaro unió sus labios con los de ella sintió una condensada placidez que recorrió todo su cuerpo. Cerró los ojos. Perdió la noción del tiempo. Con un experimentado movimiento Álvaro la colocó sobre él. Ana María se quedó tan sorprendida que no pudo ocultar su cara de extrañeza.

¿Has estado con otras mujeres? Preguntó ella recelosa.

Pero solo te he amado a ti.

Álvaro agarró fuertemente a Ana María por sus tersos muslos. Se puso en pie. Tras besarla, esta vez con gran ímpetu, la postró lentamente en el suelo. Seguidamente, se quitó su mullida capa de terciopelo y la extendió a modo de lecho. Cogió la mano de la joven y, juntos, se tumbaron sobre el manto. La luz de la luna era tenue y hacía resaltar la blanca piel de Ana María. Álvaro comenzó a acariciar sus pechos, parecía esforzarse por grabar en su memoria aquel momento tan mágico como deseado. La respiración de ambos era entrecortada y atropellada. Ana María levantó lentamente sus ropajes y sus mejillas se convirtieron en fuego. Álvaro se excitó aún más. Comenzó a acariciar el interior de los muslos de aquella joven temblorosa. Era la primera vez que la veía sentirse vulnerable y, también, era la primera vez que él se sentía fuerte a su lado. Fluidos de pasión emanaban del cuerpo de Ana María. Álvaro enseguida comprendió las señales de aquel delicado cuerpo, se mostraba soberanamente receptivo e introdujo sus dedos en ella. Ana María sintió un frenesí estremecedor. Comenzó a mover instintivamente sus caderas y en un arrebato de pasión atrajo a Álvaro hacia ella. El éxtasis que produjo la unión de ambos cuerpos sólo se vio superado por las embestidas del inquisidor, las cuales, hicieron sentir a Ana María que rozaba el delirio.

Águeda había acudido, como cada noche, al dormitorio de Álvaro. Sin embargo, esta vez, la recámara se encontraba vacía. Dispuesta a zanjar el asunto del hijo ilegítimo que ella esperaba del inquisidor decidió esperar hasta su llegada. El vientre de la esclava había comenzado a abultarse y era la ocasión perfecta para llegar a un acuerdo con Álvaro. Aquel hijo podía convertirse en un seguro para su futuro bienestar, pues, aunque nunca sería reconocido, sabía que Álvaro no le dejaría desatendido. Cuando las horas pasaron y nadie arribaba a la recámara Águeda comenzó a impacientarse. Con el fin de matar el tiempo se asomó a la ventana. Cuál fue su sorpresa al observar que dos cuerpos desnudos yacían entre las sombras de la noche y la sutil luz de la luna. Rápidamente comprendió aquella escena. Debía ser Álvaro con la mujer que, antes del anochecer, se encontraba en ese mismo lugar. La ira de Águeda fue tal que estrelló contra la pared el espejo que había sobre la gran cómoda de la sala. No permitiría jamás que ninguna mujer le arrebatase a Álvaro. Se había esforzado mucho durante los meses que él había vivido en aquel palacio para quedarse embarazada. Quería dejar de dormir entre ratas. Quería vestir hermosas ropas. Quería continuar manejando la voluntad de Álvaro a través del hijo que le daría. Y no, ni esa fulana, ni ninguna otra, le complacería por las noches, ese era su privilegio. Esperó en la recámara, junto a la ventana, hasta que vio que los amantes se

marchaban. Descendió rápidamente las sólidas escaleras de maciza piedra que desembocaban en el umbral de la vivienda y, sigilosamente, caminó tras ellos. Álvaro decidió acompañar a Ana María hasta su casa tras confesarle, ésta, lo ocurrido con el excéntrico Matías. Ella andaba varios pasos delante de él, por precaución. No debían verlos juntos. El amanecer estaba a punto de asomar y Águeda, sigilosa, pudo escuchar algunas de las conversaciones que los amantes llevaban a cabo. Al comprobar que Ana María vivía en la casa del viejo Joseph lo vio claro, sabía perfectamente como deshacerse de aquella mujer.

¡Traed ropa de cama limpia! Estos enfermos ya tienen curadas sus heridas. No descenden las fiebres que atormentan al último paciente que llegó anoche. Revisad todo su cuerpo exhaustivamente. Puede que todavía queden enfermos de Peste y no podemos permitirnos otra epidemia en este hospital.

Ana María se encontraba feliz y risueña aquella mañana. Derrochaba más energía que nunca y su mirada lucía resplandeciente. Sin embargo, apenas había dormido, pues cuando llegó a casa faltaba muy poco para que salieran los rayos del sol y ella era la primera en llegar al hospital cada mañana para ejercer su labor.

¡El señor inquisidor ha venido a visitarnos! Exclamó el mayordomo a modo de pregonero.

Ana María no podía creerlo, ¿qué hacía Álvaro allí? Con la excusa de visitar a los desamparados enfermos, el inquisidor, había saciado sus inmensas ganas de verla nuevamente. Quería saber todo de ella, disfrutarla a cada momento, y recuperar todo el tiempo perdido. Ana María continuó ejecutando su operación balsámica con uno de los enfermos, haciendo caso omiso a la presencia de Álvaro. No sabía cómo actuar en público con él y no quería que nadie sospechase de su relación. El inquisidor, haciendo alegoría de la libertad de acción y poder que le concedía su cargo, se dirigió directamente hacia ella sin disimulo alguno.

¿Por qué estás aquí? Susurró Ana María.

He venido a verte. Te deseo y quiero estar contigo a cada momento.

El paciente que estaba siendo atendido, afiebrado pero consciente, abrió los ojos mostrándolos desorbitantes. Se encontraba situado entre ambos, Ana María a un lado de la camilla y Álvaro al otro. El inquisidor se dio cuenta de la reacción de aquel desdichado y decidió despedirse con un fugaz susurro en el oído de la

joven:

Este ocaso donde siempre y por siempre.

Ana María no pudo ocultar la enorme sonrisa que engalanó su cara.

Cuando Álvaro llegó a palacio se encontró con una grata e inesperada visita. El párroco de San Juan, la iglesia de la ciudad que recogía mayor número de pecheros, siervos y esclavos, esperaba el recibimiento del inquisidor con impaciencia.

Reverendísimo... pronunció el párroco mientras se inclinaba a modo de veneración.

Sois bienvenidos. ¿Qué os trae por mi morada?

Una carta ha llegado a mis manos, y, cumpliendo mi deber para con Dios, os la entrego a vos.

¿Qué tengo que ver yo con ese manuscrito?

Es una carta de una feligresa de mi parroquia. Contiene la delación de una nueva hereje que azota esta ciudad. Se le atribuye, por parte de esta feligresa, los cargos de judaizante y asesina. Me temo que debe iniciar un nuevo proceso judicial en Cáceres explicó el párroco con voz astuta.

De acuerdo. Estudiaré el caso detenidamente. Mi deber es erradicar todo mal del reino de Dios y, si es en mi ciudad natal, mis esfuerzos son aún mayores.

Dios le tendrá en su gloria. Gracias por su complaciente recibimiento.

Marche en paz con Dios, párroco.

Álvaro se dispuso inmediatamente a leer el legajo, por la noche no tendría tiempo de ejercer su oficio. Ahora, Ana María era su prioridad y estaba impaciente por verla. Cuando visualizó las primeras líneas, el inquisidor tuvo la impresión de que algo no marchaba adecuadamente. La delatora era Águeda, su esclava. Estaba claro que nada bueno podía venir de aquella avara mujer. Continuó leyendo con incredulidad la grave acusación que recaía sobre una vecina de la ciudad. Los delitos por judaizantes eran condenados duramente, pues hacía mucho tiempo que no debía haber judíos en el reino y únicamente quedaban los descendientes de aquellos que adoptaron falsamente la fe católica. De repente, las manos de Álvaro comenzaron a temblar. La delatora había mencionado el nombre de la supuesta hereje: Ana María Juárez Ventura. Aquella esclava ingrata había acusado a Ana María de un grave delito contra Dios y tenía la desfachatez de decir en la carta que lo hacía para descargo de su conciencia. Álvaro se puso en pie. La cólera dominaba su cuerpo. Sus pasos acelerados le dirigían hacia las cocinas del palacio. Allí estaba la delatora, desplumando dos aves domésticas para el almuerzo. Álvaro se abalanzó contra ella, la sujetó

fuertemente del cuello con sus dos poderosas manos y la estampó contra la pared.

Maldita bastarda... Álvaro apretaba sus manos cada vez con más fuerza.

¡Suélteme! ¡Por favor!

¡Pagarás por lo que has hecho! Haré que te arrepientas de tu mísera existencia hasta el último de tus días.

Águeda llevaba unos segundos sin respiración. Álvaro oprimía tan fuerte su cuello que no podía inhalar ni exhalar aire alguno. Cuando el inquisidor fue consciente de que el rostro de la mujer lucía un color morado la soltó. La esclava cayó al suelo envuelta entre flemas y luchando por introducir aire rápidamente en sus pulmones.

¿Por qué lo has hecho? ¡Responde! Ordenó Álvaro mientras asestaba una fuerte patada en el estómago de la mujer.

La cocina quedó vacía, la servidumbre había abandonado la estancia velozmente. Nadie se atrevía a interrumpir la furia del señor inquisidor. Águeda tardó unos minutos en recomponerse de la agresión. Álvaro esperaba con los ojos enrojecidos la explicación de todo aquello. Cuando la esclava logró ponerse en pie, utilizando un tono amenazante, se dirigió al inquisidor:

No deberíais someter a tormento a esta buena feligresa que solo cumple con la voluntad de Dios. ¿Acaso no sabéis que toda la familia del viejo Joseph es judía? Retira esas injurias... miserable esclava...

Vaya... todo el mundo lo sabe, al parecer, menos vos... Y os aconsejo que cuidéis las palabras que me dedicáis, no os convendría tratarme mal y que toda la ciudad se enterara de que el gran inquisidor tiene por amante a una judía...

Un fuerte golpe asestado por el puño derecho de Álvaro tumbó a la mujer en el suelo. Desde esa posición gritó con arrogancia:

¡O procesáis a esa judía o vos seréis el condenado! ¡Un inquisidor y una judía! ¡Sois tan pecador como ella! El pueblo entero os señalará como el traidor de Dios y, además, sois cómplice de asesinato, pues escuché cómo os confesaba su crimen.

¡Maldita fulana!

Álvaro se agachó posicionándose a la altura de Águeda para taponarle la boca. El nerviosismo se apoderó de él debido a las palabras de aquella mujer. Lleno de ira, apretó su nariz y su boca cortándole la respiración. Debía deshacerse de aquel escollo. Era una esclava, nadie la echaría en falta. El cuerpo de la mujer comenzó a sufrir espasmos. Unos niños correteando irrumpieron en la estancia. Álvaro volvió en sí y soltó a la mujer. Se llevó las manos a la cabeza. Tratando

de ubicarse, comenzó a alejarse de allí mientras tropezaba con todos los enseres que componían el lugar.

¡El párroco lo sabe todo! ¿Me oyes? ¡O muere ella o mueres tú! Gritó Águeda con una voz carrasposa mientras se recomponía nuevamente.

Álvaro se encerró en su recámara. Esperaba impaciente la llegada del ocaso para contarle, a Ana María, la confabulación en la que ambos se veían involucrados. Pensó en no iniciar aquel proceso judicial, él era el inquisidor del Tribunal de Llerena, tenía poder suficiente como para no hacerlo. Sin embargo, el hecho de que el párroco estuviera al corriente de todo... le hizo cambiar de opinión. Un inquisidor tenía numerosos enemigos. Su cargo era muy codiciado por todos los ministros de Dios y sabía que cualquier eclesiástico utilizaría aquella información para quitarle de en medio. Águeda tenía razón. Su vida y la de Ana María corrían un serio peligro. Aquella ramera sabía perfectamente lo que hacía. Debía trazar un buen plan para remediar esa lóbrega trama.

¿Qué? ¿Pero por qué querría alguien hacerme eso? ¿Y, quién es esa mujer?

Escúchame atentamente Ana María. En esta carta lo pone bien claro. Te acusa de ser judía y de cometer un asesinato, del cual, por cierto, ahora soy cómplice por saber lo que ocurrió y no denunciarlo.

¿Pero, qué gana esa tal Águeda con todo esto?

Es una mujer perversa. Siempre está procurando obtener beneficio económico de todo y, seguramente, tenga su plan bien atado. Por ello, debes hacerme caso, he pensado la solución que puede salvarnos a ambos.

Pero... tú... no me procesarás nunca... ¿no? Preguntó Ana María temblorosa.

Escucha bien, mujer. El párroco de San Juan está al corriente de todo, si no inicio esta causa él nos delatará a los dos. Hay muchos que quieren usurpar mi cargo. Por ello, lo mejor para ambos, es que hagamos lo siguiente: una vez que inicie el proceso judicial contra ti, debes reconocer que eres judía y explicar los motivos por los que asesinaste a ese tal Matías. Lo único que te pasará será una expiación de bienes pero yo puedo ofrecerte una nueva vivienda.

¿Qué? ¡No! ¿Estás diciendo que vas a juzgarme? ¿Esa es tu manera de demostrar el amor que dices que sientes por mí?

Reflexiona bien sobre lo que te digo. No hay otra salida. Si no inicio este proceso te delatarán igualmente y, además, mi cargo será ocupado por otro eclesiástico. Si el inquisidor soy yo puedo salvarte, ¿no lo entiendes?

Lo único que entiendo es que por culpa de esa esclava tuya estoy envuelta en esto. ¿Cómo sabe ella lo de Matías? ¿Acaso se lo has contado tú?

¡Por supuesto que no! Esa mujer se basta de cualquier artimaña para conseguir lo que quiere. Sólo tienes que reconocer que eres culpable y quedarás libre y con vida. Hazme caso. Los únicos que son castigados son los que no reconocen su delito y no se reconcilian con la fe católica.

Pero... si reconozco que soy judía... cosa que no es verdad... ¡la sospecha recaerá sobre mi familia!

Si... bueno... ellos seguramente también serían procesados, en especial tu padre, porque vive contigo. Pero no importa, si reconocen también ante el tribunal que son culpables les ocurrirá lo mismo que a ti, expropiación de bienes y, como mucho, ser condenados a lucir un sambenito.

¿Pero tú te estás escuchando? ¿Cómo he sido tan ingenua de volver junto a ti? Has traído nada más que desgracia a mi familia. Mi padre es un pobre anciano, jamás reconoceré nada que le ponga en peligro.

Ana María por favor, hazme caso, si no sigues mis instrucciones tu vida estará en grave peligro. Serás torturada hasta obtener la verdad y si no reconoces tu herejía serás castigada con la muerte.

¿Pero, qué herejía? ¡Si es falso! Mi familia y yo somos cristianos, como todos en esta ciudad.

Sois cristianos nuevos. Tus antepasados fueron judíos conversos y vivís en el barrio judío. Mujer, tienes todas las de perder ante una denuncia de ese calibre.

No pienso poner en peligro la vida de mi familia, ¡jamás!

Ana María se marchó del olivar con un nudo en la garganta procurando confrontar lo que estaba ocurriendo. Su vida y la de su familia estaba en peligro y todo por haber confiado en aquel hombre. ¿En qué estaba pensando? ¡Era un inquisidor! ¡Un asesino!

Cuando llegó a su casa abrazó a su padre. Le confesó todo. Joseph era un veterano con poca energía y se limitó a consolar a su hija. Juntos lucharían por salir de aquel aprieto.

A la mañana siguiente, el alcaide y varios familiares de Santo oficio se presentaron en casa de la joven. Joseph sabían por quién venían. Procuró interponerse entre aquellos rufianes y su noble hija, sin embargo, fue en vano. Ana María fue maniatada y encerrada en la cárcel secreta que el Santo oficio custodiaba en la ciudad. A partir de ese momento estaría totalmente incomunicada y sólo vería a su abogado. Permaneció en aquel lugar quince días, sin apenas comida y con escasez de agua. La estancia era tan reducida que no

podía ponerse en pie: poseía unos diez o doce pies de largo y, aproximadamente, un metro de alto, por lo que debía permanecer sentada o tumbada. Las ratas habían hecho de aquel lugar una zona de paso. Solo el permanecer allí y en esas condiciones ya era una mera tortura. Durante su tiempo como prisionera, el inquisidor había estado interrogando a posibles testigos y cómplices de la herejía que sobre ella recaía. Todos conocían la ascendencia judía de Ana María e informaban al tribunal de cualquier comportamiento dudoso que recordasen haber presenciado. Bien fuera por miedo, o bien porque la sospecha no recayera sobre ellos, todos los testigos, menos uno, confirmaron que Ana María era judía. Águeda, la delatora, también compareció ante el tribunal inquisitorial reconociendo como suya la carta que entregó al párroco de San Juan. Ana María se preguntaba qué estaría ocurriendo fuera, ¿su padre estaría a salvo?

Escuchaba lloros y gemidos de otros que se encontraban próximos a ella y en su misma situación. No sabía cuándo era de día y cuándo era de noche. Había perdido la cuenta de los días que llevaba encerrada.

¿Ana María? ¿Dónde estás? Preguntó una voz conocida.

¿Álvaro? ¡Estoy aquí!

La robusta puerta de madera se abrió emitiendo un fuerte chirrido. El inquisidor se adentró en aquella pequeña cavidad. La abrazó con ímpetu. Se quedó desolado al ver el aspecto que presentaba: tenía mordeduras de roedores, el pelo bañado por la humedad, su piel estaba ennegrecida y sus ojos rodeados de profundos cercos morados.

¿Qué me va a hacer? Tengo miedo Álvaro, sácame de aquí. ¿Dónde está mi padre?

Tranquila, fuera todo está bien. Debes preocuparte por ti. Esta tarde te llevarán a una audiencia, te haré una serie de preguntas y deberás confesar tus delitos.

¡Nunca! ¿Me oyes? ¡Nunca pondré en peligro a mi familia!

Ana María, si no confiesas serás sometida a tormento y no soportaría hacerte daño, ¿sabes a lo que me refiero?

No me importa, haré lo que sea necesario para proteger a mi familia. ¡Estoy metida en esto por tu culpa y tú, en vez de salvarme, me estás quitando la vida! ¡Fuera de aquí!

Ana María comenzó a agredir a Álvaro con patadas y puños con el fin de echarle de aquella tétrica celda. Le odiaba con todas sus fuerzas, se sentía traicionada e indefensa. Cuando por la tarde el alguacil la liberó para llevarla al lugar donde se celebraría la audiencia apenas se tenía en pie. Se encontraba desvanecida por la falta de alimento y tenía sus piernas entumecidas por la posición que su prisión

le obligaba a adoptar. El tribunal la estaba esperando, Álvaro lo presidía, la miraba con complicidad, con la esperanza de que confesase y se mostrase arrepentida de sus pecados. Cuando éste comenzó a hacerle preguntas, ella respondía con osadía y coraje. Álvaro empezó a impacientarse, algo en él le decía que aquella mujer no seguiría sus consejos. Llegado el momento de la pregunta final un sudor frío recorrió su frente.

¿Reconoces los hechos por los que se te acusa? ¿Reconoces arrepentirte por ser observante de la ley de Moisés y ser la asesina de aquel muchacho?

¡Jamás! ¡Me han tendido una trampa! ¡Todo es falso! ¡Soy una buena cristiana, por favor, creedme!

Álvaro agachó la cabeza. Meditó durante unos segundos, con la mirada baja y las manos entrelazadas sobre la robusta mesa que tutelaba.

Sometedla a tormento.

Los candelabros habían sido encendidos. La luz que entraba por la única ventana que adornaba la estancia era cada vez más débil. Ana María fue tumbada sobre un tablero con sogas en sus cuatro extremos. Le ataron los pies y las manos. Temblaba de miedo, apenas podía respirar, la ansiedad le consumía. Álvaro la miraba atónito, con los ojos llenos de lágrimas esperando, esperanzado, que en cualquier momento confesase. El verdugo cogió un mazo robusto con sus dos manos. Ana María comenzó a suplicar clemencia. Un fuerte trompazo rompió los huesos de su pie derecho. Los gritos de dolor inundaron la sala. La parpadeante luz de los cirios otorgaba un ambiente macabro a la escena, la cual, estaba determinada por el olor de la cera quemada y un crucifijo de grandes dimensiones que adornaba una pared.

¡Confiesa hereje! ¡Reconcíliate con la verdadera fe! Vociferó Álvaro desesperado.

Jamás pronunció Ana María con una carrasposa y apagada voz.

El verdugo levanto nuevamente el mazo que, esta vez, recayó sobre su pie izquierdo. Ana María se quedó inconsciente. El médico ordenó que se detuviera aquel maltrato. La hereje ya había sufrido bastante ese día. Álvaro se marchó de allí desolado. Conocía bien a aquella mujer y sabía que, si había resistido aquella violencia sin confesar, jamás lo haría. La valentía y el coraje habían sido siempre sus principales atributos, y nunca arriesgaría la vida de los suyos. Ana María estaba condenada a muerte y él no podía hacer nada para salvarla.

¡No! ¡No! ¡Soltadme! ¡Soy inocente!

Ana María se defendía mientras intentaban llevarla nuevamente ante el inquisidor Valcárcel para recibir su última audiencia. Su abogado le había recomendado que reconociese los delitos que le eran atribuidos, fueran reales o no, si quería sobrevivir. Si prometía ante el Santo Oficio que se arrepentía por no haber sido buena cristiana y que, a partir de entonces, se reconciliaría con la fe católica, los castigos que recibiría serían mínimos.

Reconoce tus errores Ana María, si no serás condenada a relajación~ Dijo el abogado justo antes de dar comienzo la audiencia.

Ana María miró al letrado con extrañeza.

¿Qué castigo es ese?

La hoguera...

Álvaro entró en la sala. Su rostro proyectaba sentimientos cruzados. Decepción, ahogo y desesperación por un lado; por el otro, la arrogancia y la autoridad que un inquisidor debía mostrar ante los herejes. Ana María presentaba un aspecto aún más demacrado que la última vez que se vieron. Desde su detención hasta ese momento había pasado más de un mes. Su estancia en aquella ruin mazmorra comenzaba a causar efectos muy severos en su estado de salud. La humedad constante había provocado una grave infección en sus pulmones y la deshidratación le originaba calambres musculares. Su melena era una maraña de parásitos y su rostro estaba lleno de heridas. Álvaro no pudo disimular su asombro al verla en aquel bochornoso estado. Todavía quedaba en él la expectativa de que Ana María entrase en razón. No se sentía capaz de condenarla a muerte. Cuando el inquisidor tomó asiento se miraron fijamente a los ojos. Ana María estaba de pie, frente a él, con las manos atadas a la espalda. Dos carceleros la sujetaban debido a la imposibilidad de apoyar su pie derecho como consecuencia del maltrato recibido. Miraba a Álvaro con ira y melancolía a la par. Ella sentía que aquel hombre era un detestable ser y él... no podría soportar que ella concibiese una posible traición por su parte. ¡Estaba tratando de salvarla y aquella terca mujer no se dejaba ayudar!

Quiero que sepas que esta es tu última oportunidad para seguir con vida. Si no confiesas la verdad será tu último día en la Tierra. El Santo Oficio no tiene misericordia con los herejes no arrepentidos~ explicó Álvaro.

El silencio se hizo en la sala. El abogado hacía señas a Ana María animándola a confesar. El inquisidor la miraba con los ojos desorbitados y ella... permanecía

inmutable.

Te preguntaré de nuevo, Ana María. ¿Confiesas los pecados que te son atribuidos mostrando arrepentimiento de ellos?

No. Mi familia y yo somos buenos cristianos. Soy inocente.

Los allí presentes miraron a Álvaro esperando la respuesta que todos sabían que debía dar. Ese era el momento más glorioso de cualquier inquisidor. Era la ocasión de lucir, una vez más, su infalible brazo de hierro. Sin embargo, Álvaro parecía dubitativo. Tenía su mirada fija en el suelo. Ana María no ocultaba las lágrimas que desfilaban por su rostro. De repente, en un arrebato de cólera, Álvaro se puso en pie. Con un movimiento violento lanzó contra la pared los candelabros y papeles que había sobre su mesa. Todos los allí presentes retrocedieron alejándose de él.

¡Maldita incrédula! ¡Ésta es tu última oportunidad! ¡Confiesa, por el amor de Dios! Suplicó el inquisidor a Ana María.

La extrañeza de todos los allí presentes ante la situación que estaban contemplando provocó intercambios de excéntricas miradas. El inquisidor debía dictar ya su sentencia. Estaba claro que aquella mujer era culpable. Ana María permanecía en silencio. No dirigiría ni una sola palabra más a aquel traidor, estaba decidida a salvar a su familia. No tenía nada más que decir. Álvaro salió de la sala. Necesitaba respirar aire fresco, se movía indeciso de un lado para otro llevándose las manos a la cabeza, en modo pensativo y como signo de desesperación. Los miembros de la audiencia comenzaron a murmurar, nadie entendía qué estaba pasando. Tras unos minutos el inquisidor entró de nuevo en la estancia.

Te haré la pregunta una vez más Ana María y te juro que esta vez será la última. ¿Eres culpable o inocente?

El desconcierto se había apoderado de aquel salón. Ana María parecía agotada y todos los allí presentes deseaban que aquello finalizase cuanto antes.

Inocente pronunció la acusada con claridad.

Lágrimas de rabia, impotencia y dolor invadieron el rostro de Álvaro. Había perdido, para siempre, a su único y verdadero amor. Cogió aire y procedió a dictar la sentencia.

Cristi nomine invocato... ordeno que la relajación en la hoguera sea tu condena. Este tribunal así lo decide. Llévala de aquí.

CAPÍTULO VI

Años 1625-1626, Cáceres

Ana María pasó el resto del día y la noche encerrada en su celda. El miedo, la angustia y el dolor que tanto había sufrido durante los últimos días le hacían sentir que deseaba su final cuanto antes. Sabía que, a la mañana siguiente, sería ejecutada en la Plaza Mayor de la ciudad como muchos otros antes que ella, víctimas de envidias, venganzas y, sobre todo, intolerancias. No tenía noción del tiempo, hacía bastante que la había perdido. Temblaba de frío. Sus vestiduras estaban rasgadas y húmedas. Si aquella tortura hubiera durado unos días más, seguramente, no hubiera podido soportarlo. En medio de su agónico delirio apareció Álvaro.

Ana María, déjame verte por última vez ~ susurró el inquisidor.

Al principio no sabía si aquella voz que estaba escuchando era real o, si, por el contrario, era fruto de su imaginación. El fuerte rechinar de las bisagras de la puerta que la separaba del mundo exterior le hizo estimular su conciencia.

Márchate. En unas horas gozarás de tu gran gloria, inquisidor.

¡Oh, Ana María! ~ Exclamó Álvaro mientras se esforzaba por darle calor con su cuerpo.

No quiero verte más, aléjate de mí.

He hecho todo lo que he podido. No me odies, por favor.

Si de verdad alguna vez me has querido protege a mi padre cuando yo me haya ido.

Álvaro se sentía tan abatido como ella. Sujetó el rostro herido de Ana María con sus dos manos, obligándola a mirarle a los ojos.

Te quiero, ¿me oyes? Y por siempre te querré. Por favor, créeme.

Adiós, Álvaro.

Ana María se recostó desolada sobre aquel frío suelo, ya no sentía daño alguno en su cuerpo y su clarividencia estaba asediada. Álvaro no pudo contener el llanto, montó sobre su caballo y emitió un duro grito de dolor devuelto por el eco

de la noche. Cabalgó rápido, muy rápido. Una espesa niebla se había ceñido sobre la ciudad y restringía su visión. De modo casi intuitivo llegó al olivar de la judería. Permaneció allí, sentado en la roca hasta el amanecer, pensando en ella, cuestionándose todo lo que había ocurrido. ¿En verdad había hecho todo lo que había podido para salvarla? Dispersas ideas aturdíán su mente, cada cual más imprudente y desatinada. ¿Y si sacase a Ana María de allí y, juntos, huyesen a otro lugar? Nadie les conocería pensó y podrían tener una vida juntos. Aquel plan comenzaba a tomar forma en su mente. Solo tenía que coger su caballo, dinero para poder comenzar su nueva vida y acudir a la celda para liberar a Ana María. Podían huir a otro reino, a Portugal, por ejemplo, sólo serían unos días a caballo, tendrían tiempo. Álvaro se puso en pie, subió corriendo hasta su recámara. Algunos sirvientes acababan de comenzar su jornal. Debía ser discreto. Abrió un precioso cofre de oro que guardaba, bajo llave en un cajón secreto de su escritorio. Estaba lleno de monedas y joyas. Volcó el cofre sobre un saco de piel de cabra, llenándolo de aquellas valiosas maravillas. Lo ocultó bajo su sotana. Cogió una gruesa capa con la intención de cubrir con ella a Ana María. Bajó las escaleras rápidamente y llegó al umbral del palacio. El guarda estaba allí, pero no importaba, no volvería a verle. Con paso apresurado dobló la esquina, había dejado su caballo en la parte trasera, donde se encontraba el jardín. Cuando estaba dispuesto a montar sobre él una mano conocida le tocó el hombro.

Reverendísimo... venimos en su búsqueda. Ya han comenzado a instalar la pira. El párroco de San Juan y dos familiares del Santo Oficio habían ido a buscarle para acudir con tiempo a la ejecución. Álvaro enmudeció. No sabía qué responder. Siempre acudían a su palacio antes de una ejecución, pero no con tanta antelación ¿acaso estaban al tanto de sus planes? Álvaro miró al cielo, el sol ya había salido. Había estado tan ensimismado en sus pensamientos que no se había dado cuenta. Su tiempo se había agotado.

Sí... sí... de acuerdo, les estaba esperando, como siempre.

¡Vamos, hereje! Sal de ahí, nos vamos a otra parte ordenó el alcaide entre risas. Ana María se puso en pie como pudo. Andaba con dificultad, dando traspiés y sin apenas poder apoyar su pie derecho. Una gran parte de su cuerpo quedaba al descubierto. Ataron sus manos al extremo de una larga cuerda. Un animal de carga tiraría de ella hasta su destino: la hoguera. Cuando llegó a la plaza los

gritos de la muchedumbre le aturdieron aún más.

¡Judía! ¡Arderás en el infierno!

¡Asesina!

Una lluvia de palos y piedras acabaron con la poca estabilidad de Ana María. Fue abatida y cayó tendida en el suelo. El animal de carga continuó tirando de ella y durante unos metros fue arrastrada por la bestia sin compasión. El alcaide consiguió levantarla y ponerla nuevamente en pie, el espectáculo carecía de sentido si la mayoría de los asistentes no podía visualizar a la víctima. Una vez subida en la tarima fue colocada en el centro de la pira. Un enorme madero constituía el eje central de aquella trampa mortal. A él fue atado con fuerza el cuerpo de Ana María, débil e inerte. No ofreció resistencia alguna, quería poner fin cuanto antes a aquella enajenación. Desde arriba, rodeada de leña y escobas, podía ver los rostros desencajados por la euforia de aquellos que durante tantos años habían sido sus convecinos. Esa escena le produjo náuseas. Joseph se encontraba frente a ella, camuflado ligeramente entre la multitud. No había querido dejar a su hija sola ante toda aquella desgracia. El resto de la familia había huido a otra ciudad, era muy probable que, una vez que Ana María fuese ejecutada por judaizante, la sospecha recayera también sobre ellos. Sin embargo, Joseph no daba valor a su vida sin la compañía de su hija, ya era un anciano, no tenía cosa peor que perderle a ella. Permanecerían juntos hasta el último momento. Ana María comenzó a llorar al ver a su padre. Se notaba en él un gran sufrimiento acumulado. Las arrugas de la edad y el pelo cano le conferían a su rostro un aspecto cándido, inocente y aturdido, al no tener conocimiento alguno de lo que había ocurrido, en realidad, durante todo el proceso judicial.

Te quiero padre... pronunció Ana María todo lo alto que pudo.

Cuando alzó la mirada pudo distinguir a lo lejos, frente a ella, a Álvaro. El inquisidor mostraba su peculiar cara de póquer. De repente, el gentío lanzó un grito de estupor. El verdugo acercó la antorcha hacia los maderos. La hoguera se había encendido. Rápidamente, Ana María, comenzó a sentir calor. La adrenalina invadió su cuerpo y una enorme fuerza apareció en ella surgida de la nada. Intentó liberarse, era imposible. Cuando las llamas comenzaban a acercarse cada vez más, el sudor invadió todo su cuerpo, respiraba aire caliente. Comenzó a gritar pidiendo auxilio. El viejo Joseph se desplomó. Lloraba desconsolado, de rodillas y en el suelo. Nadie le auxiliaba, parecía ser invisible ante aquella población ávida de fuego y muerte. Ana María captaba toda la atención. La muerte en la hoguera era uno de los espectáculos predilectos. La víctima fallecía más despacio que en otro tipo de ejecuciones, la función era más

duradera y no cabía duda de que el hereje castigado era absorbido por el infierno. El incesante calor otorgaba una visión distorsionada a Ana María, las llamas le hicieron entrar en un delirio pasajero, su consciencia iba y venía. Contemplaba euforia, dolor, llantos... un conjunto de sentimientos dispares invadía aquel lugar. Pudo ver a Álvaro una vez más, de pie, mirándola. Estaba conmocionado, trataba de disimular las lágrimas que asomaban por sus ojos. Éste, en un rápido movimiento, intentó salir del lugar reservado para las eminencias con la intención de liberarla, sin embargo, el párroco de San Juan, quien disfrutaba de todo aquello con complicidad, sujeto su mano.

¿A dónde vais, inquisidor?

Álvaro entendió perfectamente la doble intención de aquella pregunta. Miró a Ana María, las llamas habían alcanzado casi la misma altura que ella, comenzaba a toser debido al ahogo producido por el humo de la combustión. Volvió la mirada al párroco, éste sonreía pícaramente. Su plan era claro, deseaba que Álvaro, movido por la pasión, cometiera algún error y, así, delatar su traición al Santo Oficio. El inquisidor bajó la mirada y tomó asiento nuevamente. El fuego no le permitía ver a su amada, ¿qué había hecho? pensaba para sí. Relámpagos de remembranzas comenzaron a azotar su mente. Recordó a su madre, diciéndole que aquella mancha de su rostro era una maldición. Recordó el primer beso de Ana María. Recordó, también, su cuerpo suave y aterciopelado. Recordó cuánto la quería. Recordó las caras de todos los supuestos herejes que había ejecutado y sobre los cuales recaía su gran reputación. Un sabor amargo recorrió su garganta. ¿Y si aquellos desdichados habían sido también víctimas de confabulaciones? ¿Habría ordenado ejecutar a algún inocente? Los férreos principios y dogmas que siempre había defendido comenzaron a desmoronarse. De repente, apareció ante sus ojos la imagen de aquella hechicera, la Corada. Las palabras que le había dedicado justo antes de morir cobraban ahora sentido: “*Estaréis condenado a morir en vida y a vivir en la danza de una muerte perpetua. Los cuerpos mutilados de los indecentes serán vuestro castigo*”. Los ojos de Álvaro se abrieron de par en par. Realmente había sido maldecido. Ese recital se había cumplido. Su vida sin Ana María carecería de sentido, su sentimiento de culpabilidad le haría vagar en la inmundicia de su ahora desgarrada conciencia. Y, aquellos que por él habían sido ejecutados, le perseguirían por siempre. El inquisidor cerró los ojos. La pena ahogó su corazón. Ana María había desaparecido ante los espectadores. Las llamas la cubrían en su totalidad. Ya no gritaba de dolor, ya no padecía. Llevaba tanto tiempo en la pira que, cuando la carne de sus extremidades comenzó a arder, muchos de los

espectadores se marcharon dando por terminada la función. En medio de su casi ahogada entelequia, evocaciones de antaño la evadieron por completo de aquel lugar. Álvaro apareció, una vez más, en su memoria. Decidió perdonarle por todo lo ocurrido. En el fondo, sabía que él la había amado. Su último pensamiento, surgido a la par que su último suspiro, fue acaparado por las palabras que el inquisidor le había dedicado en aquella escondida carta: *“Recuerda por siempre que, el fuego ardiente que conforma la ardorosa pasión que por ti siento, nos unirá inmortalmente, pues... el amor que con tórrido fuego se forja... permanece encendido para la eternidad”*.

Que así sea.